A mi antiguo amigo Marcos Fabre

M. Amorage

LOS

DOGMAS FUNDAMENTALES

DEL

CATOLICISMO

ante la razon.

POR

M. A.

PARTE PRIMERA.

VALPARAISO.

Tipografia de Justo Fierro:
Calle del Almendro N. 57.
1873.

BX1751
.D65
v.1

LIBRARY OF PRINCETON
MAR 01 1980
THEOLOGICAL SEMINARY

BX1751
.D65
v. 1

ERRATAS NOTABLES.

Pag.	Dice	Lease
12	hechos	hechas
14	profundidas	profundidades
id.	habrá	habia
21	no	nos
44	esencia	creencia
46	precauciones	preocupaciones
47	en crear	de creer
60	da	de
61	disuusion	discusion
id.	tus	sus
62	en su mayor se compone	en su mayor parte se compone
id.	dicha	lucha
77	y el mal es,	y el mal, es
82	decimos	decidnos
83	triunfante en el	triunfante el
id.	digmnaente	dignamente
91	participaran	participarian
92	en pecado	el pecado
94	nna	una
95	leves	leyes
96	referente la gracia	referente á la gracia
103	premociones	prenociones
107	sino	si no
108	blasfema	blasfemo
112	porque en él	porque con él
117	como dice	como se dice

INTRODUCCION.

La Religion es una verdadera necesidad. No podeis hallar un solo espíritu noble que no sea religioso, ni os será dado nunca reconocer en una alma estúpida ese vuelo á las alturas, esa sublime aspiracion hácia las floridas regiones de la esperanza, que forman el alimento de toda inteligencia elevada y de todo corazon sensible.

El que pone acá abajo el centro de sus aspiraciones y el límite de sus deseos, el que sonrie desdeñosamente al oir hablar de Dios y de la virtud, es un ser desnaturalizado y digno de lástima, por muy feliz y satisfecho que parezca. Sí, la Religion es una necesidad, porque es una dulzura y un consuelo sublimes; porque nosotros todos, los que nacemos con alma humana, andamos hambrientos de ese algo misterioso que no es el pan grosero de la tierra que harta y embrutece, sino el pan finísimo del cielo que jamás sácia y que siempre levanta la inteligencia.

¿Habeis oido alguna vez, de los lábios de algun infeliz, en cuyas manos hayais puesto el óbolo de vuestra caridad, una bendicion en nombre del Altísimo? Si habeis escuchado alguna vez eso, si habeis sentido agolparse á vuestros ojos las làgrimas, al eco de aquel nombre bendito, y descender hácia vosotros, al reso-

nar la voz de la pobreza que llama á Dios para pagaros, á Dios mismo que se os da por paga hinchiendo vuestro corazon de satisfaccion infinita por lo que acabais de hacer, comprendereis lo que es la Religion, y cuán distantes están todos los goces del mundo de los purísimos é inefables goces que ella sola es capaz de proporcionar.

Sí, la Religion es una verdadera necesidad; pero no solamente es eso, sino tambien una gran verdad. Poco trabajo se necesita para echar por tierra las religiones todas: un pequeño esfuerzo de razon, es bastante para derribar los ídolos y hacer correr confusos y avergonzados á los sacerdotes de las diversas sectas religiosas; mas nunca será posible demoler el gran templo del corazon, ni abatir esa figura colosal de Dios, que se levanta y se levantará indestructible y magestuosa sobre la ruina de todas las generaciones.

La Religion es una gran verdad, pero las religiones son una solemne mentira. La Religion es el sentimiento de la divinidad impreso en todas las almas, es la norma de la ley, escrita en todas las conciencias, es la luz del cielo que con mayor ó menor viveza hiere todas las pupilas. Pero las religiones ¿qué son? tegidos de creencias mas ó ménos absurdas, conjuntos de prácticas mas ó ménos extravagantes y ridículas. En vano pedireis á las religiones el alimento de la Religion; ellas os darán á beber su muerte; y si no teneis un poco de fuerza para meditar, en riesgo estais de renegar de los instintos de vuestra naturaleza, y de creer un puro engaño, âsí la luz que ilumina vuestra mente como los impulsos que gobiernan vuestro corazon.

No habrá un solo hombre medianamente instruido y racional y que haya recibido del cielo un poco de bondad, que no proteste desde lo íntimo de su conciencia contra ese comercio indigno que los sacerdotes de todas las sectas hacen en nombre de Dios. La Religion no es una cosa separada de la cultura del espíritu y de la natural sensibilidad de nuestras almas; por el contrario, si ella es, como no es permitido dudarlo, una verdad, debe hallarse en armonía perfecta

con los progresos de nuestra inteligencia y con la perfeccion de nuestros sentimientos. ¿Por qué entónces, todas las religiones pugnan abiertamente con unos y otra? Es porque las religiones comercian con la Religion; porque la han convertido en una mercancía, que falsifican á su sabor, para que el inocente vulgo que es todo corazon, se la pague bien caro, tomando la piedra falsa y contrahecha, por el diamante en que cifra su codicia.

Hay entre todas las religiones, una, que se presenta orgullosa y ufana, y tiene el atrevimiento de llamarse *Católica* ó universal, á pesar de que en sus dos mil años casi completos de existencia, cuenta apénas con una décima parte del mundo. En el seno de esa religion nacimos; por mucho tiempo nos sentimos tambien orgullosos de pertenecerla; mas luego que comenzamos á pensar, luego que examinamos con espíritu despreocupado los títulos de su divinidad, luego que hubimos analizado á la luz del recto criterio sus enseñanzas, y desengañándonos á la luz de la experiencia de la falsedad de sus promesas, no tardamos en convencernos de que era una de las tantas falsificadoras de la idea de Dios, una de las tantas traficantes con lo mas sagrado de nuestras aspiraciones.

Tristísimo es en efecto, el privilegio de la secta católico—cristiana. Ella parece nacida solo para afligir y desesperar á cuantos siguen sus banderas; y aun cuando cuenta muchos santos y refiere innumerables prodigios obrados por Dios en su favor, tiene la virtud de poner tal miedo á la pobre naturaleza que la hace correr espantada y trémula, por mucho que la predique al mismo tiempo, un amor sin límites y una compasion inacabable para sus faltas.

¿De qué sirve en efecto hablarnos de la humanizacion de Dios por amor nuestro y predicarnos hasta la saciedad, la misericordia y el perdon, cuando se enseña al propio tiempo como verdad incontrovertible, que la puerta de la felicidad eterna es angostísima, que esa misericordia se queda para la mayoría en impotente deseo, y que pueden mas la torpeza y ceguedad nuestras para perdernos, que la luz infinita del

que todo lo sabe para salvarnos? ¿De qué sirve mecernos en quiméricos sueños de esperanza, de qué, darnos a gustar el almibar de una gloria futura, si hemos de venir á parar de un modo casi seguro en un infierno de tristes desengaños y de rabia sin fin?

Dicen que es muy bella la Religion Católica; mas la verdad sea dicha, nosotros encontramos en ella muy repugnantes lunares.

No pretendemos absolutamente tachar á esa religion en su moral. Cristo ha sido felicísimo en la depuracion del tipo de la humanidad; él ha reunido lo mejor que pudo hallar en la filosofía que le precedió, respecto del bello ideal de nuestra especie; y cuanto nos ha dicho que hagamos, no puede dejar de encontrar aprobacion en las almas elevadas y nobles. Las doctrinas de caridad, de abnegacion de nosotros mismos, de amor puro y desinteresado á nuestros semejantes, serán siempre la honra del fundador de la secta cristiana. Pero si Cristo fué grande como poeta humano, como levantador de nuestra naturaleza hácia las alturas de lo bello y lo perfecto, ha pagado por otra parte de un modo tristísimo el tributo de nuestra miseria, rebajando el tipo sublime de la divinidad hasta el punto de ponerlo inferior á nosotros mismos.

Cristo ha exijido del hombre una grandeza divina, y ha puesto al mismo tiempo en Dios una ruindad mas que humana. Cristo que nos obliga á perdonar á nuestros hermanos, á nosotros, pobres, llenos de pasiones, en nombre de la justicia y de la grandeza de Dios, pone á Dios, padre nuestro, sin pasion ni miseria alguna, eternamente rencoroso é intransijente con nuestras miserias. Cristo levanta al hombre y deprime á Dios. Por eso, sin tachar en un ápice la moral cristiana, sin poner objecion alguna á los bellos preceptos del Evangelio, nos levantamos condenando sus demás enseñanzas dogmáticas.

La Religion de Cristo se asoma á la cuna del niño y pronuncia una maldicion: se acerca al lecho del moribundo y pronuncia otra. Decidnos ahora si podrá venir de Dios, padre de todos los séres, lo que los

maldice en el primero y el postrero trances; decidnos si la Religion, lazo de amor, podrá separar nunca la tierra del cielo, pronunciando una palabra de muerte sobre la semilla que se planta para que germine, y sobre el árbol, hijo de esa semilla.

El Catolicismo parte del pecado original y acaba en el infierno: mece á la humanidad entre dos anatemas; y se atreve no obstante á llamarse una religion, un vínculo entre la tierra y el cielo. ¿Será porque ha venido á reanudar los lazos deshechos, porque ha desbaratado como por encanto las dos maldiciciones destinadas á caer sobre nosotros al nacer y al morir? Así lo dice al ménos, y hasta pretende sacar un argumento en su favor de la misma palabra con que se bautiza. Religion, significa etimológicamente, reanudacion, juntura de lo que estaba roto y separado; y hé aquí que el Catolicismo, para venderse como una religion, para hacerse pagar bien caro el servicio que pretende prestarnos, comienza sus enseñanzas por el pecado de la primera pareja humana. Segun él los vínculos entre Dios y la humanidad fueron tan efímeros, que apénas pisó el primer racional los umbrales de la vida, cuando se rompieron; siendo necesario que Dios hiciera un esfuerzo súpra-divino, que se convirtiera él mismo en hombre, á fin de que no se perdiese esa hechura en que acababa de lucir los prodigios de su omnipotencia.

Muy tristemente comienza el Catolicismo. Para reanudar, principia rompiendo con una facilidad que pasma, lo que debiera ser por su naturaleza solidísimo: para consolar, principia desconsolando, haciendo desconfiar de aquello único en que puede cifrarse la esperanza humana.

¿Por qué fueron tan fugaces las relaciones entre el Creador y la criatura, que acabando de salir ésta de las manos de aquél desconoció su orígen? ¿Por qué fué tan impotente Dios que no pudo conservar un momento cerca de sí, su obra predilecta, y hubo menester de una degradacion en su naturaleza para que no se perdiera lo que de su naturaleza salió? ¡Ah! La religion que dá principio por semejantes enseñanzas,

no puede ser sino una religion disparatada y falsa.

Si eso que por sarcasmo puede llamarse religion, correspondiera á su nombre, y si aun cuando comenzára por confesar con la mayor humildad que fué necesario rectificar la obra divina apénas hecha, acabará al ménos por asegurarnos que esa rectificacion fué completa y perfecta, y nos ofreciera el remedio seguro de la desgracia primitiva, ya podria tolerársela de alguna manera. Pero el mal está en que esa pobre y triste religion no se desdeña de confesar su impotencia. Ella ha venido á unir la tierra con el cielo, á destruir los efectos del primer pecado, á restituir á Dios lo que de Dios salió, y acaba sin embargo por decir que la mayor parte de la humanidad se pierde á pesar del sacrificio de Dios por la humanidad. Ella se llama *Católica*, salvadora del mundo entero, y confiesa no obstante, que no puede salvar sino una pequeñísima parte, no digamos del mundo, sino de la cortísima fraccion del mundo que hasta ahora ha podido conocerla. ¿Se necesita mas para proclamarla mentirosa? No, no se necesita mas. La religion que empieza su símbolo de fé proclamando à Dios Creador, teniendo necesidad de enmendarse, apelando á un remedio supremo para que no se le fuera de entre las manos lo que acababa de hacer, y que concluye presentando á Dios, redentor de su obra, humillado y prostituido sin poder conseguir su objeto, está ya juzgada y condenada por sí misma.

Nosotros vamos á tomar por blanco de nuestros ataques al Catolicismo; pero solo porque tiene mayor número de puntos definidos y porque se presenta con mayores pretensiones, y hasta cierto punto con mejores títulos que todas las sectas que se han separado de Roma; sin que por esto se crea que abrigamos alguna consideracion hácia esas sectas, hijas degeneradas de una madre que no merece mucho respeto, pero que ha sabido al ménos, en medio de sus absurdas enseñanzas, no dar un paso atrás, ofreciendo con su pertinacia en la mentira, algo parecido siquiera à la conviccion de la verdad.

Lo que del Catolicismo digamos, quedará dicho

del Cristianismo en general. Las sectas disidentes de aquél, que proclaman el libre exámen, al tiempo mismo de admitir un libro sagrado que cada cual puede interpretar á su antojo; que se llaman discípulas de un mismo maestro y enseñan sin embargo cosas contradictorias, no merecen una séria refutacion. Las sectas disidentes, por el mismo principio que proclaman, son irrefutables aun cuando se las puede matar de un golpe, con solo probarles lo que no cuesta mucho trabajo: que sujetar la razon á un libro ambiguo y enigmático, dejándola á la vez la libertad de entenderlo como mejor la acomode, equivale á establecer un fundamento quimérico.

Si los disidentes no han llegado á desbaratar por su libre exámen, todas las creencias de la Iglesia Romana, y sueñan todavía con la divinidad de Cristo, el pecado original ó algun otro de los dogmas católicos, quedarán convencidos, lo esperamos, con la lectura de nuestro libro; y si la libertad de discurso les ha llevado hasta no admitir ninguno de esos pretendidos dogmas, no tenemos necesidad de convencerles, y solo les deseamos un poco mas de lógica, á fin de que acaben de arrojar á un lado ese libro inútil que besan y pisotean.

EL PECADO ORIGINAL.

I

Nada hay mas dulce ni mas atractivo que la infancia. Para que alguno se atreva á soltar palabras de execracion y ôdio al coñtemplar el tranquilo rostro de un recien nacido, es preciso que carezca por completo de cuanto los hombres tienen de noble y perfecto en sus espíritus. ¿Qué cosa encontrais en efecto, en el semblante del que despierta á la vida que no os inspire cariño y compasion? Cuando se mira uno de esos sères, no se puede ménos de sentir una emocion gratísima y de alabar el orígen de donde todos salimos. Es imposible fijarse en los ojos de un niño y no convencerse de que todo hombre nace bendito. ¿Cómo os atrevereis á anatematizar lo que os inspira tan tierna simpatía? ¿cómo podreis creer que pese una maldicion del cielo sobre esa inocencia que cautive vuestras miradas? Pues hé aquí sin embargo á la Religion Católica, asegurandoos que la hay, tremenda y oculta, allí mismo donde pensais encontrar una bendicion; y que, por muy llena de dulzura que os parezca esa sonrisa infantil, si no ha alcanzado á caer un poco de agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritn Santo, sobre la cabeza de la criatura que os encanta, debeis desconfiar de vuestros sentidos, porque ellos os engañan; porque esa criatura es maldita, es hija de ódio para Dios, y está predestinada á

llorar en profunda oscuridad y á ser infeliz sin término; pues anida en ella un crímen que pasa de generacion en generacion siempre vivo y entero.

Por ahí comienza sus enseñanzas la Religion Católica; esa madrastra tan mal vestida de madre, esa fiera tan mal disfrazada de mansa oveja; y ciertamente que, no es poca fortuna, para quien trata de impugnar un cuerpo de doctrinas, encontrar lo primero y fundamental de aquello que se propone combatir, en pugna abierta con el buen sentido universal, con la natural benevolencia del corazon y con las ideas absolutas y eternas de justicia.

No nos costará mucho trabajo limpiar nuestra cuna de ese lodo que ha echado sobre ella la Religion Católica. Para hombres escribimos; y los hombres, por mucho que haga esa Religion trastornadora de la naturaleza, nunca podrán convencerse de que son una mentira viviente. Ellos creerán siempre mas à quien les hagan confiar en las voces que escuchan desde lo mas íntimo de su sér; á quien les hable en nombre del corazon que Dios les dió y de las ideas que Dios gravó en sus mentes con buril eterno, que à quien venga haciéndoles entender que sus sentimientos son un engaño, que su razon es un engaño mayor, y que el Hacedor Supremo ha cifrado sus delicias y su gloria en atormentarles con inspiraciones monstruosas y con sentimientos falsos.

II

La cuna humana está maldita, dice la Religion Católica: esto es poco todavía; la semilla humana està maldita desde ántes de germinar, dice esa misma Religion. ¿Y quién ha pronunciado ese terrible anatema? preguntamos nosotros: y ella nos responde al punto: Dios mismo, infinitamente ofendido con el pecado de los primeros hombres. ¡Ah! está muy bien. ¿Con que Dios hizo los espíritus humanos tan dependientes los unos de los otros, tan sujetos à contagiarse los unos con los otros como los animales y las plantas? ¿Y cómo ha pronunciado entónces una

maldicion horrenda contra lo que El mismo quiso hacer eternamente esclavo de una ley fatal?

Si el alma del hombre que tiene la ilusion de la libertad, que es al mismo tiempo la ilusion de la independencia, no es independiente como se sueña; si está sujeta á responder por lo que no vió ni supo; si sobre la responsabilidad de sus actos, que conoce debe echarse á cuestas la responsabilidad de actos extraños y desconocidos para ella, en virtud de un principio de afinidad animal que nada tiene que ver con el espíritu, es preciso confesar que Dios se ha burlado miserablemente de nosotros; y que esa independencia que soñamos, se nos ha dado solo para entretenernos con dulces quimeras y arrojarnos al fin en un piélago de horribles desdichas.

Si nacemos todos responsables de un delito desconocido, si estamos todos podridos y muertos desde que despertamos a la vida, ¿para qué decirnos que somos libres, dueños completamente de nosotros, y que se halla en nuestras manos el secreto de nuestro porvenir? Si hay un contagio necesario de padres á hijos; si nuestra alma puede contaminarse con el pecado sin conocerlo y sin quererlo, solo porque Dios quiso establecer esa dependencia fatal, y encerrar el espíritu del hijo en el del padre como una nuez dentro de su cáscara, bien se puede asegurar que Dios ha hecho una obra muy disparatada en el hombre. Bien puede asegurarse mas: que Dios es un infame, que se complace en formar séres para perderlos, en virtud de leyes necesarias; miéntras los engaña al propio tiempo, haciéndoles entender que de ellos depende todo en cuanto à su felicidad ó infelicidad futuras. ¿Por qué ha de aborrecer Dios al hijo envuelto necesariamente en el pecado del padre, cuando El mismo quiso envolverle en virtud de las leyes que estableció? ¿Es por ventura principio de justicia divina castigar en la obra las imperfecciones de la ciencia del autor? ¿No habria sido mejor mil veces, ya que Dios nos ha hecho creer que somos libres, el que castigára en nosotros solo aquello que fuese hijo de nuestra libertad? ¿Y por qué no lo hace así, sino que, á la vez que nos se-

ñala el espacio inmenso para que caminemos, y nos grita que podemos elegir los cuatro vientos del horizonte en nuestra peregrinacion, nos ata al pié la pesadísima cadena de una responsabilidad infinita? ¿Por qué ha de considerar Dios como ofensa suya, y castigar en los descendientes infelices del pecador, aquello mismo que puso fatalmente en ellos desde que formó á ese primer miserable capaz de equivocarse ó de faltar á su ley?

No se crea que hacemos cargos á la Providencia, ni que domine en nosotros un infame espíritu de rebelion respecto del Sér que eternamente reina y de cuyas manos jamás puede desprenderse el cetro de la justicia. Creemos mucho en el Sér Supremo; y cuando le contemplamos con los ojos de la razon, cuando nos dejamos llevar de los impulsos naturales de nuestras entrañas no podemos sino alabarle y bendecirle en dulcísima efusion de amor. Eso mismo sucederá á cualquiera que piense en El segun la naturaleza, y que lo juzgue segun lo que hay de claro en el entendimiento y de recto en el corazon. Pero cuando por un momento se dá oidos á las enseñanzas católicas, dá gana de creer que no es ya Dios un padre sino un tirano aborrecible; y la blasfemia se desprende involuntariamente de los lábios; perdiendo el hombre ofuscado por esas ruines enseñanzas, hasta el sentimiento innato de adoracion y respeto á la divinidad. Felizmente no hay necesidad de ser católico: no hay necesidad de figurarse á la primera causa tal cual la presenta esa odiosa religion. Por eso tambien, deben mirarse las reconvenciones que hemos formulado como hechos, solo en el supuesto de las creencias del Catolicismo.

¿Y no es verdad que la doctrina del pecado original provoca á reconvenir á Dios en el sentido que acabamos de hacerlo?

III

No se puede tachar de imperfecto al que es la perfeccion misma; y cualquier principio en virtud del

cual haya motivos de creer que Dios ha procedido de un modo estúpido é indigno, debe ser desechado como calumniosa mentira y como hijo de una idea equivocada y absurda del Sér Supremo.

El Pecado Original se presenta, desde que se le enuncia, como ofensivo à la sabiduría y á la bondad divinas; y por lo tanto, el buen sentido natural, sin necesidad de meditacion, lo rechaza instintivamente. Pero nosotros debemos hacer un análisis algo detenido de ese dogma fundamental cristiano, á fin de presentarlo cual es, bajo sus diversas faces.

Principiemos precisando con la mayor claridad posible la idea del pecado; y veamos si hay algo en esa idea, en virtud de lo cual, se pueda creer en la trasmisibilidad que en él supone el Catolicismo.

¿Qué cosa es el pecado? El pecado es una falta; el pecado es siempre alguna cosa voluntaria, voluntarísima. ¿Y que cosa es la voluntad? Es una cosa personal, personalísima. Hé ahí dos verdades que todo el mundo proclama yque nadie se atreverá à poner en disputa. Pecar es faltar; faltar es dejar de hacer lo que se conoce y lo que se puede; poder es tener voluntad; y tener voluntad no solo es existir sino conocer y querer. Sí pues, no hay como pecar sin falta, ni como faltar sin tener voluntad; ni como tener voluntad sin existir queriendo y conociendo, es claro como la luz, que nadie puede pecar ántes de haber existido; ántes de conocer y de querer.

Si no es verdadera esa consecuencia; si no son ciertos los principios en que ella se funda; si la deduccion no es perfectamente lógica, deberemos renunciar para siempre á nuestra razon.

Quien dice pecado, dice falta; quien dice falta, dice voluntad; quien dice voluntad, dice intrasmisibilidad; luego quien dice pecado, dice intrasmisibilidad tambien. Levantad si podeis esos fundamentos; destruid, si podeis, el encadenamiento necesario de las verdades conocidas, y conseguireis entónces proclamar el famoso absurdo de la trasmision de la culpa.

IV

Es el caso que el pecado original es un misterio; algo muy superior á las luces de nuestro entendimiento, dicen los doctores católicos. Es cierto, continúan, que pecar un hombre en otro, no solo es inconcebible sino que lo juzgamos absurdo de todo punto á la luz de nuestra razon propia; pero sí debemos confiar en la razon divina, que ha proclamado como dogma infalible la trasmision del pecado, ella es un hecho de que no nos es permitido dudar.

La Religion Católica goza del honroso privilegio de ser la única enseñada por Dios mismo, segun ella lo dice, con no poco ridículo orgullo; y para hacerlo comprender así tiene misterios; especie de verdades que parecen mentiras.

¿Era preciso que la religion de Dios fuera tan tenebrosa como las profundidas del Espíritu Infinito? Nos parece que no habrá necesidad; porque la religion, vínculo dulce y sagrado entre la naturaleza humana y la divina, no puede ni debe tener nada de violento. Para que nos sintamos sujetos al gobierno celestial y paguemos el tributo de nuestra sumision, no hay necesidad de que se nos venden los ojos, ni mucho ménos, de que se nos haga rebeldes á las luces de nuestro propio espíritu.

Si los misterios consistieran solamente en alguna ó mucha oscuridad, allí donde nuestra razon no puede alumbrarnos, bien podriamos admitirlos, en nombre de Dios, que lo sabe todo, y en nombre de nuestra impotencia que todo no puede penetrarlo; pero sí los misterios son no solo una oscuridad que haya menester de luz superior para ser dominada, sino una oscuridad que se queda oscura á pesar de esa luz superior; una oscuridad que apaga la misma antorcha encendida en nosotros desde los primeros momentos de nuestra existencia, y que nos sumerje en perpétuas tinieblas, ellos no pueden venir de Dios.

Sí: Dios no puede para levantar el espíritu, destruir el espíritu: Dios no puede haber cimentado la Religion sobre las ruinas de la naturaleza. ¿Y qué

otra cosa son en efecto, la mayor parte de esas enseñanzas que se llaman misterios, sino la completa ruina de los principios fundamentales de nuestra inteligencia, el desquiciamiento total de las bases constitutivas de nuestras ideas y el mas espantoso trastorno de cuanto nuestra propia mente nos sugiere?

¡El Pecado Original es un misterio! Pero un misterio, decimos nosotros, por lo mismo que es una cosa oscura, no es cosa que pueda hallarse allí donde la luz brilla de un modo esplendoroso. Que haya misterio en lo que no vemos sino á medias, en lo que no comprendemos sino imperfectamente, no tiene nada de extraño; pero que los haya en lo que perfectamente conocemos, en lo que no tiene para nosotros nada escondido, sino todo visible, es una implicáncia manifiesta. Que venga alguno á decirnos que el Sol es tenebroso, y qué, por mucho que nos parezca brillante su tenebrosidad es un misterio en que debemos creer. ¿No nos reiremos como de un loco, de quien tal nos diga? Nos reiremos sin duda, porque entre el Sol y las tinieblas hay oposicion palpable, y porque una misma cosa no puede encerrar los contradictorios. Pues en el Pecado Original hay una contradiccion tan grande como en la tenebrosidad del Sol. ¿No sabemos por ventura lo que es el pecado? ¿no conocemos de un modo firmísimo è incontrastable en su íntima naturaleza, en su esencia misma, el sér producto esexclusivo de la *voluntad*, del *conocimiento*, de la *existencia humana*, verdadera y entera? ¿y cómo se nos quiere hacer creer entónces, que puede haber pecado ántes de que haya voluntad, conocimiento y existencia? ¿No estamos convencidos acaso, de que la *voluntad* principio del pecado es absolutamente intrasmisible y de que la personalidad de cada individno humano es algo autóctono, algo heterogéneo para cuanto no sea ella misma? ¿Y cómo se pretende entónces que una voluntad peque en otra voluntad; que una personalidad peque en personalidad distinta? Si esto no es una burla inícua de la razon humaña, en nombre de Dios, si no es esta una infame trampa tendida á la ignorancia del vulgo, no sabemos que podrá ser.

V

"Un pecado que se trasmite, por mucho que se quiera hacer pasar por *misterio*, no puede ser mas que *desatino*; y de los mas grandes que pueden aposentarse en cabeza humana."

"El pecado trasmitido real y verdaderamente, es sin embargo un dogma cristiano; y es tan cierto eso, es tan cierto que se profesa por los católicos como verdad infalible la trasmision real, que precisamente en ella se funda el dogma de la Redencion; pues si toda la humanidad no hubiera delinquido en Adan, el sacrificio de Cristo por toda ella no habria tenido objeto. Nosotros, todos segun la teoría cristiana, hemos heredado, no solo algunos efectos del pecado de nuestros primeros padres, sino el pecado todo entero; puesto que se necesita para limpiarnos toda la sangre de un Dios humanado. *Todos pecaron en Adan*: ese es el dogma genuino; y solo partiendo de ese dogma puede llegarse al otro: *Cristo murió por toda la humanidad.*"

"Dejaremos por ahora en claro el último de aquellos dogmas: no nos ocuparemos sino mas tarde, de esa muerte *por todos los hombres*, que tan mal se acomoda con la necesidad del bautismo para ponerse en relacion con el Cristo salvador y aprovechar de sus méritos, cuando el bautismo alcanza á caer apénas sobre una quinta parte de las cabezas humanas; dejaremos esa esclusion del reino eterno respecto de las nueve décimas partes de la misma quinta parte favorecida, lo que, segun las infalibles reglas de la aritmética, reduce los positivamente redimidos á un cincuenta avos, ó sea un dos por ciento; dejaremos perderse de una manera lastimosa esa sangre preciosísima del Redentor, y compadeceremos doblemente al Dios que necesita humillarse, y al Dios que despues de humillado alcanza tan miserable cosecha; todo eso lo dejaremos, porque el edificio del cristianismo se parece mucho á esas casas mal hechas y carcomidas por la polilla de los años, á los cuales no se puede repa-

rar sin echarlas abajo por completo. Por ahora tenemos que habérnoslas solamente con el Pecado Original; y en lo que á este respecta, parece quedar bien establecido que consiste: *en la trasmision real y verdadera de la responsabilidad moral por la culpa del primer hombre, a toda su descendencia.*"

"Presentado de esa manera el Pecado Original, salta desde luego el escándalo; gritando la razon como una loca, de ver como son falsas y absurdas sus nociones primeras; aunque volviendo despues sobre sí misma, repuesta de su primera sorpresa, y llena de noble entusiasmo, proclama solemnemente la horrible falsedad de semejante pecado. En presencia de esta definicion tambien, los que predican y sostienen ese pecado como verdad divina, empiezan á manifestarse cobardes, á dividirse en bandos, y á proclamar en su indecision y falta de unidad que su fé no es de la que levanta las montañas, sino de la que se deja aplastar por el peso mas insignificante."

"Si se interroga efectivamente á los teólogos sobre la naturaleza y efectos de esa primera culpa, que ha pasado como un rayo penetrante por todas las generaciones, se les verà en medio de esa unidad é indivisibilidad que tan alto pregonan, mas vários, mas divididos, mas cobardes y faltos de disciplina que los pobrecitos á quienes llaman sectarios de Satanás, y á quienes califican de blasfemos, solo porque no ven á Dios como á ellos se les antoja pintarlo. Pedid á esos hombres que os digan, si es una maldicion positiva del Señor, si es una pena positiva, la que cae sobre los que no han podido ser lavados con las aguas del bautismo y aprovechar de los méritos de Cristo, ó si es solo una exclusion de ciertos privilegios que Dios quiso conceder gratuitamente al primer hombre: preguntadles, si el Pecado Original es la herencia del odio de Dios trasmitido de generacion en generacion, ó si es solo un olvido suyo completo respecto de los descendientes del pecador, en virtud del cual no pueden esperar estos nada de cuanto se concedió á sus primeros padres. Haced esas preguntas á los tesoreros de la fé, á los que se jactan de tener en ese escudo

divino un medio de no retroceder nunca y de vencer siempre, y les vereis tomar diversos rumbos, y contradecir vergonzosamente aquella decantada táctica, aquella unidad maravillosa y aquella sorprendente invulnerabilidad de que tan ufanos se manifiestan."

"Es seguro que casi ningun teólogo católico, se atreverá á deciros que el Pecado Original traiga consigo el castigo directo de Dios hácia los herederos necesarios de la culpa. Es tan monstruosamente absurda, tan espantosamente irracional la venganza ejercida sobre los hijos por las faltas de sus padres, que no conocemos un solo cristiano que tenga ánimo para afirmar de frente semejante venganza como verdad de fé. Y es cierto sin embargo, que, si *todos pecaron en Adan*, como se enseña por la Iglesia Católica y si el pecado se hereda, la venganza y el odio divínos deben seguirle sin descanso. Ante esta cosecuencia retroceden no obstante esos prodigios de valor, y tiemblan como unos azogados cuando se les conmina á que digan clara y rotundamente, si el Dios de la justicia y de la benevolencia infinitas, podrá hacer como Dios y perfectísimo, lo que en la tierra misma, y entre los hombres, se consideraria y reconoceria por todos como una ruindad y una injusticia. En este punto, tienen los lógicos, los incontrastables los engreidos, que voltear caras y dividirse en fracciones. ¡Ah pobrecita fé! si todo lo tienes definido, si todo lo ves claro en Dios cuyo órgano éres ¿por qué no infundes un poco de ánimo á las gentes que militan bajo tu bandera?"

VI

"Divididos los partidarios del Pecado Original en diversos bandos al pedírseles su definicion clara y precisa, se ven todos igualmente apurados cuando se les compele á patentizar la justicia de una deuda por lo que no se tuvo conciencia de recibir, y la justicia de un castigo por lo que no se tuvo conciencia de hacer. Ese infierno, lugar de infinita pena, que así aguarda á los que pecaron por sí propios como á los

que *nacieron en pecado*, que así calcina á los que vieron y supieron, á los que tuvieron la inteligencia y voluntad de lo que hacian, como á los que no tuvieron ni esa inteligencia ni esa voluntad, es un tan escandaloso reniego de nuestra razon natural, que los sostenedores mismos del pecado trasmitido, no se atreven á presentarlo como el término final indistinto de los pecadores por sí y de los que heredaron el pecado. Por eso han inventado algunos teólogos un lugar intermedio entre el cielo y el infierno, destinado á recibir los frutos de la culpa del paraiso; un lugar de oscuridad, de privacion de luz solamente, para los hijos del primer pecador; reservando las tenazas, las calderas de azufre y plomo derretido y las culebras roedoras del corazon para los que hayan directamente delinquido."

"Todas esas divergencias, toda esa libertad de discurso en medio de la unidad de la fé, huelen ciertamente mucho á pobreza humana; pero nosotros, sin hacer argumento de esa vacilacion, de esa cobardía, que por sí solas ponen en transparencia á esos pretendidos trompetas de Dios, los batiremos en detall, cualquiera que sea el camino que elijan."

"Debe notarse previamente que, la consecuencia lógica, precisa é indeclinable del pecado que pasa, es el infierno que se hereda; y que, salir haciendo distinciones y atenuaciones respecto de los herederos del crímen, para que no sean tan castigados como los mismos que lo practicaron, es renegar del principio que se establece; es confesar paladinamente que no se cree en la trasmision del pecado. Los que estableciendo como dogma infalible la culpa de todo el género humano en Adan, no llegan sin embargo al verdadero y positivo infierno para todo el género humano, verdadero y positivo delincuente, son unos desgraciados sin facultad de raciocinar."

"El pecado es la responsabilidad moral directa: decir que se hereda el pecado, y que no se hereda la responsabilidad entera que él significa, es, ó burlarse de la razon del género humano, ó carecer por completo de razon. Para ser pues consecuentes, para ser

racionales, han menester los sostenedores del Pecado Original, echar al infierno, por solo el hecho de haber nacido, á cuantos hombres no hayan podido ser lavados por las aguas del bautismo. Ya dijimos que esta consecuencia los espantaba; pero si no les espanta igualmente el dogma de donde inevitablemente se desprende, deben renunciar á toda discusion y encerrarse en su ciega y estúpida fé."

VII

"Estrechemos á los originalistas en un dilema de fierro, por muy desbandados que estén—O el Pecado Original es propiamente hablando un pecado, es decir una responsabilidad moral directa é inmediata; tan directa é inmediata para el último como para el primero de los hombres, ó no es un verdadero pecado, sino algo proveniente del pecado primitivo, y que se trasmitió necesariamente á la descendencia del culpable; pero en el primer sentido no puede ser sinó un monstruoso absurdo, y en el segundo una pura quimera, luego el Pecado Original es insostenible á los ojos de la razon."

"Vamos á justificar nuestras premisas."

"Advertiremos desde luego, que es mucho conceder á los originalistas el permitirles que el Pecado Original pueda consistir en algo que no sea la trasmision completa de la responsabilidad del primer hombre à toda su descendencia; tanto porque la palabra *pecado* significa *falta, delito,* y por consiguiente, no desgracia heredada, no consecuencia de faltas ó delitos, cuanto porque si en el primer sentido no se toma no se explican ni la Redencion, ni el Infierno, y viene por tierra todo el edificio cristiano. Pero queremos ser indulgentes hasta el exceso, y conceder á las palabras una latitud tal de acepcion que los buenos estáticos de la fé no tengan motivo de llamarnos rigoristas. Seremos complacientes hasta el extremo de permitir que pueda llamarse pecado una desgracia, consecuencia del pecado; y haciendo esta graciosa concesion, tendremos sin embargo lo bastante para poner

en vergonzosa fuga á los iluminados, blasfemadores del sentido comun."

"Entrando ahora en nuestro dilema, decimos: que, si el Pecado Original en nosotros, es un pecado propiamente dicho, es decir, si es el mismo crímen del primer hombre, que vive en todos lo demas, objeto de la misma pena y de la misma justicia para Adan pecador por sí propio, que para sus descendientes pecadores en Adan, es un monstruo de razon que viene á demoler por completo todas nuestras ideas fundamentales. Ya hemos hecho ver, partiendo de la nocion misma del pecado, que este es por su naturaleza intrasmisible. Pecar un hombre en otro, cuando los individuos humanos como entes morales están completamente separados; cuando el pecado es un fruto exclusivo de la voluntad individual alumbrada por la razon individual, y la razon y voluntad de cada individuo son cosas absolutamente incomunicables, era enseñanza reservada solo á hombres funestos, renegados de su propia naturaleza, y predicadores de un Dios que se complace en burlarse de sus hijos; á hombres capaces de concebir à la Primera Causa tan miserable como ellos mismos; deleitándose en apagar la luz primitiva que puso en los espíritus, para encender otra nueva que todo se los presentase trastornado. Creemos por lo tanto inútil insistir en la refutacion de esa infame torpeza de la trasmision de la culpa propiamente dicha. Baste lo apuntado, y baste tambien ese terror pánico de que se sienten sobrecojidos los partidarios del Pecado Original cuando se les pide su profesion clara de fé. Los mas impertérritos se encuentran flacos de fuerzas para sostenerlo como la trasmision directa del delito mismo; y la prueba es, que, en cualquier caso que no sea el del paraiso no trepidan en afirmar y proclamar *la absoluta exencion de los hijos de toda responsabilidad por el crímen de sus padres*. Esta cobardía y esta inconsecuencia, tan naturales por otra parte en los ladrones del pensamiento, en los que viven de sorpresas y se hacen ricos aprovechando de la oscuridad, no escusan de detenernos mas en el primer término del dilema. Pasemos al segundo."

"El Pecado Original en los descendientes de Adan, no es propiamente hablando un pecado, sino solo una triste herencia de los hijos del pecador primero: hé aquí el refugio último y comun de los bravos campeones de esa verdad revelada. No se hereda el delito mismo del paraiso, sino que se trasmiten sus consecuencias. Dios, infinitamente bueno, no hace sino seguir la línea de conducta de cualqúier mendrugo de la tierra: favoreció á uno con cierto caudal, que por desgracia derrochó; y como no se siente dispuesto á hacer un mísero sacrificio que amenguará tal vez considerablemente su fortuna, hé ahí á todos los hijos y descendientes del derrochador, llorando de hambre; sin que de modo alguno se pueda reconvenir al generoso habilitante por esa miseria ni por esas lágrimas inocentes. El Pecado Original al trasmitirse, no es ya una maldicion, no es un delito; solo es una desheredacion, una consecuencia precisa é inevitable del derroche que el primer favorecido hizo de los dones que recibió en obsequio y que por lo mismo no ha podido legar á su posteridad. Tal es el pecado original bajo un nuevo aspecto, que hemos calificado de quimérico; calificativo que vamos à sostener."

"Para cuantos confiesen la inocencia de la prole, ó la intrasmisibilidad de la culpa original en si misma, no puede absolutamente contarse entre las consecuencias de esa culpa, que hayan podido pasar á la descendencia del pecador, nada que se asemeje á imputabilidad; nada que haga pensar que se castiga en el declarado y reconocido inocente el delito de que pór completo se le eximió. Que no vengan pues á hablarnos de *ignominia* y de *infamia* en los descendientes de Adan; porque es una estupidez sin límites reconocer la *inocencia* y declarar sin embargo la *infamia*. Entre la inocencia y la culpabilidad no cabe término medio, y es fuerza que, los que reconocen la inculpabilidad de la prole no se atrevan á hablar de ignominia, que no puede heredarse, porque representa culpa, y la culpa no se hereda. ¿Necesitaremos probar que *ignominia* representa *culpa?* ¿necesitaremos probar que no se puede escupir en la cara al inculpable, ni

poner un hierro encendido sobre su frente que le marque de un modo indeleble, obligándole á doblar la cerviz en que una mano injusta gravó la vergüenza agena? Nada de eso necesitamos, porque estamos escribiendo para hombres que no habrán renegado de sus ideas propias, ni convertídose en lechuzas y cernícalos."

"Queda en consecuencia manifiesto que, aun en el supuesto del pecado de Adan, no habria nada de imputable, nada de infame en sus descendientes: ellos serian, cuando mucho, unos desgraciados sin fortuna, pero tambien sin afrenta ni responsabilidad. ¿Y á que viene entónces á quedar reducido el famoso Pecado Original? A nada absolutamente, desde que, no significando ni responsabilidad ni vergüenza, no es sino una palabra vacia de todo sentido. Los que lo sostienen solo como la herencia de la pobreza en que quedó el primer hombre por la privacion de ciertos dones que no pudo trasmitir, han de verse obligados á descartarse precisamente del dogma de la Redencion; puesto que ese dogma presupone, no una simple pobreza, sino una esclavitud y una deuda. Cristo, el Hijo de Dios, no ha necesitado ya morir por los hombres, desde que estos nada debian á la justicia de su Eterno Padre: si ellos eran insolventes, si por la torpeza ó el delito de su primer engendrante no alcanzaron á heredar la riqueza primera, allí estaba Dios, inmensamente compasivo y sobradamente rico, que sin sacrificio de ningun género, podrá acudirles en su inculpable desgracia: para ello no necesitaba degradarse, ni sacrificarse en una cruz, presentándose como *el que pagaba* cuando no era sino *el que socorria*. Reconocida la inutilidad de la Redencion, todo el edificio cristiano se derrumba; y por lo tanto, los que sostienen el Pecado Original solo como pobreza trasmitida, son unos renegados de su fé, unos inconsecuentes sin pizca de lógica." (a)

(*a*) Refutacion de una doctrina, *opúsculo publicado anónimamente por el autor en Febrero de* 1871.

VIII.

El pecado debe ser siempre el mismo, en su naturaleza y en sus resultados; y si el cometido por los primeros hombres tuvo una virtud trascendental á su posteridad toda, los que cometa cada individuo, deben ser igualmente trascendentes á cuantos engendren los hijos de sus hijos, hasta la última generacion.

No hay como eludir la necesidad de esa consecuencia, ni como destruir la verdad del principio en que se funda.

Quizà se dirá, que el primer pecado tuvo un carácter particular que no se encuentra en cuantos se hayan cometido despues; mas entónces puede preguntarse ¿en qué consistió ese carácter particular? ¿Varió la naturaleza, varió la esencia misma de la culpa, solo porque ella fuese la primera que perturbara el órden moral sobre la faz de la tierra? ¿varió por haber sido mas grave que cuantas se hubiesen podido perpetrar en la série indefinida de los tiempos? Tratándose de trasmisibilidad é intrasmisibilidad, no hay para que preguntar acerca de la especie del pecado; pues si este es trasmisible esencialmente, él se trasmitirá tal cual sea, grave ó leve, primero ó último; y si no lo es, no se trasmitirá de modo alguno.

Es preciso confesar pues, que siendo el pecado en todo caso intrinsecamente igual en su esencia, si se trasmitió el primero, todos los demas han debido trasmitirse tambien; conservando por supuesto cada uno su naturaleza especial.

Una vez admitido este principio absoluto de la trasmisibilidad de la culpa, proclamado y reconocido desde que el primer hombre ha podido perder á su descendencia per su primera falta, veamos hasta que punto debemos ir á parar.

El pecado se trasmite. Todo hombre debe responder no ya tan solo por cuanto malo haya podido practicar en su vida, sino ademas por cuanto malo hayan realizado sus innumerables ascendientes. De generacion en generacion, cada infeliz que nace se

encuentra oprimido por un peso de iniquidad que aumenta sin término; y segun avanza la obra divina, segun se multiplican los espiritus hijos de Dios, se multiplica tambien esa herencia maldita del pecado, destinada â separar los hijos de su padre; à perpetuar el efecto de la primera imperfeccion humana y á acreditar que Dios se equivocó miserablemente al poner en las manos del primer racional la suerte de su posteridad entera.

¿Y puede explicarse racionalmente ese crecimiento continuo del delito? ¿Puede explicarse el qué, siendo la culpa en su orígen una debilidad y una miseria, es decir una falta de fuerza, aun en el mismo que la practicó, en el mismo que pudo ver algo ó mucho, vaya aumentando hasta hacerse casi infinita en quien no ha podido ver nada? ¿Puede concebirse como racional y justo, que el heredero del pecado, por solo el hecho de haber nacido un poco mas tarde en la série de los tiempos, responda por mas que cuantos le precedieron, que cuantos con conciencia y voluntad echaron sobre sus pobres hombros ese infame peso?

Si el pecado se hereda, es absolutamente forzoso ver á cada nueva generacion nuevamente maldita por los pecados de sus inmediatos progenitores; sin que por otra parte haya podido disminuir ni en la mas mínima fraccion el inmenso guarismo de delitos que sobre ella han ido cayendo sin intermision desde que hubo un primer pecador, es decir, desde que hubo un primer hombre. Ved pues á cada individuo que nace, condenado por la fuerza de las cosas á ser mas criminal que cuantos vivieron ántes de êl; ved al pecado, que, segun la mente de todos es algo imputable solamente á quien supo, pudo y quiso, trasformado en un extraño Proteo, en algo que se imputa mas y con mayor fuerza á quien no ha sabido, podido, ni querido; ved á la voluntad, verdadero principio de la culpa, é intrasmisible en su esencia, trasmitiendo su responsabilidad, y no como quiera sino completamente, a voluntades distintas, que para nada intervinieron en sus determinaciones; ved multiplicarse el delito á

medida que se multiplica la impotencia; ved crecer el ódio del Todo Poderoso hácia sus hijos á medida que los ve mas abrumados y mas dignos de lástima; y ved por fin, el intolerable absurdo de un Dios que condena á su obra á apartarse de sí cada vez mas; de un Dios que, debiendo ser la fuerza centrípeta, atractora de cuanto formó, se transforma en fuerza centrífuga, que repele con furor creciente á los espíritus humanos, en nombre de una ley fatal.

Esas consecuencias son espantosas; y sin embargo, no hay como rechazarlas si se admite el Pecado Original, si se reconoce por un momento el principio de la trasmisibilidad de la culpa.

¿Se dirá todavía que hay misterio en todo ese tegido de consecuencias que hemos deducido lógicamente del primer dogma cristiano? ¿Se pretenderá que las consecuencias sean tan misteriosas como el principio de donde derivan? Norabuena. Pero entónces ¿á dónde vamos á parar con los misterios?

IX

No hay necesidad de apelar al misterio para desvanecer las dificultades apuntadas en el capítulo precedente nos dirá algun católico: ya el Angel de las Escuelas las desvaneció hace seis siglos, (Suma Teológica, cuestion 81, artículo 2.°) poniendo en evidencia por la razon natural, *ese caracter particular* de la primera culpa, tan *sui generis*, que no ha podido hallarse en otra alguna de las cometidas despues, y por el cual ha debido esa culpa sola trasmitirse hasta la última generacion, miéntras las demas no han logrado salvar las barreras de ninguna individualidad.

Sea bien venido el Angel de las Escuelas, á quien saludamos con el respsto que merece el talento, por muy grande que sea la pena que inspire el verlo esclavo en el servicio de una causa pésima. Bien venido sea ese Angel, cuyas alas están ya comidas por los gusanos del tiempo. Nosotros somos hombres y nada mas; pero confiados en seis centurias, durante las cuales el soplo de Dios no ha cesado un momento de

empujar á nuestra especie, nos atrevemos á ponernos frente á frente de esa maravilla del siglo décimo tercio. Solo hay una inteligencia inmortal; las demas están llamadas á convertirse en polvo, La ciencia nuestra es como nuestra carne; objeto de compasion para los que nos vayan sucediendo durante esta carrera vertiginosa à que nos ha sometido la mano omnipotente.

Veamos pues como juzga á Tomas de Aquino la razon del siglo diez y nueve.

El primer pecado se trasmitió, dice esa lumbrera católica, porque él *corrompió la naturaleza humana con una corrupcion que se refiere a la naturaleza; mientras los demas pecados no la corrompen sino con una corrupcion que se refiere a la persona.*

Comencemos investigando el valor de esa paradoja escolàstica.

Quien distingue separa y excluye una de otra las cosas distinguidas; por consiguiente, afirma de un modo implícito la posibilidad al ménos de la separacion. Ahora bien ¿podeis concebir posible la separacion de estas cosas: naturaleza y personalidad humana? ¿podeis figuraros por un momento una naturaleza humana que no esté en ninguna persona, ó una persona humana despojada de su naturaleza constitutiva? ¿Qué significaria una corrupcion referente á la persona y que no tocara la naturaleza? ¿Es por ventura la naturaleza humana algun pegote de la personalidad, que se pueda separar de ella á capricho; ó es por el contrario, la personalidad misma, de tal suerte que, la abstraccion de la naturaleza es tambien la muerte de la persona?

El angélico doctor con su angélico entendimiento ha sido capaz de alucinarse con una ridícula quimera, pagándose de ella hasta el punto de convertirla en razon filosófica. Hay pecados que corrompen *con una corrupcion que solo se refiere a la persona,* y son todos los cometidos despues de la primera culpa, y estos no vician la naturaleza: tal dice Tomas de Aquino; y eso significa que un individuo humano puede corromperse, podrirse moralmente dejando intacta su

naturaleza. ¿Y cómo será eso? ¿qué natnraleza será aquella que quede intacta, limpia completamente despues del delito? La del pecador no puede ser, desde que el pecado es una mancha: ¿qué naturaleza será pues? Si el de Aquino responde que es la naturaleza humana la que no sufre menoscabo, nosotros le preguntaremos ¿en qué secreto rincon del pecador está guardada esa naturaleza? La persona del pecador está corrompida, muerta por el pecado, y sin embargo la naturaleza humana no ha sufrido en él pérdida alguna; está completamente limpia, completamente íntegra. Habrá entónces, en cada hombre dos naturalezas, una naturaleza propia inseparable del individuo, y una naturaleza humana que estará como en el aire, sin nadie que la posea y que será incapaz de sufrir detrimento cualesquiera que sean los delitos individuales. ¿Puede darse mayor ridiculez filosófica? ¿puede concebirse absurdo mas garrafal?

Si todo pecado cometido corrompe y mancha al individuo, y si el individuo es el concreto de la naturaleza humana, será forzoso concluir que todo pecado mancha la naturaleza humana donde quiera que la encuentre. ¿Cómo separar al individuo de su naturaleza? ¿cómo imaginarse al individuo todo sucio y á su naturaleza toda limpia? ¿cómo afirmar que el hijo, producto inmediato del padre, herede la limpieza de algo abstracto, de algo que en realidad no existe, y se libre por arte de encantamiento de la inmundicia que realmente y en concreto le formó? Aquí es la disyuntiva sin réplica: ó se trasmite la inmundicia del pecado ó no se trasmite; si lo primero, todo pecado debe pasar á los hijos del pecador, ya que el padre todo entero está manchado, y si lo segundo, ningun pecado deberá pasar, por muy manchado que el padre se encuentre.

Entremos ahora en el análisis de las pruebas alegadas por el doctor angélico para sostener su absurda tésis.

¿Por qué hay pecados trasmisibles y pecados intrasmisibles? ¿por qué tuvo el primer carácter solamente la primera culpa humana, miéntras cuan-

tas se han cometido despues y cuantas estén por cometerse, no pasarán de la persona del pecador? Increible parece la solucion dada á estas cuestiones por esa maravillosa inteligencia, orgullo de la Iglesia Católica. Tengamos en cuenta sus palabras; "*El hombre engendra siempre à alguno que es lo mismo que él en la especie; pero no individualmente; y por eso, lo que directamente pertenece al individuo, como los actos personales y lo que se refiere á ellos, no pasa de los padres a los hijos.*" Esto significa dos cosas á la vez; 1.ª que en el individuo puede haber algo que directamente le pertenezca, y que no pase de él; 2.ª que en el individuo mismo puede haber algo que no le pertenezca directamente, sino que, siendo de la especie toda, sea esencialmente trascendental á cuantos participen de ella.

Advirtamos que la distincion enunciada se ha hecho para marcar una diferencia esencial entre las consecuencias de los actos humanos; advirtamos que se trata de trazar una línea divisoria entre ciertos actos trascendentales á la especie entera, y ciertos otros que no pasan mas allá del hombre que los practica. ¿Cómo establecer semejante separacion? *Lo que directamente pertenece al individuo, como los actos personales y lo que se refiere à ellos, no pasa de los padres a los hijos*, dice el escolàstico Tomas; con lo cual deja el campo abierto para que se le interrogue ¿qué será entónces lo que pase de los que engendran á los que son engendrados? No será, sin duda, sino aquello que no tenga nada de personal; aquello que sea exclusivamente *de la especie* ¿Y es *de la especie*, por ventura, el pecado? No. El pecado es ántes de todo un acto individual, un acto personal.

Los actos personales y lo que se refiere á ellos no pasan de los padres á los hijos ¿Y cómo hay entonces pecados trasmisibles? El pecado no se comete nunca por una especie; el pecado comienza siempre por algun individuo. El mismo Pecado Original, fué un acto particular, individual de Adan; y si es cierto que los actos meramente individuales son intrasmisibles ¿cómo ha podido trasmitirse el pecado de Adan? El

doctor angélico se vé aquí en flagrante contradiccion consigo mismo.

Es preciso, continuar, sin embargo, oyendo de que modo apoya su doctrina. *Un gramático no trasmite à su hijo la ciencia de la gramática, que ha adquirido por sus propios estudios. Pero, lo que pertenece á la naturaleza de la especie, pasa de los padres á los hijos, si la naturaleza no es defectuosa. Así, el que tiene dos ojos engendra á alguno que tiene la misma ventaja, si la naturaleza no falla. Y aun, cuando la naturaleza es fuerte, hay accidentes individuales, pertenecientes á la disposicion de la naturaleza, que se trasmiten á los hijos; tales son por ejemplo la agilidad del cuerpo, la bondad del carácter y otras cualidades semejantes. Pero los padres no trasmiten de modo alguno lo que le es puramente personal, segun lo hemos dicho.*

Lo que pertenece á la naturaleza de la especie pasa de los padres à los hijos, si la naturaleza no es defectuosa: esto diee Tomas de Aquino, tratando de probar que ha debido trasmitirse la primera eulpa; lo cual quiere decir bien claro, que el Pecado Original perteneció *á la naturaleza* de la especie humana, toda vez que ha pasado de los padres á los hijos. ¿Y por qué perteneció el Pecado Original á la naturaleza de nuestra especie? Aquí desbarra lastimosamente el Angel. ¿Es por ventura tan connatural á nuestra especie el pecado como el tener dos ojos? Parece que asi lo juzga Tomas de Aquino, por el ejemplo que presenta: *el que tiene dos ojos, engendra á alguno que tiene la misma ventaja, si la naturaleza no falla.* Para aducir semejante ejemplo tratando de probar la trasmision del Pecado Original; para equiparar la herencia de los dos ojos, esencialísima á nosotros, á la herencia del pecado primero, se necesita estar persuadido, ó querer persuadir, de que, está tan en la esencia de nuestra naturaleza el pecado como lo está la duplicacion de los órganos visuales. Volveremos pues á preguntar ¿por qué razon es de nuestra especie la culpa primera? ¿por qué ha debido heredarse como deben heredarse los dos ojos? Esto es lo que no se puede probar de ninguna manera. Ya hemos observado que la culpa

de Adan, fué ante todo personal; y ya el mismo Tomas de Aquino, ha sentado por principio, que, las faltas meramente personales no se trasmiten. ¿Por qué razon entónces esa falta personal, individualísima de Adan, ha debido convertirse en naturaleza para cuantos le sucedieron?

Hasta aquí, la cuestion está, no digamos en pié, sino resuelta en sentido contrario á las pretensiones de Tomas de Aquino; y cuantas consideraciones ha aducido, solo sirven para poner en transparencia la pobreza de su lógica. Veamos no obstante si en lo que dice despues puede encontrarse algo capaz de sostener el carácter trascendental del primer pecado y el esencialmente individual de los cometidos con posterioridad. Citemos textualmente las palabras:

Como hay cosas que pertenecen á la persona considerada en sí misma, y otras que son efecto de la gracia, del mismo modo, una cosa puede pertenecer a la naturaleza considerada en sí misma, es decir, como efecto de sus principios, y otra puede pertenecerle como resultado de la gracia. Así es como la justicia original, segun lo hemos dicho, era un don gratuito que Dios habia hecho a la nataraleza humana entera en nuestro primer padre; y del mismo modo que esa justicia original habria pasado á todos los descendientes simultaneamente con su naturaleza, así tambien el desarreglo contrario ha debido trasmitirse. En cuanio á los otros pecados actuales, de Adan, ó de los demas hombres, ellos no corrompen la naturaleza EN LO QUE LA PERTENECE: (?) *ellos no tocan sino lo que es de la persona, corrompiendo las inclinaciones individuales de cada uno, y por eso no son trasmisibles.*

Descifremos en lo posible esta lastimosa algarabía

Trátase de probar que la culpa de Adan ha sido *culpa de la especie humana entera.* Para llegar á esa conclusion, se comenzó distinguiendo entre lo que pertenece al *individuo* y lo que se refiere à la *especie.* Hay cosas esencialmente *personales,* se dijo, y hay cosas de la *especie*: hay pecados individuales y pecados específicos: lo que corrompe la naturaleza humana

con una corrupcion que se refiere á la persona, no pasa de los padres á los hijos; pasa si lo que la corrompe con una corrupcion *que se refiere á la naturaleza;* pero repentinamente, el Angel escolástico extraviàndose de un modo lastimoso dice: *así como hay cosas que pertenecen á la persona considerada en sí misma, y otras que son efecto de la gracia, del mismo modo, una cosa puede pertenecer à la naturaleza considerada en sí misma, y otra puede pertenecerle como resultado de la gracia.* Hay que notar aquí un salto muy extraño en la potente filosofía de Tomas de Aquíno.

Preciso ero, ántes de todo, que se justificara la primera afirmacion; se necésitaba primero que nada, marcar esa línea divisoria entre las cosas individuales y las específicas. Hay pecados que corrompen la naturaleza *con una corrupcion que se refiere à ella misma;* y hay otros que la corrompen con una corrupcion *que solo se refiere à la persona;* esta era la proposicion en debate y era tambien lo que primero habia obligacion de probar. ¿Y se ha probado por ventura? La prueba que de ella se dá es esta otra proposicion sin prueba: *hay cosas que pertenecen á la persona considerada en si misma y otras que son efecto de la gracia;* sostituyéndola luego con esta: *una cosa puede pertenecer á la naturaleza considerada en si misma, y otra puede pertenecerle como resultado de la gracia.* ¿Y qué conexion tienen estas dos gratuitísimas afirmaciones con lo que estaba en tela de discusion? ¿Qué tiene que ver la relacion entre la individualidad y la especie con la que pueda existir entre la naturaleza y la gracia? Preciso es reconocer aquí una triste flaqueza, un lamentable desvío en el famoso discípulo de Aristóteles iluminado por el Espíritu Santo. Nosotros debemos, sin embargo, seguirle paso á paso, hasta confundirle por completo en sus razonamientos; y por eso, sin detenernos mas en la incoherencia de sus pruebas, las iremos tomando segun vengan y dándolas su justo valor.

Analicemos pues, la última de esas pruebas, el esfuerzo final hecho por Tomas de Aquino para sacar á salvo su tésis.

Despues de afirmar que *la justicia original era un don gratuito hecho á la naturaleza humana entera en nuestro primer padre*, continúa: *del mismo modo que esa justicia original habria pasado á todos los descendientes simultáneamente con su naturaleza, así tambien el desarreglo contrario ha debido trasmitirse.* Aquí está el fuerte del famoso teólogo, oráculo de la secta católica; pues cuanto ha dicho anteriormente no ha sido, segun lo hemos observado, sino un puro divagar y un hablar sin fundamento; y aquí vamos á cogerle nosotros.

La justicia original era un don gratuito que Dios habia hecho á la naturaleza humana entera en nuestro primer padre. Esta proposicion es escandalosamente falsa y contradictoria, segun las mismas enseñanzas católicas, y no hay necesidad de grandes elucubraciones para probarlo. ¿Qué se entiende, en efecto, por *la naturaleza humana entera?* ¿Es por ventura la naturaleza en todos los hombres y para todos los hombres? Así suena el enunciado, pues un don hecho á *la naturaleza humana entera* y de que se vieran privados cuantos participaran de esa naturaleza, seria un don irrisorio, una burla positiva. Un don hecho á una especie entera en un individuo solo, á cuyo capricho, torpeza é ignorancia se hubiese dejado encomendada su conservacion ó pérdida, no podia nunca ser un don concedido á la especie, un don concedido á la naturaleza.

Mejor que nadie sabia Dios la miseria individual del primer hombre, y mal pudo conceder á *la naturaleza entera* lo que dependia ante todo y sobre todo de los vaivenes de esa miseria. Favorecer á *la naturaleza humana entera* dejando la existencia ó no existencia de los favores otorgados entregada á una contingencia, á merced de uno solo, en cuyas manos se puso pleno y entero el poder de hacerlos añicos, no pudo nunca haber sido pensar en beneficio de la naturaleza humana entera, de la especie humana entera. Semejante favor solo es concebible en un imprevisor estúpido. Agraciar la especie de semejante modo, se-

ria reirse de ella; seria no favor divino sino burla humana, y de las mas inícuas.

Demos sin embargo por admitido ese favor, por muy ridículo y disparatado que parezca, y pasemos á ocuparnos de lo que inmediatamente sigue.

Por que la justicia original, don concedido *á la especie* en el primero de sus individuos, se habria trasmitido á todos los descendientes de ese primero, si él no hubiese pecado, quiere Tomas de Aquino que el *desarreglo contrario* haya debido trasmitirse tambien, desde el momento en que la culpa se cometió, hasta el último de esos mismos descendientes. Pediremos cuenta filosófica de esta afirmacion.

Dando por cierto que la justicia original hubiese sido algo concedido por añadidura á la naturaleza primitiva del hombre; que fuese, como lo pretende Tomas de Aquino, un exceso de favores sobre los favores de la naturaleza, siempre seria falsa la conclusion en que viene á parar. La justicia original conjunto de dones especiales, debió pasar à la posteridad de Adan si este se hubiese conservado inocente; pero habiendo perdido la inocencia primera, habiendo pecado, debió perder esa añadidura de gracia y trasmitir solamente aquello que era esencial á su naturaleza. ¿Cuál seria entónces el *desarreglo contrario* á la gracia? La vuelta al estado de naturaleza. (a) Y ahora que esta consecuencia viene de suyo, sin esfuerzo alguno, preguntamos ¿la naturaleza es pecado? ¿era pecado

---

(á) La escolástica con sus caprichosas prenociones y proposiciones sancionadas arbitrariamente como axiomas, nos ofrece ahora una refutacion cumplida del argumento en debate. EL BIEN ES MAS DIFUSIVO QUE EL MAL: hé aquí un aforismo á que se atiene fuertemente Tomás de Aquino, y en qué, mas de una vez apoya sus silogismos. Admitido tal principio, podemos llamar á la consecuencia al Angélico Doctor, haciendo de paso notar cuan atrasados andaban en lógica los ángeles del otro tiempo. Si el bien es por su naturaleza mas difusivo que el mal, no hay porqué equiparar la trasmision ó difusion del bien de la gracia á la del mal de la culpa; no hay porqué decir como lo dice el Sol de los teólogos: por cuanto el bien de la gracia habria pasado hasta la última de las generaciones del agraciado, el mal del pecado ha debido pasar tambien; no; si el bien es mas difusivo que el mal, no hay inconveniente alguno en que la gracia fuera trascendente y no lo fuera el pecado: y establecer

acaso aquella constitucion que segun la mitología cristiana debió tener el hombre si no le hubiese Dios sobreañadido las prerogativas de la gracia? Aquí no se vé sino una miserable contradiccion en el gran teólogo. Adan conservándose puro, habria trasmitido la justicia original á su descendencia; la habria hecho posecdora de los tesoros con que le enriqueció al formarle la mano de Dios; pecando perdió esos tesoros, y no pudo trasmitirlos; luego la verdadera, la única consecuencia del pecado, aun dando de barato la suposicion, seria la trasmision de lo que era esencialmente imperdible é inalterable: la naturaleza. ¿Cómo pasó entónces el pecado? Con la naturaleza no pudo pasar nunca, porque él fué solo la pérdida de la gracia; porque él solo fué la pérdida de algo agregado á la naturaleza misma.

Distingamos, no escolástica, no sutil, no capciosa y miserablemente, como lo acostumbran los teólogos católicos, sino de un modo recto, claro y comprensible á todo el mundo, y haremos palpable como la luz el vicio capital del razonamiento tomasino. Si por el *desarreglo contrario*, cuya trasmision se pretende, ha de entenderse la pérdida de todo lo agregado por favor especial á nuestra constitucion primera, concedemos; pero sí ha de entenderse algo mas de eso, si ha de entenderse una mancha caida sobre la naturaleza primitiva, negamos.

Tomando por base el mismo principio que sirve de primer fundamento al Angel de las Escuelas para probar su tésis y sin hacer alto en la absurda sutileza que ya hemos hecho ver en él, lo aprovechamos, solo á fin de envolver la prestidigitacion escolástica en sus

---

la paridad absoluta y completa que sirve de base única al argumento, es renunciar tristemente de lo que se proclamaba como principio. Desbarros tan lastimosos han sido sin embargo sancionados por autoridad divina, pues se cuenta que Dios se apareció al escolástico Tomás miéntras este decia misa, y canonizó toda su doctrina con un BENE DE ME DIXISTI. ¡Dichosos tiempos en que la divinidad se rebajaba hasta el punto de tratar mano á mano con los hombres, y engreia á estos aprobando los mas groseros estravíos de su entendimiento!

propias redes. Argumentamos así: *lo que corrompe la naturaleza con una corrupcion que se refiere á la persona, no pasa de los padres á los hijos*; ahora bien, el pecado de Adan no pudo corromper sino la persona de Adan; luego él no se trasmitió. La menor es clarísima. El pecado de Adan, fué el abuso de la gracia; la gracia fué independiente y separada de la naturaleza; luego ese pecado no pudo nunca corromper la naturaleza. No vale decir que la gracia fué *un don concedido a la naturaleza entera en la persona de Adan*, porque esa proposicion es, como ya lo hemos hecho ver, contradictoria; esa proposicion es la negacion palmaria de los mismos principios católicos; y principalmente porque la gracia fué un don sobreañadido, un don que pudo perderse, miéntras la naturaleza habria pasado siempre de generacion en generacion. La gracia fuè algo puesto á merced del que la recibió; la naturaleza fué algo inamisible, algo que debió trasmitirse para siempre igual. El abuso de la gracia *en uno*, no pudo corromper la naturaleza *en todos*; desde que la gracia *no perteneció nunca á la naturaleza considerada en sí misma*. (a) La naturaleza fué para todos sin excepcion; la gracia no lo fué sino hipotéticamente; en el supuesto de que el primer favorecido hubiese tenido la fortuna de conservarla. La misma contraposicion entre la naturaleza y la gracia, destruye por consiguiente de raiz la trasmision del pecado, considerado éste como una mancha de la naturaleza.

Hasta aquí hemos razonado admitiendo el supuesto católico de un estado de naturaleza y un estado de gracia. Ahora vamos á atacar ese supuesto directamente.

¿Qué significa esa distincion entre la naturaleza y la gracia? ¿Qué quiere decir esa sobreañadidura de dones hecha por el Dios creador á su única y exclusiva hechura? ¡Naturaleza y Gracia! He ahí dos cosas perfectamente distintas, esencialmente separadas la una de la otra, segun la Religion Católica.

(a) *Palabras textuales de Tomas de Aquino.*

La naturaleza fué una primera concesion de favores; la gracia fué una segunda y mas ámplia concesion: la naturaleza fué algo que Dios otorgó desde el principio al hombre; la gracia fué algo que le acordó como por vía de apéndice, como excediéndose á sí mismo y corrigiendo en parte su primitiva mezquindad. ¿Cómo admitir la naturaleza y la gracia? Dios no se corrige ni se enmienda nunca; Dios no necesita de hacer apéndices á sus hechuras, por que ellas salen acabadas de su sapientísima inteligencia. La adicion de una gracia á la naturaleza, la agregacion de algo en el ser creado que no perteneciese á su constitucion intrínseca, argüiria que Dios habia hecho cosas deficientes, imperfectas; que habria en el Ser Infinito algo parecido á la impotencia de nuestra mente que se vé obligada á retocar sus obras para que de algun modo satisfagan á sus deseos.

Hay aquí pues un dilema terrible: ó en eso que se llama naturaleza, habia todo lo necesario para que el hombre fuera lo que debia ser segun los planes de Dios, ó no lo habia; si lo primero, la gracia fué inútil, y si lo segundo, la naturaleza fué una obra indigna del Ser Sapientísimo. De esto se desprende, que ese remiendo de la naturaleza y gracia, es remiendo puramente humano.

Pero no solo hay ese lastimoso antropomorfismo en la gracia agregada á la naturaleza, sino que hay ademas otro error groserísimo de concepto: en la formacion del hombre no pudo haber operaciones sucesivas; en los dones de Dios no pueden existir distinciones basadas en ideas esencialmente relativas. Tan absurdo sería el que Dios hubiese añadido algo al hombre despues de hecho, como el que lo agregado, caso de que la agregacion hubiese sido posible, tuviera un carácter nuevo, distinguible y separado de lo primitivo. La distincion entre la naturaleza y la gracia es por eso disparatada en si misma. Para comprobarlo mejor analizaremos ambas ideas.

La naturaleza en el hombre, lo mismo que en cualquiera de los seres á quienes quiso Dios dar existencia, fué un conjunto de propiedades, de dones po-

sitivos; la gracia, segun los teólogos, fué un don especial, ó un conjunto de dones que no correspondian á la naturaleza, y que sin embargo, se agregaron á ella y vinieron á enriquecerla en virtud de la misma voluntad de su autor. ¿En qué estriba pues la separacion entre la naturaleza y la gracia? Bien se deja ver que semejante separacion solo está fundada en un concepto miserable, estúpido del Ser Supremo, en una ignorancia lastimosa de los mas claros principios de la Ontología.

Puesta la naturaleza como lo que es, como un conjunto de propiedades características del ente creado, recibidas del poder creador, fácil es de comprender que á ella corresponde todo aquello que la sabiduria infinita creyó necesario concederla. La naturaleza vino de Dios y ella debió de ser completa en cada ser, so pena de confesar que cada ser no correspondió al fin que Dios se propuso. Ahora preguntamos: si la naturaleza fué completa en el hombre, como no pudo dejar de serlo, si tuvo cuanto era menester para que él llenara el destino con que se le creó ¿fué racionalmente posible la agregacion de algo mas? Contestará tal vez Tomas de Aquino, y con él los demas teólogos sus esclavos, que la gracia agregada nada tenia que ver con la perfeccion de la naturaleza; que esta última pudo y debió ser completa en su línea, como todo lo que Dios hízo, sin que por eso tuviera nada de chocante, de contradictoria, la concesion por parte de Dios de dones de un órden distinto y superior; pues nada tiene de comun *el órden sobrenatural* al cual pertenece la gracia, con *el órden de la naturaleza;* y que así nuestro argumento viene por tierra. Tal dirán los pobres teólogos católicos y vamos á confundirlos.

¿Qué significan dos órdenes distintos en un solo ser? Si el fin de los seres es y no puede dejar de ser único, solo un órden es concebible en ellos. ¿Qué sentido tiene entónces la frase *dones de un órden superior* cuando se trata del órden, del fin de un ser determinado? Semejante frase envuelve una contradiccion metafísica. Ningun ser, puestos en él, como

es forzoso poner, un carácter especial, un tipo, un destino, es suceptible de recibir dones de un órden superior á aquel en que fué constituido; porque eso sería admitir una espantosa confusion en las obras divinas. Cada ser está en un órden determinado y no puede saltar á otro, so pena de trastornarse toda la economía de la creacion, y con ella, toda la ciencia y la prevision del Creador.

Apliquemos ahora esos principios ontológicos, claros como la luz, al caso de nuestros primeros padres.

El hombre tuvo desde el primer momento un destino, conforme sin duda en todo con la constitucion que se le dió: esa constitucion fué su naturaleza, luego le fuè imposible absolutamente cambiar ese destino por otro diverso, ya fuese superior, ya fuese inferior. ¿Era el fin del hombre puramente terrestre? ¿era su estructura puramente animal? Entónces es absurda la suposicion de que recibiera dotes que no correspondiesen á su fin, que no cupiesen en su estructura. ¿Cómo concebir al Hacedor Supremo, no tan solo corrigiéndose, sino destruyendo miserablemente y por completo sus planes sapientísimos? ¿Cómo concebir un puro animal, por esencia, por naturaleza propia, variando de repente de fines y convirtiéndose en ente de destinacion superior? ¿Cómo admitir que Dios hubiese dado un fin, para trocarlo luego en el fin contrario? ¿Cómo admitir en el todo sábio esas adiciones y modificaciones que solo caben en la miseria de quien como nosotros sea capaz de obrar sin plan y sin concierto?

Convengamos pues en que, ese *órden superior* ingerido en nuestra naturaleza inferior es un lastimoso contrasentido; convengamos en que, *la gracia levantando la naturaleza*, es un sueño católico, una locura condenada por la sana filosofía.

Frustra fit per plura quod fieri potest per pauciora: en vano habría hecho Dios valiéndose de adiciones y enmiendas, lo que pudo hacer directamente y de una vez. Dios, segun Tomas de Aquino y los demas teólogos católicos, *levantó la naturaleza por la gracia.* Al

decir semejante cosa, se dá á entender bien claro que hay entre la naturaleza y la gracia una diferencia esencial, una separacion de órdenes; pero entónces preguntamos ¿cómo se estableció semejante separacion? La naturaleza vino de Dios, la gracia vino de él mismo: Dios no debia á ningun ser la naturaleza, como no debia tampoco á ninguno ese conjunto de dones bautizado con el nombre de gracia. ¿Cuál es entónces el motivo de la distincion? Dios dando al hombre una naturaleza determinada, se privó, si se nos permite la palabra, de agregarle un ápice mas de favores, sobre aquellos que constituian su esencia. ¿Cómo se los agregó despues? ¿Quiso por ventura el Ser Sapientísimo hacer una cosa, y pensó mas tarde hacer otra cosa mejor? Eso es estúpido, en el genuino sentido de la palabra.

La distincion entre la naturaleza y la gracia, parte segun lo dicho, de ideas esencialmente relativas puramente humanas. La naturaleza no se debia à ningun ser, luego ella fué pura gracia; y como tal, para aquel que la hizo no podia admitir otras agregaciones que las de su propia voluntad. Si esa voluntad fluctuaba, si era miserable como la nuestra, pudo querer mas tarde ser mas generosa; pero si esa voluntad no fué capaz de fluctuacion alguna, si se determinó en virtud de un principio eterno de conveniencia y de justicia, no pudo nunca ni volverse atras ni pasar adelante; no pudo nunca agregar ni quitar. Luego la naturaleza y la gracia son comprensibles ùnicamente en el supuesto de nuestra imprevision y estupidez; mas nunca en el de la prevision y ciencias divinas.

Hé ahí pues, radicalmente destruido el argumento por el que Tomas de Aquino pretendia colocar en una categoría especial el primer pecado. Hemos probado, primero, que aun supuesta la distincion entre la naturaleza y la gracia, ese pecado debió ser igual á todos los otros, en cuanto á la trasmision ó no trasmision; y hemos probado, á mayor abundamiento, en segundo lugar, que la distincion en que se basa dicho argumento es esencialmente absurda. Queda por lo

tanto en pié nuestro raciocinio; quedan vigentes los espantosos corolarios de la trasmisibilidad de la culpa, que los católicos quisieran esquivar, pero que son ineludibles supuesto su dogma fundamental.

X

Se llama al gran principio de solidaridad en apoyo del dogma de la trasmision del pecado. Hay, se dice, algo oculto y verdadero en eso que nos parece monstruoso: hay una responsabilidad que pasa de padres á hijos, no sabemos de que modo, pero que pasa sin duda. Y si nó, ¿por qué nadie mira con los mismos ojos al hijo del criminal muerto en el patíbulo, que al hijo del hombre benemérito por sus virtudes? ¿Pór qué hay en todas partes esa preocupacion de la cuna? ¿por qué hay en todas partes esas ideas arraigadas de nobleza y villanía trasmitidas? ¿por qué en todas partes se pregunta siempre pòr la familia ántes de conocer al individuo? Algo debe haber sin duda de verdadero, dicen los partidarios del Pecado Original, en esa preocupacion del mundo; porque no es posibln que el mundo entero se equivoque. ¿Qué significan, en efecto, donde quiera, esos honores involuntarios al hijo de la virtud, y esa involuntaria repulsion hácia el hijo del crímen? Significan precisamente, dicen ellos, que los hijos, quieran ó no quieran participan en algun modo de las faltas de sus padres, y que, el pecado, por mucho que no lo parezca lleva siempre consigo algo de trasmisible.

Examinemos el valor de esta atingencia; veamos hasta que punto deben ser respetadas las preocupaciones del mundo.

Es verdad que, durante muchos siglos, ha reinado esa quimera llamada nobleza, esa aparente creencia en la trasmision de las virtudes por la generacion; pero eso significa bien poco. La nobleza, mas que una creencia, ha sido una institucion social. ¿Quién creyó nunca que un malvado fuese noble, es decir digno y respetable, por mucha que fuera su riqueza y por muy dignos de consideracion que hubiesen sido

sus ascendientes? ¿Quién pensó nunca que á un hombre bueno era justo tildarle en nombre de los delitos de los que les dieron el ser? ¡Nó! Es preciso revindicar la rectitud del sentido comun que jamas ha podido equivocarse á este respecto. Sì, el sentido comun jamas ha soñado ni en hacer la virtud trasmisible, ni en cancionar esa ley bárbara de la trasmision de la culpa.

La nobleza ha existido, es verdad, y existe aun; existe tambien ese empacho en las almas débiles, para tender la mano en una calle pública al hijo de un presidiario: todo el mundo se jacta, es cierto, de los méritos y virtudes de sus antepasados, mientras nadie puede escuchar sin sonrojo una historia en la que su padre aparezca criminal. Todos estos son hechos que no pensaremos en negar; que ciertamente nos asustan muy poco y que podemos explicar perfectamente, sin necesidad de refugiarnos en hipótesis tan absurdas como la de la comunicacion del pecado.

Preguntemos primero á esos engreidos con las virtudes, títulos ó riquezas de sus abuelos, si en su interior creen merecer algo mas que los otros por haber salido de una alcurnia ilustre; pero no se lo preguntemos á la luz del dia, ni en presencia de testigos; porque entónces es seguro que nos atolondren, para hacernos comprender que el esplendor de sus antepasados los ha convertido en una especie de Luna, astro opaco por su naturaleza propia, pero que no puede ménos de reflejar aun cuando sea de un modo débil, los rayos esplendente del Sol; preguntémoselo allá en las tinieblas de la noche y en la soledad de la conciencia. ¿Que podrán respondernos? ¡Ah! nos responderán la verdad; pues cuando pasa el ruido del dia, y se vé libre el hombre de esa multitud de quimeras que ofuscan su imaginacion; cuando se encuentra á solas consigo propio, es cuando únicamente merece fé. Preguntad, pues, no al hijo del mas noble que eso es poco, sino al hijo del mas santo, si halla en conciencia que la santidad de su padre le aproveche en lo menor; y por mucho orgullo que tenga, os confesará en esas horas solemnes, que solo

siente como suyo lo que por si ha hecho; y que no ha venido una sola de esas virtudes de que tanto se enorgullece en presencia de los hombres, á hacerle un ápice mas grande de lo que es por sí mismo, en la presencia de Dios. Preguntad todavía á ese mezquino que se desdeña de tender su diestra à un hombre á quien conoce hijo de sus buenas obras? solo porque las preocupaciones ante las cuales tiembla, han puesto una marca ignominiosa en la misma frente que él está viendo resplandeciente de virtud, si no siente dentro de sí mismo el aguijon del remordimiento, y si no se avergüenza á sus solas de sacrificar así sus convicciones mas profundas á un rubor estúpido: y él os contestará, que se duele en el alma de lo que hace, y hasta maldecirá esas mismas preocupaciones de que se siente esclavo.

¿Qué significan entónces esas contradicciones? ¿qué significa ese condenar el hombre libre de toda presion y ageno á todo motivo de orgullo lo que aparenta creer por no chocar con el vulgo social, ó por aparecer mas grande de lo que en realidad es y en su interior conoce? Eso significa que, tanto en la trasmision de la virtud como en la del pecado, de padres á hijos, no hay sino un miserable engaño, incapaz de resistir por un momento al análisis del buen sentido ni al sentimiento de la conciencia.

¡Pero ese engaño es universal! Tremenda objecion Despues de haber descubierto y probado que alguna creencia es pura mentira; despues de haber puesto en claro que eso que parece creencia no lo es en efecto, ya que se encuentra contradicho por los mismos que aparentan prestarle su fé siempre que se les llama á un exámen sério, se funda todavía un argumento en la aparente universalidad de esa creencia y en el verdadero engaño de esa creencia aparentemente universal.

La Religion Católica se presenta, espada en mano, combatiendo cuanto encuentra en el hombre, opuesto á sus principios, revelados por el mismo Dios segun ella misma lo dice: para ella no hay razon, para ella no hay corazon; no hay para ella nada que

consultar en el ser humano; pues todo lo que hallamos en nosotros es una miseria y un trastorno del órden primero que estableció el Inmutable, padre de toda justicia y orígen de toda luz; mas cuando se trata de que la humanidad no se escandalice y la arroje á pedradas, á fuerza de verse absurdamente desmentida y falsificada en cuanto tiene de mas íntimo, empieza á aflojar de su primitiva tirantez, y llama en su socorro ¡quién los creyera! hasta lo mas ruin y despreciable que puede encerrar la humanidad. El catolicismo menosprecia las luces de la filosofía, no cuenta para nada los sentimientos nobles con que puede honrarse cualquiera criatura racional, y acaba sin embargo en los momentos de aprieto por encontrar la voz del cielo en las preocupaciones del vulgo, y en las mas trietes aberraciones sociales.

Los Doctores católicos, tan rigidos, tan intransigentes en nombre de la divinidad de su fé, se doblegan á las creencias comunes; y despues de haber negado que sea cierto lo que hay en lo mas selecto, en lo mas inteligente y distinguido, acaban confesando tristemente que es verdadero y respetable hasta lo que se encuentra en lo mas vulgar y en lo mas estúpido. Quien sepa que se ha encontrado un argumento para apoyar racionalmente la monstruosa creencia del pecado trasmitido, en esa preocupacion miserable de las castas, no encontrará exagerado nuestro lenguaje, ni nos atribuirá espíritu alguno de calumnia en lo que acabamos de decir.

XI

Pero nosotros debemos explicar, sin necesidad de recurrir á la trasmision de la culpa, esa esencia que se supone universal y en que se hace tanto hincapié.

A la verdad, es una tarea inmerecida la que nos imponemos; porque nos bastaba poner en claro que no habia absolutamente en las ideas de villanía y nobleza hereditarias, esa universalidad que se las supone, para que cayera por tierra el argumento de los originalistas. Ni aun de eso necesitábamos si se quie-

re. Podriamos haber admitido la gran generalidad de esas ideas, sin que por ello hubiese ganado un palmo de terreno la causa del Pecado Original. ¿De cuando acá se pretende buscar á la verdad sus títulos en creencias sin fundamento, y en instituciones que, por mas que hayan durado largos siglos, aparecen absurdas ante la razon natural?

El duelo está admitido hasta hoy aun en las sociedades mas civilizadas y cultas; hasta hoy se cree en todas partes por la multitud sin criterio, que es preciso apelar á la fuerza para vindicar los derechos de la justicia; y si alguno, escaso de vigor y destreza para batirse, rehusa hacerlo, por muy cargado de razon que esté, con el insolente adversario que cuenta con la firmeza de su pulso ó con su arte en el manejo de las armas, se le condena por eso solo á eterna ignominia. ¿Puede haber cosa mas irracional que el duelo? ¿habrá algo mas ignoble que la venganza? ¡Ysin embargo, el que rehusa batirse, y el que halla indigno vengarse, son calificados, el uno de cobarde y el otro de imbécil!

La Religion Católica sabe sacar bastante partido de esos errores, de esas miserias universales cuando la conviene, y hablarnos en nombre del cielo para que dejemos de creer en ellos; pero sus doctores y defensores se ven reducidos, para salvarla del absurdo, á detenerse con cierto respeto ante torpezes iguales ó mayores, y encuentran verdades ocultas en medio mismo de la preocupacion y del error.

Vamos á satisfacer al Catolicismo mas de lo que debemos: vamos á esplicar el orígen de una preocupacion, despues de haber probado que lo es; solo por poner de manifiesto que á esa religion desventurada se la debe hacer toda suerte de concesiones, para mas confundirla y avergonzarla mas.

¿De dónde viene, preguntan los doctores católicos, esa creencia en todas partes, en virtud de la cual todo hombre se engrandece con los méritos de sus progenitores y se siente humillado y pequeño con sus vicios? Proviene, contestamos, sin necesidad de pensarlo mucho, de que en todas partes, las relaciones

animales y pasajeras de familia se anteponen á los principios espirituales y eternos de justicia; proviene, de que, para la generalidad de los hombres, pobre vulgo, que no puede ver muy léjos, es axiomático cuanto está sancionado por la *opinion*; y proviene, principalmente, de que, se confunde la conviccion humana con ese espíritu de servilismo, con esa esclavitud que sujeta á la mayor parte de nosotros á tributar homenaje á cuanto se encuentra establecido y sancionado por la muchedumbre.

Algo hay sin duda en las creencias universales digno de respeto; y es preciso dar la enhorabuena á los que se dicen católicos por conviccion, de que llamen en auxilio de sus enseñanzas ese carácter esencialmente verdadero del criterio humano. El mal está sin embargo, en que, ellos, los católicos, que quieren justificar las doctrinas de su secta por la razon universal, confunden miserablemente los dictados de esa razon con las precauciones universales. Aquí no puede uno ménos de compadecer segunda y tercera vez á esa religion infeliz. Cuando la razon está acorde en todas partes sobre algun punto, la razon no es nada si ese punto contradice al Catolicismo; pero siempre que haya do quier cualquiera institucion absurda, cualquiera creencia ciega, cualquier rutina miserable, que se conforme con las enseñanzas católicas, se levanta la voz, por los partidarios de esa religion proclamando verdad inconmovible lo que sanciona la ciega multitud. ¿Por qué esa inconsecuencia? Si la razon universal es, no solo capaz de error, sino órgano esencialmente falso, ¿cómo se quiere que la universal preocupacion sea órgano esencialmente verdadero? Si al hablar la inteligencia pura, se la rechaza tachándola de miserable y absurda ¿cómo se pretende que la estupidez, las pasiones y la ignorancia de la muchedumbre sirvan de criterio infalible?

No se ha menester de mucho ingenio para justificar la esplicacíon que hemos insinuado ligeramente. Dijimos que *las relaciones animales y pasajeras de familia* se anteponian donde quiera, *a los principios es-*

pirituales y eternos de justicia; y hallamos en este aforismo la razon de aquella estendida vulgaridad, en crear justo el que cada uno responda por lo que fué ántes de que él mismo fuera, y se sienta orgulloso con méritos salidos de las vescículas seminales de sus progenitores.

¿Se quiere mas lata y clara explicacion? Vamos á darla si se nos alcanza.

Hay solidaridad en las familias; esto es evidente; solo que es preciso observar algo en que no se ha fijado el vulgo religioso, que es tan vulgo como cualquiera. La solidaridad en las familias es la solidaridad material, solidaridad posible; pero la solidaridad en las almas, es la solidaridad en los pensamientos y en las voluntades; imposible, absurdísima solidaridad.

¿Queréis que el hijo responda por las faltas del padre? ¿queréis que haya una villanía y una ruindad que pasen de espíritu á espíritu como el contagio material pasa de cuerpo á cuerpo? ¿queréis que haya un contragio de enfermedad espiritual como lo hay de enfermedad corpórea? ¿queréis que haya una trasmision de nobleza moral como la hay de robustez física? Si eso quereis, pretendeis un imposible; porque el espíritu no engendra al espíritu como el cuerpo al cuerpo; porque es muy comun el ver salir de espíritus raquíticos espíritus atléticos y al contrario; y principalmente, porque Dios, el generador universal, no ha querido dejar á los espíritus á merced de las condiciones precarias á que ha sujetado la generacion de la materia.

La vergüenza por las faltas de los antepasados y la vanagloria por sus grandes hechos, no son sino una de tantas locuras humanas; explicables como todas las otras, de que se ríe cualquierhombre de buen sentido, por muy viejas y arraigadas que las encuentre.

¿Cómo se explica el rubor por las miserias de los progenitores? Muy fácilmente: ese rubor no es una conviccion sino una debilidad; es exactomente el rubor del que se vé mal vestido y no tiene ánimo bastante para erguir la cerviz y hablar orgullosamente

en nombre de la razon á los villanos que habiéndole cubierto de harapos, le apedrean todavía por el miserable aspecto en que lo ha puesto su propia injusticia.

Si; es preciso hacerlo notar bien: nadie dentro de sí mismo se siente ménos digno de estimacion por los malos hechos de los que fueron ántes de él; y si es tan comun el ver á los hombres avergonzarse al recuerdo de los delitos de sus padres ó ascendientes, esto no debe atribuirse sino al poder de las influencias sociales.

La vergüenza bien analizada, no es otra cosa que el temor del desprecio; ó mas bien, la couviccion de que él ha caido sobre nosotros. ¿Es el desprecio injusto?—eso nada significa; siempre que lo veamos caer sobre nuestra persona, sentimos un peso inmenso que nos aplasta. ¿Qué importa el ser apachurrados con razon ó sin ella?—lo que nos duele y nos anonada es el vernos aplastados. La vergüenza no es siempre el peso de lo que tenemos en la conciencia, sino muchas veces el rudo golpe de la mentira ó de la calumnia, que viene á matarnos, cuando en nuestro interior estamos convencidos de que merecemes vivir.

No es extraño, pues, que los hijos del criminal se sientan abochornados; puesto que miran una multitud de rostros haciéndoles un gesto de desden. Ese bochorno, si algo prueba es, no la realidad de un delito sino la existencia de un miedo. No deberia tenerlo el hombre, es verdad, cuando encuentra en el testimonio de su conviccion íntima y de su conciencia lo bastante para desafiar impávido desprecios estúpidos; pero el hombre es por desgracia mas medroso que racional; y aun cuando esté mirando por un lado la justicia eterna y la intrastornable razon, sonriéndole placenteramente, si vé por otro, en tropel, risas de burla que le escarnecen, ó miradas desdeñosas que de humillarle tratan ú ojos centellantes de ódio que con su ponzoña quieren matarle, dobla abatido la frente y se confiesa vencido, cuando nada le habria costado manifestarse vencedor.

Hé allí explicada humana y naturalmente una de las faces de la preocupacion. Ya hemos hecho

ver que los sindicados de ignominia eran unos débiles y nada mas; unos pobres llenos de inocencia y hartos de desprecio; unos medrosos que tenian como aniquilar á los ruines que los atacaban y carecian sin embargo de ánimo para hacer uso de sus grandes arsenales. Nos toca ahora, asi como hemos puesto á la vista la debilidad de los ofendidos, hacer resaltar la injusticia de los ofensores.

Cualquiera dirá, desde luego, que algun origen tiene aquel desdeñar á los hijos de padres delincuentes, y aquel mirar con ojos de consideracion y aprecio á los hijos de padres conocidamente virtuosos. Claro está que ámbas cosas tienen un orígen; mas lo que se puede probar sin mucho esfuerzo es, que una y otra tienen un orígen miserable, indigno de tomarse en cuenta por un filósofo.

¿Por qué razon, en virtud de que principio se envuelve una generacion entera entre los pliegues de la culpa del primer progenitor? Por una razon material, en virtud de un principio de trasmision enteramente físico. La familia en los hombres, se considera ni mas ni ménos que la familia en las bestias; se piensa que la responsabilidad moral es tan trasmisible de padres á hijos como los vicios orgánicos; se cree que hay razas de espíritus como hay razas de caballos; se juzga en fin del hombre espiritual por el hombre de la carne y de la sangre.

Tan despreciable es esa preocupacion, como aquella que hace ver méritos y virtudes heredados. La nobleza del linaje está ya juzgada, y el necio que se engria con ella es hoy en todas partes objeto de burla. El mundo ha ido avanzando; y si todavia existen preocupaciones en él, ellas pueden reconocerse y señalarse perfectamente. No hay ya instituciones fundadas en las miserias de un espíritu infantil é irreflexivo; y si aun quedan en alguna parte, todos saben á que atenerse en cuanto á ellas. ¿Qué es la nobleza sin el dinero, en aquellos paises donde todavía es un título de honor y consideracion? ¿Qué es la ignominia heredada cuando el hijo del criminal es poderoso en inteligencia ó fortuna?

La gran mayoría humana se lleva donde quiera de las apariencias. Por eso cuando vé á alguno lleno de miseria á causa de haber sido su padre delincuente, le escupe á la cara; no tanto por la criminalidad de su padre, cuanto por su propia desvalidez; y cuando encuentra á alguno lleno de fortuna y bienestar, recibidos de cualquier modo como herencia, le colma de honores y distinciones. ¿Se quiere sacar argumento de la torpeza de la multitud? Sáquese enhorabuena; mas no se pretenda que el argumento pase mas allá de donde se debe. Dígase que el vulgo está en favor de la nobleza y de la ignominia trasmitidas; dígase que el mérito y el demérito pasan de generacion en generacion á los ojos de los miserables, ignorantes y ruines; pero no se diga nunca que la sancion de las multitudes es la sancion legítima; ni se confunda el instinto bruto de la plebe racional, con los fallos eternos é inapelables de la razon y de la justicia.

XII

Vamos á examinar ahora en sí mismo el principio de solidaridad.

Mucho se ha insistido en esa liga material entre los miembros de una familia, de un pueblo, de una nacion. Se vé salir de hombres tísicos, una generacion tísica; se vè á hombres que sufren el justo castigo de sus malos hechos, envolver á su prole entera en los dolores de la pena que les cupo en suerte; se ven pueblos y naciones, por las imprudencias ó faltas de unos cuantos que les gobiernan, fatalmente arrastrados á los abismos del infortunio. De allí se ha deducido, que familias, pueblos y naciones, son solidariamente responsables por los delitos de aquellos que están á su cabeza. ¿Qué hay en todo eso de verdad? ¿qué hay en todo eso capaz de probar la trasmisibilidad de la culpa? Examinémoslo.

Padre de familia es cualquiera que se reproduce. La multiplicacion de la especie es una ley fatal de la naturaleza; y el hombre que engendra es ni mas ni ménos que el árbol que fructifica. Pedid al árbol la

razon de haber producido, bien ó mal, mucho ó poco, y no podrá dárosla; porque èl no es absolutamente dueño, ni de las sustancias terrestres que lo alimentan, ni de los rocíos del cielo destinados á vivificarlas, ni de la voluntad del hortelano que le cuida, y que no solo puede dejarlo sin producto, sino hasta hacerlo morir si se le antoja. Pedid despues á los frutos la razon de su escasez ó abundancia, de su exhuberancia ó raquitismo, y tampoco podrán dárosla, porque nada saben anterior á su existencia: se encuentran tales cuales son, sin que les sea dado penetrar entre los pliegues del misterio que precedió á su nacimiento.

Hay una solidaridad física esto es indudable: el árbol que no ha tenido riego, el animal que no ha sido bien alimentado, el hombre enfermo y falto de fuerzas, no pueden tener sino una descendencia raquítica. Pero ¿qué significa esa solidaridad?—significa y representa solo una ley eterna y necesaria, una ley de Dios. Esa solidaridad no puede ser nunca una culpa; es en los padres una pobreza que engendra, y en los hijos una pobreza engendrada; y la pobreza no es pecado.

Hay generaciones de tísicos, de escrofulosos, de sifilíticos, de leprosos; hay multitud de frutos podridos en los àrboles humanos; pero id á pedir al infeliz que nació con tísis, con escrófulas, sífilis ó lepra, la cuenta y razon de su enfermedad, id á castigar en él como un crîmen lo que no ha sido sino un resultado necesario de las leyes mismas que le dieron nacimiento, y todo el mundo os llamará injusto y estúpido.

La solidaridad material es un hecho, pero es un hecho que solo puede atribuirse á Dios, autor de la materia. La solidaridad moral es muy diferente; ella es algo disparatado y ridículo, algo que no puede resistir ni por un momento al anàlisis de la razon.

¿Quién será solidario con otro en el sentido moral? Solo aquel que tenga con algun otro alguna responsabilidad perfectamente idéntica; solo aquel que con algun otro haya prometido la misma cosa; que conociendo y queriendo se haya ofrecido con él á cum-

plir la misma obligacion. Solidaridad moral establecida por generacion material és absurdo intolerable. La responsabilidad no se puede trasmitir como la tísis ó la escrófula, porque ella es conocimiento y voluntad propios, y conocimiento y voluntad son prendas individuales, incomunicables por esencia.

¿Son idénticas las relaciones de las almas á las relaciones de los cuerpos? ¿Puede haber familia espiritual para trasmitir responsabilidades, como hay familia animal para trasmitir enfermedades? Indaguemos en lo posible las leyes de la generacion.

Nadie que piense ú observe un poco, dejará de comprender que media un abismo entre la generacion de la materia y la del espíritu. El animal engendra al animal; pero el espiritu no engendra al espíritu. De un raquítico sale casi siempre otro raquítico; de un podrido físicamente es casi seguro que salgan otros físicamente podridos; mas á una alma grande rica y poderosa en el padre corresponden muchas veces almas miserables en los hijos; y á una alma ruin en el primero suelen corresponder como por maravilla en los segundos almas admirables en grandeza. Este es el hecho, y él se explica perfectamente. El hombre bruto, sujeto á las tentaciones de la carne, puro animal, máquina pura, engendra á su semejante. En la materia todo es trasmisible; todo pasa en moléculas. El reptil no puede engendrar al cuadrúpedo, ni el cuadrúpedo al bípedo: el débil no puede engendrar al fuerte, ni el fuerte al débil. Y es, porque la materia, sometida à leyes necesarias, no hace sino seguir esclava al impulso de la mano omnipotente. La solidaridad de la materia no es sino la consecuencia en las leyes de Dios: ella en cuanto á la trasmision de debilidad ó fuerza, de enfermedad ó salud, es únicamente el resultado preciso de la unidad de la mente divina. La materia se amasa y se transfigura como á Dios le place; y no hay para que preguntarla por lo que es en un momento dado. Si ella es solidaria y compacta; si pasa de padres á hijos llevando siempre las huellas de su oríjen y obédeciendo á sus leyes necesarias, Dios responderá; ó mas bien dicho no respon-

derá nadie, desde que el Supremo Artífice es dueño de sus obras.

Los espíritus son inmediatamente hijos de Dios, y su generacion está sometida á leyes de otra especie.

¿Cómo se engendran los espíritus?

He ahí una pregunta árdua. Nadie ha podido penetrar en ese gran secreto del Altísimo; y ciertamente, nada tiene de extraña nuestra ignorancia á ese respecto, desde que la misma generacion física está envuelta para nosotros en densísimas tinieblas.

En rigor el hombre no engendra. Engendrar es formar, es dar una nueva vida: generador es el que forma, no el que planta la simiente de la existencia. No engendra el vegetal aquel que sepulta su semilla en tierra; porque la semilla llevaba entero el gérmen de una planta futura, y la tierra encerraba en su seno todos los elementos precisos para desenvolver la semilla y convertirla en una planta. El hombre animal corre solícito á depositar su simiente en el seno de la muger animal; esa simiente la elabora el hombre sin saber lo que es, y la entierra fatalmente arrastrado por un instinto bruto; esa simiente la recibe con placer la hembra de nuestra especie sin saber lo que será, y luego la arroja dentro de cierto tiempo convertida en un ser humano.

¿Qué somos nosotros en todo eso? ¿engendradores? ¿autores? ¿responsables? Puros instrumentos y nada más.

No sabe el hombre animal como engendra al hombre animal: inteligentes como somos para cuanto se elabore en nuestra mente, somos ciegos para cuanto se produzca en el pecho, en el estómago, ó en los órganos generadores. El hombre material, macho ó hembra, en nada se distingue del bruto en cuanto á la reproduccion: las leyes de esa reproduccion son completamente independientes de su voluntad y tan imperiosas y absolutas como las que gobiernan el resto de los seres de la naturaleza; esas leyes establecen una solidaridad animal, son fatales, y revelan al Dios absolutamente dueño y eternamente soberano de la materia.

Pero ¿cuáles son las leyes de la reproduccion espiritual? ¿Hay en esa reproduccion una solidaridad tan palpable entre lo que parece engendrar y lo que parece ser engendrado como en la reproduccion animal?

Si es misterio la generacion de los cuerpos, mucho mayor es aun la de los espíritus. No por eso sin embargo dejaremos de tener datos para responder á esas preguntas. No sabemos el secreto en virtud del cual un cuerpo que encierra una alma, movido de un modo mecánico produce otro cuerpo encerrador de otra alma. Ignoramos absolutamente como se engendran los cuerpos, ménos sabemos aun como brotan almas en medio de los sacudimientos orgànicos de ambos sexos unidos en cópula bruta, y tenemos no obstante lo sobrado para concluir que no puede haber solidaridad espiritual como la hay física. No poseemos, es cierto, la clave de la generacion espiritual, pero somos dueños de datos bastantes para afirmar que ella no puede efectuarse de una cierta manera. Eso nos basta.

De la sustancia corpórea del padre y de la madre arranca la naturaleza la sustancia corpórea del hijo. El modo de formacion del nuevo ser es misterioso, pero el hecho es indubitable- ¿Arrancarà tambien la misma naturaleza de las almas de los padres el alma del hijo? ¿Será el espíritu de este una emanacion del espíritu de aquellos?

Un ser simplicísimo es indescomponible, indivisible, é incapaz por lo tanto de producir por desprendimiento de sustancia otro ser cualquiera. Solo hay un ser espiritual capaz de producir otros seres: el Ser Infinito; y esto, no por desprendimiento de sustancia sino por potencia ó actividad propia. El ser espíritual creado, engendra pensamientos y voliciones, que son, como si dijéramos, ramas, hojas y frutos del mismo tronco formado y sustentado por Dios. Solo la actividad eterna y todo poderosa es dueña de egendrar espíritus. ¿Podrá negarse esto? ¿podrá decirse que el alma de los copulantes animales, dormida, impotente toda, en medio del estremecimiento físico, sea

capaz de formar, de dar vida y existencia, á lo que no puede esa misma alma, toda señora de sí misma, toda llena de la actividad propia de su alta nobleza? El espíritu humano, se enorgullece y se vuelve loco de contento cuando vé germinar dentro de sí una idea grandiosa, despues de agotar los esfuerzos de sus facultades, y considera la produccion de esa idea como el *nec plus ultra* de sus fuerzas. Ahora es preciso preguntar: el espíritu que necesita de toda la plenitud de su ser para engendrar una idea ¿será capaz de engendrar otro espíritu en la plenitud de su impotencia? Una chispa, una ràfaga de luz, necesita para ser producida de todos los poderes del alma; y el foco mismo de todas las luces, el pedernal brotador de infinitas chispas ¿podrá ser producto de la nulidad de todas las facultades; de la sepultura del alma en la tumba de la materia? Nada de eso es racional.

Dios hace pues las almas *una* por *una;* y solo él puede hacerlas. Las almas no forman, como los cuerpos que los encierran, una masa solidaria. Esto es cierto *á priori*, por lo dicho y probado; y *á posteriori*, por lo que todo el mundo palpa. Solo el espíritu infinito es el generador de los espíritus finitos: hé ahí un principio inconmovible: nada tiene de comun el alma del padre con el alma del hijo: hé ahí un hecho atestiguado por la experiencia. ¿De dónde se quiere, pues, sacar la solidaridad de los espíritus? Si quiere sacar de ciertos hechos que ya tenemos expuestos. ¡Pero qué pobres hechos! Un hombre criminal, pierde toda su fortuna por consecuencia de su crímen, y deja á su familia envuelta en la miseria; un hético trasmite la tísis á toda su descendencia; un mal gobierno hace víctimas de sus desaciertos á una nacion entera; luego hay entre los espíritus una trabazon, una solidaridad atestiguada por la experiencia en cuanto á la responsabilidad de los hechos malos. ¡Soberbia consecuencia!

Decir que las almas de los descendientes son solidarias en responsabilidad con las de los ascendientes porque los cuerpos de aquellos lo son con los de estos en cuanto á constitucion, enfermedad ó salud, es

cerrar los ojos á las leyes de la generacion, y confundir torpemente la generacion del espíritu con la de la materia. Decir que los espíritus son solidarios en responsabilidad, porque lo son muchas veces en desgracia, decir que por cuanto el infortunio se trasmite de uno á muchos, ésos muchos están envueltos en la culpa que ese uno pudo cometer cuando practicó el hecho que la dió orígen, es cometer un sofisma grosero, es desconocer juntamente las reglas de la lógica y las luces de la experiencia.

Post hoc ergo propter hoc: hè aquí el gran argumento de los que pretenden encontrar en una desgracia que vino por culpa de los ascendientes la razon del pecado de los descendientes. *Post hoc ergo propter hoc:* este es un sofisma insufrible. Pecó un hombre, y pecando, se hizo infeliz: allí està *propter hoc;* y nada tendrá de ilógico el concluir que el pecado fuese la causa de que aquel hombre sufriese si no hubiese otra ninguna à que atribuir su infelicidad. No es entónces el *post* sino el *propter* lo que sirve de principio para establecer la responsabilidad de aquel hombre. Pero ¿dónde está ese *propter* tratándose de la responsabilidad de los descendientes? El *propter,* se dirá, está en el mismo pecado, qué- siendo causa única de la miseria del pecador, ha sido tambien única y necesaria causa de la miseria de sus hijos y nietos. Convenido: pero de allí hasta el pecado de los mismos hijos y nietos, de allí hasta la mancomunidad de crímen entre estos y aquel media un abismo. Despues del pecado de alguno, ó mas bien solo por el pecado de alguno, quedó toda una generacion sufriendo tormentos: eso ha sido *propter pecatum,* sin duda; á consecuencia de lo que hizo el padre; pero ¿qué pecado?—solo el cometido por el padre. Afirmar que uno es responsable de un hecho solo porque sufre sus resultados; afirmar que por cuanto le ha cabido á uno en suerte participar de las funestas consecuencias de un delito, haya de ser forzosamente copartícipe de él, es una miserable estupidez. ¿Necesitaremos detenernos en probarlo? Vamos à hacerlo aunque sea rápidamente.

Por un crímen, por un pecado, por una falta, por un simple error, se atrajo un hombre su ruina completa; quedó miserable, é hizo miserables á la vez á muchos que estaban llamados á aprovechar de sus aciertos y á sufrir por sus desaciertos. Convengamos en que haya solidaridad de falta, de torpeza, de delito, de error, ó de pecado, entre los que vienen despues de cualquiera de esas cosas, y el primero responsable de ellas; convengamos en que todo aquel que sufra los efectos de lo que se hizo por los que le precedieron, es solidario con ellos en responsabilidad. Si convenimos en eso, si, porque uno está sujeto á los resultados desastrosos de un hecho, de cualquier naturaleza que sea, debe imputársele ese mismo hecho, como al mismo autor, si ha de juzgarse de la culpa de los hombres por lo que les cae á cuestas de desgracia, de dolor ó de llanto, es preciso, para ser consecuente, concluir á la vez que el mérito de cada cual, debe medirse por lo que recibe fatalmente y sin hacer nada por sí de felicidad y bienandanza. Pongamos pues al hijo de un ladron afortunado, de un asesino que se locupletó con la fortuna agena, sin que la justicia humana hubiese sido capaz de descubrir su crímen. Ese hombre goza de pingües bienes, lleno está de consideraciones, no hay nada que para él no sea felicidad y contento; luego es preciso concluir, en virtud del gran principio de solidaridad, que tambien está lleno de mèrito. Aquí, el pecado del padre, el crímen mismo, ha sido fructuosisímo en bienestar para la descendencia. ¿A qué nos atenemos entónces? Si la desgracia heredada por el delito es prueba de participacion en él, la felicidad heredada por el mismo delito prueba ¿de qué sèrá? Será prueba, para cualquiera que piense un poco, de que no hay para que fijarse en la felicidad ó en la desgracia cuando se trata de responsabilidad moral. Hay criminales desgraciados y criminales felices; unos y otros pueden trasmitir á una larga descendencia la desgracia ó la felicidad. ¿Quereis juzgar del crímen ó de la virtud por el éxito? ¿Quereis dar como sancion, en los que vinieron despues del acto, lo que

nunca pudo serlo racionalmente ni en el mismo que lo practicara? Eso es lastimosamente absurdo.

Mucho hace parar el discurso á los creyentes en la trasmision del delito la desgracia que suele pasar del delincuente á su posteridad. ¿Y qué podrán decir los señores originalistas de la desgracia que pasa con tanta frecuencia del hombre bueno, del que se sacrifica por el deber, hasta el último de sus descendientes? Si heredar una desgracia es heredar un crímen; sí participar de la suerte de otro es precisamente ser solidario con él en pecado, es necesario concluir que cuantos hombres heredan el infortunio á consecuencia de haber sido sus ascendientes la virtud misma, son castigados por la virtud de sus ascendientes; es preciso concluir que hay una espantosa confusion entre la virtud y el crímen. Estas consecuencias no puede aceptarlas sino quien haya perdido el último resto de razon; luego el principio en que se fundan no puede sostenerlo sino quien esté en el mismo caso.

XIII

¿Qué resta pues del principio de solidaridad, tan invocado por los que se obstinan en encontrar al Pecado Original un fundamento en la autoridad de los hechos y del buen sentido? Veamoslo, reasumiendo en lo posible las anteriores consideraciones.

La solidaridad, si ha de tomarse por tal, la relacion entre lo que fué ántes y lo que es despues, el preciso enlace entre todos los cuerpos que salen los unos de los otros, y entre todos los espíritus que están en conexion los unos con los otros, es un hecho incuestionable. Los cuerpos son solidarios por comunicacion de sustancia, y los espíritus lo son por razon de dependencia. Aquí es necesario sin embargo distinguir cuidadosamente para dejar el paso cerrado al sofisma.

La solidaridad material, ó de los cuerpos, es una verdadera y positiva solidaridad, una solidaridad eterna y necesaria; es la solidaridad entre lo que produce y lo que es producido, la solidaridad en

aquello que no puede cambiar; es como si dijeramos la solidaridad entre lo mismo y lo mismo. Cada cuerpo humano dá la sustancia elemental para formar otros muchos; y desde el primero hasta el último de los cuerpos organizados, ninguno ha dejado de recibir entera y completa, de los que contribuyeron á su formacion, la materia, primera base de su existencia, que, mas ó ménos modificada, conserva siempre su identidad primitiva.

La solidaridad de los espíritus no es trasmision de sustancia; es solo ligazon accidental. Ella no es rigorosamente hablando una solidaridad; por cuanto es solo cierta conexion, segura algunas vecés, pero muchas veces falible. La solidaridad de los espíritusno es absolutamente como la de los cuerpos, pues estos reciben siempre *su materia;* y los espíritus no siempre reciben aquello que los hace partícipes de la suerte de los que les precedieron. La solidaridad de los cuerpos está basada en una trasmision positiva; la de los espíritus en puros accidentes que no constituyen una trasmision. Los espíritus estàn relacionados los unos con los otros, pero no son solidarios en el rigoroso sentido de la palabra; puesto que la solidaridad efectiva y real solo está en aquellas cosas llamadas á ser por su naturaleza inseparables y forzosamente copartícipes de algo que las sirve de vínculo necesario é indestructible. ¿Y quién podrá decir que los espíritus tengan entre sí esa especie de solidaridad? Los espíritus se ligan y relacionan entre ellos en cuanto á fortuna ó desgracia, porque están llamados á vivir en comunicacion; mas cada uno está completamente desligado de los demas en cuanto á naturaleza y responsabilidad. A veces hereda un hijo la miseria de su padre, y á veees por el contrario, se encuentra harto de bienestar un hijo, cuando su padre sucumbió harto de infortunio; á veces, el que heredó pingüe y saneada herencia de sus ascendientes, la pierde en un momento por la traicion de alguno en quien depositó su confianza; y á veces, el que es pobrísimo, por los que le dieron el ser, se encuentra súbitamente rico por la voluntad de un

cualquiera á quien le vino en gana favorecerle. A veces un estúpido tiene un hijo inteligentísimo, y á veces un inteligentísimo solo tiene hijos idiotas; á veces un padre malvado engendra hijos santos, y á veces un padre santo engendra hijos malvados. Estos son los hechos; y de ellos es preciso concluir que la solidaridad de los espíritus en nada se parece á la solidaridad de los cuerpos; de ellos es preciso concluir que no hay derecho para trasladar la responsabilidad, el pecado, del padre al hijo, solo porque una ú otra vez siga el hijo la condicion del padre, y es preciso concluir en fin, que los espíritus se comunican mas ó ménos entre si haciéndose partícipes del placer ó de la pena, pero no son nunca solidarios con la solidaridad que se pretende para trasladar las culpas de unos á otros, del mismo modo que pasan de un cuerpo á otro las partículas materiales.

Si hay alguna solidaridad real entre los espíritus, es aquella que se establece por su generacion. Ya hicimos ver que ellos son engendrados *uno é uno*, y directamente, por el Espíritu Infinito. Hay siempre solidaridad entre lo que engendra y lo que se engendra, luego siendo todas nuestras almas directa é inmediatamente engendradas por esa alma eterna que se llama Dios, tienen precisamente de participar en su ser primero, de la naturaleza de aquella que las dá el primer soplo de la vida. ¿Y quién será el estúpido que se atreva á encontrar en el aliento purísimo de Dios creador algo capaz de trasmitir impureza ó pecado? ¿Quién podrá sorprender en la semilla espiritual humana elaborada por el árbol incorruptible de la esencia divina la menor huella de corrupcion?

Si toda alma sale directamente da Dios, toda alma es pura en el primer momento de su formacion. Pretender que haya pecado trasmitido al alma por quien no la engendró, pretender que sea mas generador de la esencia espiritual la pobre bestia encargada de elaborar ciegamente la semilla material y de llevarla al seno de la tierra, que quien organizó la semilla misma, hizo la tierra, y dió el soplo vivificador,

es confesarse topo intelectualmente y ponerse fuera de combate en la disuusion racional.

Vergüenza será siempre para la Religion Católica que proclama la *creacion* por parte de Dios, proclamar á la vez la herencia del pecado.

¿ Crea Dios ó no crea? Si crea, el pecado por herencia es imposible. Cada alma no es hija de otra, sino hija de Dios; cada alma no es engendrada por quien no tiene en sí la razon de su ser, sino por aquel único que la tiene; cada alma no es hija de la finidad y de la contingencia de las que le precedieron inmediatamente en el tiempo, sino de la infinidad y necesidad que eternamente precedieron á todas las cosas.

Díos creando *uno por uno* cada espíritu y cada espíritu recibiendo como herencia lo que nunca pudo existir en Dios, su creador y organizador directo, es absurdo digno del Catolicismo.

XIV

Todavía se arguye en favor del Pecado Original, apoyándose en cierto *trastorno*, que se pretende encontrar en la naturaleza del hombre.

¡ Cuánto no se grita y se declama acerca de esa lucha de afectos y de sentimientos, que en nosotros experimentamos ! ¡ Cuánto no se habla de *esa mezcla de miseria y de grandeza* que nos caracteriza ! ¡ Cuánto no se pondera la imposibilidad de que hayamos salido *así* de las manos de Dios !

El hombre, tal cual como se encuentra actualmente constituido, es un verdadero monstruo á los ojos de muchos filosofastros; y no hay para ellos otra manera de explicar su monstruosidad, que la hipótesis de un primer pecado, trastornador del órden primitivo. Todo salió ordenado de las manos de Dios; pero todo se desordenó por las sugestiones del demonio. El hombre, que gozaba de un feliz equilibrio en todas tus potencias y facultades, se vió de repente desequilibrado, merced á la inocencia con que dió oidos á la seductora serpiente. El pecado, y solo el pecado, ha sido capaz de sublevar esas tempestades

en el fondo de nuestro corazon; el pecado y solo el pecado, ha sido capaz de ponernos en esta guerra continua que nos vemos forzados á sostener con nosotros mismos. Examinemos y juzguemos.

Hay guerra dentro de nosotros; hay lucha, oposicion y contraste en medio de la unidad de nuestro ser, este es un hecho. Pero ese hecho ¿es bastante por sí solo para concluir que hay trastorno? Ese hecho ¿es bastante para concluir que hay un pecado, única causa de la dicha y de la contradiccion? No es bastante.

Paseemos una rápida ojeada por el universo. El universo no ha podido pecar; porque es la gran máquina siempre obediente á las órdenes de Dios: el universo no ha podido pecar, porque en su mayor se compone de masas brutas, sujetas â las leyes necesarias. Hay en el universo espíritus, es cierto; pero ellos no pueden trastornar en un ápice por sus actos, ese órden, tan necesario é infalible como Dios mismo. El universo no ha podido peçar, y sin embargo ¡cuàntas luchas, cuántas contradicciones hay en el universo! El rayo del cielo, encendido por el que hace fructificar la tierra, tala y destruye los campos; el rocio del cielo, destinado á vestir la tierra de plantas, cayendo en forma de devastador granizo, mata cuanto encuentra nacido; el aire, elemento vivificante para los animales y vegetales, desatado en forma de huracan, hace perecer unos y otros en su indómita furia. ¿Para qué ir mas léjos? Por donde quiera que tendamos la vista, hallaremos establecido ese antagonismo misterioso, esa guerra mortal que se declaran á cada paso entre sí los mismos componentes del universo; por donde quiera presenciamos ese choque destructor, en medio de la vida, que sigue su curso á despecho de los encuentros que parcialmente la comprometen.

El hombre es un *micro-cosmos*, un pequeño mundo, se ha dicho, desde hace muchos siglos; y esto es muy verdadero, no porque sea muy viejo, sinó porque es muy claro para toda razon. El hombre es, por lo ménos en la tierra, el compendio de la naturaleza; y

si no es el ser para quien todo se hizo, porque entre lo creado no hay fines sino medios, es indudablemente el ser en quien Dios puso la síntesis del universo terrestre. ¿Què tiene de extraño, pues, el ver escrito en el compendio lo que en caractéres grandiosos está escrito en la obra principal? ¿Que tiene de extraño el encontrar en una criatura, en una parte de lo creado lo que forma el caràcter de la creacion entera? ¿Qué tiene de extraño el ver reproducido en pequeño, dentro de nosotros, lo que en vastísimas proporciones brilla y resplandece por todas partes?

¡Alto, alto! oimos ya que nos dice una filosofía vergonzante. Eso que por todas partes resplandece, ese desórden universal, no se debe sino al pecado. Si el hombre no se hubiera hecho criminal por el abuso de su libertad, el mundo no presentaría hoy el espectáculo que presenta. Los elementos todos, sometidos á la ley del Creador, no se encontrarian, como ahora, en guerra continua; los seres inferiores, que en la constitucion primitiva, doblaban humildes la cerviz ante el rey de la creacion, no se habrian revelado contra su señor; y el mundo en fin, no ofrecería por do quiera esa monstruosidad que nos sorprende No hay que formar pues argumento de lo que ahora se ve, ni admitir como anterior al pecado lo que no fué sino su consecuencia.

Así hablan los infelices creyentes en el Pecado Original. Ellos llegan en su insensatez hasta la ridícula afirmacion de que la naturaleza entera pecó en el hombre, y que, cuanto en la actualidad palpamos, no es otra cosa que la destruccion de nuestro imperio primitivo, el desplome del inmenso palacio que Dios mismo fabricara con sus manos para dar alojamiento á su obra predilecta. *Todo se hizo para el hombre* segun ellos; y cuando esta mimada criatura desobedeció el primer mandato divino todo se volvió contra ella, todo se trastornó, y proclamó en su desórden la eterna ruina de su soberanía, y su esclavitud eterna, en medio mismo del teatro de su primera grandeza y dominacion.

Vamos á proceder por partes para poner en trans-

parencia lo absurdo y lo ridículo de la explicacion católica, en presencia de los aparentes desórdenes del universo.

Todo se hizo para el hombre. Esta es la primera mentira que se necesita desvanecer. Si ella se desvanece completamente, si se prueba que, *no todo se hizo para el hombre,* si se prueba que el hombre es una criatura *subordinada* al órden universal, y que, por lo tanto, no pudo nunca alterar ese órden por sus hechos, se tendrá probado tambien que, todo cuanto se ve ahora no es efecto del pecado humano, sino del órden eternamente establecido. Veamos si podemos conseguirlo.

No todo se hizo para el hombre. ¿Cómo justificaremos esta tésis? Para justificarla se hace necesario preguntar ántes á los que sostienen la contraria las razones en que la fundan. El que afirma es el que debe probar: este es un axioma de derecho y de buen sentido. Si nosotros negamos simplemente, y los contrarios establecen su proposicion afirmativa, es preciso que, ântes de responderles, veamos el título que nos presentan para que creamos lo que establecen.

¿Por qué se hizo todo para el hombre? No sabemos en que pueda estribar semejante afírmacion. Si preguntamos á los buenos católicos que fundamentos invocan para aventurarla, se quedarán mudos, ó nos darán pruebas tales, que valdria mucho mas el no haberse atrévido á desplegar los labios.

¿Por qué se hizo todo para el hombre? El mas atrevido entre los teólogos, hombres que piden á la razon prestado, para hacerla luego la guerra, nos dirá cuando mucho, que, todo se hizo para nosotros por cuanto nosotros podemos aprovechar de todo. La única alegacion plausible, en efecto, que hacerse pudiera para decir con alguna apariencia de lógica que somos nosotros el *totum* del universo, la última mira y la suprema razon de Dios, sería el hecho de ser nosotros lo mejor que hizo Dios en la tierra. Y esa razon, sin embargo, es miserable á los ojos de cualquiera que piense con un poco de detencion.

El hombre, en verdad, es en la tierra el ser mas perfecto. Pero ¿ basta eso para concluir que el hombre sea el fin de la tierra entera? El hombre por su mayor perfeccion puede sacar partido de los seres inferiores á él; pero ¿ basta eso para concluir que los demas seres hayan sido hechos para servirle, y nada mas que para servirle? La consecuencia dista tanto de la premisa como el empíreo del abismo. Para que la consecuencia fuera rigorosamente legítima, era preciso que la premisa fuera mas rigorosamente determinada; para que pudiera concluirse que todo se hizo para nosotros acá abajo, se necesitaba probar. ante todo, que cuanto hay aquí, es conocido por nosotros, subordinado á nosotros, explotable por nosotros; se necesitaba probar principalmente que cuanto hay aquí no ha podido absolutamente tener otro fin que nosotros mismos. ¿Y cómo podrán probarse semejantes cosas?

Los católicos las prueban por una prenocion. Dicen que, si ahora nos encontramos con mucho desconocido, con mucho rebelde, con mucho inaprovechable, no es sino por consecuencia del pecado; pero que no fué así al comenzar el mundo. Pidamosles las pruebas de su aserto, y no sabrán que responder; se encastillaràn en su afirmacion y no apearán un punto de ella; mas en cuanto á alegar algo que ponga de manifiesto ese primer estado con que sueñan, ese imperio absoluto y completo del hombre, esa absorcion de la naturaleza entera por nosotros, se encontrarán tan desnudos de razon como lo estuvo de vestido su hombre mitológico del paraiso.

Bastaba eso solo para reirse de la doctrina católica en lo que respecta á la absoluta soberanía de nuestros primeros padres. Pero, siguiendo nuestro sistema de indulgencia hasta lo último, con esa infeliz doctrina, nos encargaremos de probar que nunca pudo haber sido lo que ella dice que fué.

Investiguemos primeramente si en aquello que encontramos palpable â nuestros sentidos y accesible á nuestra comprension descubrimos algo capaz de hacernos sospechar siquiera esa guerra declarada por

la naturaleza al hombre, despues del primer pecado: veamos si en el aparente desórden que observamos, se encuentra como único blanco de todas las furias el ser bípedo racional; y si no hay por el contrario en lo mismo que hoy se ofrece á nuestros ojos, mucho que nos acredite que todos los seres terrestres, cual mas, cual ménos, participan en contra suya de los efectos de un incógnito furor.

Los creyentes en el Pecado Original tienen la inocencia de afirmar que todo se rebeló contra el hombre desde el punto en que engulló la manzana; y esplican con gran comodidad todos los trastornos del universo, todos los contratiempos que sufrimos, y todo el tremendo poder de las leyes físicas por la primera transgresion de la ley moral. No reflexionan esos ciegos de credulidad que segun van avanzando los tiempos la inteligencia humana va poco á poco sobreponiéndose tambien al poder de las leyes universales; no piensan que, cada siglo que pasa, asegura para la humanidad una conquista inmensa en el gran territorio de la naturaleza, y que, si bien el hombre no puede nunca cambiar esas leyes, alcanza, dia por dia, secretos para burlar su accion, oponiendo las unas á las otras.

Los inmensos progresos de la ciencia han hecho al hombre contemporaneo tan superior en bienestar al hombre de las pasadas generaciones, que, al comparar los estados del uno y del otro, no parecen absolutamente los hijos de un mismo padre. Hoy nos paseamos risueños y tranquilos por donde nuestros progenitores andaban sobrecogidos de pavor; hoy, el rayo del cielo no nos asusta, porque contamos con los medios de hacerle deslizar rápido, y sin que nos toque, hasta las entrañas de la tierra; hoy, no nos arredra la inmensidad de los mares, porque poseemos la celeridad del relámpago para atravesarlos; hoy, no nos pone miedo el silencio absoluto de Eolo, en medio de esa masa líquida, porque no tenemos ya necesidad de implorar sus favores; ni nos aturden tampoco sus horribles furias, porque las hemos quitado el blanco en que se estrellaban; hoy, las empinadas

sierras se dejan escalar humildes á paso de victoria; los rígidos inviernos nos ven con rabia gozar de un calor vivificante, á despecho de sus matadores hielos; los calurosos estíos nos miran improvisar en un reducido espacio, el hielo bastante para contrarestar sus abrasadoras llamaradas; y las fieras aterradoras de los bosques, acostumbradas ántes á destrozar con sus dientes y á rasgar con sus uñas á los individuos de nuestra especie, se presentan como objetos de exposicion, mostrando esos dientes y descubriendo esas uñas entre los hierros de una jaula; miéntras gozan los débiles humanos con los alardes de su impotente furor.

Todo aquello revela que ganamos y ganamos mucho; y revela al mismo tiempo, la falsedad de aquel estado primitivo y de aquella primitiva decadencia. Todo eso, pone de manifiesto que, no el pecado, sino la debilidad y la ignorancia son las verdaderas causas de la desventajosa posicion del hombre enmedio de los colosales poderes que le circundan. Si el pecado y nada mas que él, hubiese sido el orígen de esa posicion ¿cómo se explicaria el que la fueramos superando á pasos cada vez mas gigantescos? Si perdimos por el pecado el dominio de la naturaleza, miéntras seamos hijos del pecado (y lo seremos siempre segun el dogma) no podremos de ningun modo reconquistar lo que con él perdimos. ¿Cómo se explica entónces esa reconquista, manifiesta, palpable? ¿cómo se explica ese crecimiento de poder de grandeza, de brio, miéntras la culpa primitiva gravitando con su eterno peso ha debido hacernos permanecer en la misma miserable condicion?

No hay como absolver esas preguntas sin confesar que, la hipótesis de la decadencia por el pecado es miserable y estúpida.

¡No! no estamos decaidos, como quiere hacernoslo entender una religion podrida. No estamos decaidos, sino que nos levantamos cada dia mas, en virtud de las leyes de Dios. No hubo un pecado que desde nuestra cuna nos condenara á vegetar en eterna miseria; hay por el contrario, un soplo vivificante

que nos impulsa en el camino de un progreso, digno de la alteza de miras del ser que nos engendró. Allí están los hechos; ellos hablan de un modo cien mil veces mas claro que todos los argumentos. Allí están los hechos, atestiguando, nó nuestra esclavitud al imperio de una naturaleza rebelde, sino nuestra gradual emancipacion de ese omnímodo imperio; no un estado primordial de grandeza y poderío que luego se transformara en otro de miseria é impotencia, sino por el contrario, un primer estado, humilde y desvalido, que ha ido poco á poco mejorándose, hasta el punto de darnos hoy un rango importante en el juego universal.

Si no bastan los hechos que nos suministra la historia de nuestra especie para poner de manifiesto la falsedad de ese estado de dominacion y fuerza en que los católicos dicen fué constituido el hombre desde el primer momento, pidamos á la naturaleza entera los suyos.

La naturaleza nos ofrece por do quiera un fenómeno, tan constante, tan infalible, que bien puede llamarse una ley. Ese fenómeno es el crecimiento contínuo, el desarrollo en toda especie de seres. La muerte no viene nunca sino despues de la vida; y la vida segun se ostenta por todas partes, es la debilidad en el principio, la fuerza en el medio, la decadencia en el fin. ¿Se habria por ventura sustraido el hombre à esa ley? ¿Sería él por su carácter de racional, el único que hubiese seguido un camino retrógrado?

Eso no parece natural; ni puede tampoco decirse que no cabe paridad entre las leyes impuestas á los seres puramente físicos y á las impuestas á los seres morales, pues aun cuando hay y debe haber ciertamente diferencia entre unas y otras leyes, es indudable tambien que, unas y otras, deben hallarse eternamente dependientes de la unidad de la mente divina. Ahora bien: ese órden que se observa en los seres físicos, de nacer, desarrollarse y morir, debe aplicarse igualmense á los seres morales, en cuanto puede ser aplicado. Los seres morales no pueden ni deben morir, es cierto; ya que dondequiera que brille la imágen de Dios, soplará impotentemente el hálito

de la destruccion; pero ellos deben vivir sin duda alguna, es decir, crecer y fructificar. ¿Y cómo vivirian si naciendo grandes, hubieran sido aplastados en el acto de nacer por una pisada de la naturaleza bruta?

El hombre aplastado apénas nacido; el rey de la creacion destronado apénas empuñara el cetro de su dominacion, presentaria un fenómeno monstruoso. Las leyes protectoras del universo material habrian sido entónces tan ineficaces como las destinadas á proteger el universo moral; y Dios tan legislador en uno como en otro órden, se habria mostrado tan imperfecto legislador de la materia como impotente legislador del espíritu. Eso, por mas que se diga, es imposible á toda luz.

Es indudable que, la caida del hombre por el pecado, su ruina material misma habria importado, no tan solamente el hecho de una aberracion en el órden moral sino un trastorno monstruoso en el órden físico.

Aquí habria habido pues dos absurdos, á cual mas intolerable: el hombre moral, moralmente muerto en su propia cuna; y el hombre animal, destinado á reinar sobre los demas animales, destronado de su imperio apénas se le encomendaba, y reducido á la condicion de súbdito de aquellos mismos, hechos para obedecerle humildemente. ¿Y à dónde iban entónces á parar la sabiduría y la prevision de Dios?

Todavia habria habido un absurdo mas en el desórden físico operado por la primera falta humana. Dios habria dejado un órden entero subordinado á un desórden inminente. El, que tan robustamente asentó las bases de la materia, El, que coordinó con tan admirable ciencia esos millones de globos que giran en la inmensidad del espacio, habria encomendado la duracion de su plan admirable ¿á qué? á la torpeza de un atomo imperceptible. La fuerza sustentadora del universo material, habria puesto en las manos de un ente raquítico por su saber y por su poder, la ruina de sus designios, hijos de una infinita sabiduría y de una potencia sin límites. El pecado, la miseria del ser inteligente y volente, habría sido entónces el

principio que echara por tierra esos designios; habria sido lo que rompiera el equilibrio, resultado de las profundas combinaciones del Ser Sapientísimo. Todo eso es mentira, y mentira muy grosera.

Nunca ha existido pues ese *trastorno* de que nos hablan los católicos. Lo que hoy es, es lo que fué al principio; lo que hoy es, no se debe al extravío de una partícula del universo, sino á la rectitud inquebrantable de la inteligencia que lo organizó. No hay *trastorno,* no hay desquiciamiento, por mucho que lo sueñen los partidarios del Pecado Original; lo que hay y ha habido siempre, es un órden oculto en medio de un desórden engañoso. Esa naturaleza sanguinaria y terrible que ahora nos asusta, no ha bebido sus furores en el extravío de un primer desgraciado, ni se propone proclamar en su inacabable perturbacion el pecado de la criatura, sino la grandeza del Creador.

Por otra parte; hay en lo que observamos actualmente, mucho que, prescindiendo de las consideraciones anteriores, ha debido ser necesariamente primitivo, y en lo cual, sin embargo, se vé muchísimo que parece desordenado y chocante. ¿Se dirá que ántes del pecado humano, por ejemplo, no tenian las fieras uñas ni dientes para luchar entre ellas, y hacer víctimas de su rabia á los animales ménos fuertes? ¿Se dirá que ántes del pecado humano era el leon tan manso como el cordero, y el tigre tan tímido como la gacela? ¿Se dirá que ántes del pecado los gatos no se comían á los ratones, ni los lobos hacian pasto en los corderos, ni los zorros destrozaban á las inermes gallinas? ¿Se dirá que ántes del pecado esos enormes peces tan voraces hoy de la carne de los mas pequeños, se contentaban con yerbas acuáticas? ¿Se dirá que despues del pecado todo ser cambió de instinto y de organizacion? ¿Se dirá que el pecado desarrolló las propensiones feroces de las bestias, aguzó sus colmillos y afiló sus garras? ¿Se dirá que el pecado hizo víctimas á las pequeñas de las grandes especies? ¿Se dirá que el pecado hizo mas responsable al inocente ciervo que al atrevido galgo; mas responsable al pobre conejo que al engreido gozque

que le persigue? ¿Se dirá que por el pecado del hombre empezó Dios á distribuir palos de ciego, y convirtió á sus criaturas en enemigas las unas de las otras, haciendo de la tierra un verdadero campo de Agramante? Todo eso es absurdo á fuerza de ser torpemente ridículo.

Si el hombre pecó, y si por consecuencia de su pecado hubo algun trastorno en la tierra, ese trastorno debió ser solamente en contra suya. Que todo se hubiese vuelto contra el hombre criminal, pase; pero que por cuanto cometió el hombre un crímen hubiese dispuesto Dios sacrificar una multitud de seres débiles é inocentes en aras de un furor temerario y ciego, es lo que nunca podrá comprenderse ni explicarse. Forzoso es convenir, pues, en que, no ha existido nunca ese feliz estado, esa edad de oro con que sueña la mitología cristiana, y en qué, la tierra, morada de nuestra especie, ha debido ofrecer siempre, poco mas ó ménos, el mismo espectáculo.

Reanudando ahora nuestro argumento, deberemos concluir con lo que establecimos: el universo no ha pecado, ni pudo encargarse el hombre de pecar por él, y sin embargo, hay en el universo luchas, contrastes y desórdenes que chocan á nuestra limitada comprension; luego no hay derecho para deducir tampoco, en virtud de las luchas, contrastes y desórdenes que entre nosotros palpamos, que sea el pecado la única causa de nuestro modo actual de ser.

XV

Todo lo anterior, por muy satisfactorio que parezca á cualquier espíritu exigente, es poco todavía para nosotros.

Ciertamente que, habria bastado, como lo hemos hecho ya, el poner de manifiesto la miseria de la hipótesis católica, que pretende hallar en las aparentes perturbaciones que presenciamos en derredor nuestro, la razon del crímen de nuestros primeros padres; pero siguiendo nuestro sistema de atacar al enemigo

hasta en sus últimas trincheras, debemos ahora completar su derrota.

Ya hicimos ver que no habia lógica en deducir de las aparentes contradicciones y extrañezas de nuestra alma, la existencia de un pecado trashumante de generacion en generacion. Ya pusimos en evidencia por medio de una comparacion inobjetable, que muy bien podrá hallarse desórden visible, sin pecado real; y ya en fin, hicimos lo bastante para dejar sin apoyo alguno aquella gratuita afirmacion por la cual se concluye del estado presente de nuestra alma, la existencia de una degradacion primera en nuestro ser moral.

Vamos ahora á probar directamente, y sin valernos de comparacion alguna, que, cualquiera que sea lo que de verdadera ó aparentemente monstruoso existe en nosotros, es descabellada la pretension de explicarlo por el Pecado Original.

Comencemos por lo pronto, maravillándonos, como se maravillan los católicos, de este caos interno, de este espectàculo verdaderamente extraño y muchas veces repugnante que ofrecen las almas humanas. Entremos en las profundidades del corazon del alevoso asesino, que nada siente sino satisfaccion y gloria, al clavar el frio hierro en el cuerpo de su semejante; del torpe infanticida, á quien nada dice la sonrisa celestial que brilla en los labios del tierno niño; del ingrato infame que mira perecer víctima de la miseria à su noble benefactor, miéntras se harta él de suculentas carnes y generosos vinos; de la desgraciada mujer que corresponde al puro amor de su esposo y á su consagracion íntima con la mas negra infidelidad; del hombre miserable que paga la abnegacion de su fiel compañera llena de amor, en medio de las numerosas traiciones que presencia, con los mas crueles tratamientos.....*¡Eso no puede haber salido así de las manos de Dios!* *¡Eso no puede ser sino efecto de un cataclismo moral!* Tal gritan los teólogos, satisfechos hasta donde mas no se puede; y pasan luego, sin parar mientes en consideracion alguna, hasta la famosa conclusion de que no hay otra clave posible

para explicar todo aquello, que la primera culpa humana.

Admitamos desde luego, lo monstruoso, lo extraño, lo ruin, que se pretende encontrar en esos y otros infinitos hechos de que rebosan los anales de la humanidad, y apelemos al buen sentido para juzgar del fallo católico en presencia de ellos. ¿No hay en efecto otro medio de darse cuenta de los crímenes y miserias de nuestra especie que la suposicion de un pecado trastornador? Examinémoslo.

Es cierto, que, á una inteligencia embrionaria, lo primero que se le ocurre ante el espectáculo de los actos humanos es el pensamiento de un *trastorno*. El tipo de la perfeccion se encuentra gravado de una manera tal en nuestra mente, que no podemos ver nada en que aparezca algo de imperfecto, sin gritar al punto: *eso no es lo primitivo, eso no es lo que Dios hizo.* Somos optimistas por naturaleza; y ciertamente que nada habria de extraño en la afirmacion católica de un pecado, es decir de una imperfeccion humana, esplicable y posible, para darse cuenta de una monstruosidad inatribuible á Dios, si el catolicismo supiera ser consecuente; pero es el caso que hay en esa religion oposiciones tan monstruosas que la quitan el derecho para escandalizarse de nada. El catolicismo es optimista y pesimista á la vez: es la contradiccion viviente.

Si quereis pruebas, muy cerca están: se encuentran en la doctrina misma del dogma que combatimos.

¿No es cierto que es doctrina católica y muy católica la creacion directa é inmediata de todas las almas humanas por Dios? Ningun católico se atreverá á negarlo. Y si esa es doctrina ortodoja, como la que mas ¿con qué valor se atreven á hablar los católicos del pecado innato, viviente en nuestro espíritu desde el primer instante de su formacion? Ya hicimos notar ántes lo groseramente contradictorio del Catolicismo á este respecto; mas nos toca recordarlo ahora, para afrontarle otro renuncio mas en sus enseñanzas. Esa religion que se dice eminente-

mente filosófica, presenta como uno de sus mas capitales argumentos en favor de la trasmision del pecado de Adan, el estado en que la humanidad se encuentra por do quiera. Mucho la preocupa la ruindad nuestra, *nuestra decidida inclinacion al mal*, el contraste entre los sentimientos de nuestro corazon; y no observando un órden ideal perfecto en nuestra constitucion, concluye de un modo dogmâtico con que Dios no pudo constituirnos así primitivamente. No reflexiona, sin embargo, esa misma religion, tan celosa en apariencia de la bondad y ciencia divinas, que ella comienza predicando alguna cosa mucho mas alarmante y comprometedora de los mismos atributos que pretende poner en salvo. No pudo salir el hombre *imperfecto* de las manos creadoras, pero salió *sucio:* la disposicion al pecado, que es únicamente la debilidad, la miseria, inherentes à cuanto no sea el Perfectísimo, no pudo recibirla en su orígen la criatura; pero recibió si, el pecado mismo, que es ya una mancha y una afrenta; no fué posible á Dios hacer al hombre dispuesto á pecar, pero le fué posible formarle *pecador:* era imposible al Ser Supremo formar seres dignos de lástima, pero le fué posible formar seres odiosos: tal es lo que en resúmen resulta del dogma católico, enseñado y embutido por la fé, y del mismo dogma, sostenido por la razon. ¿Y es posible admitir tàn escandalosas proposiciones? ¿es posible acordar la palma de la filosofía á la religion miserable que tan torpemente se contradice?

Vamos todavía al escándalo que dá á los católicos el espectàculo de nuestra naturaleza.

Una religion que se precia de divina, no debia de modo alguno, atribuir á un *trastorno* lo que es efecto de un órden: una religion que se jacta de ver las cosas, no vulgar y mezquinamente, sino segun las bellas y eternas luces de la verdad, no tenia porqué encontrar desórden en aquello que una mediana inteligencia no encuentra sino una cosa natural y explicable, sin necesidad de apelar á imaginarios cataclismos.

¿Será preciso que demos á las lumbreras que tan alto pregonan la alta razon católica, una lecoion de

filosofía? Se la daremos, sin creernos por eso muy filósofos; pues estamos persuadidos de que, pequeños como somos, es todavía mas pequeña su razon menguada, esclava de la estupidez de una fé ciega.

La prepotencia de la inclinacion al mal, el *video melliora probo que, deteriora sequor*, que ya notaron los gentiles, léjos de ser prueba de una alteracion en nuestras leyes constitutivas, es una necesaria consecuencia de esas mismas leyes. Nada de extrañeza debe por lo mismo causar al hombre pensador el predominio del mal en la práctica de los actos humanos.

Sobre todo y ante todo, es necesario preguntar á los que se escandalizan, cual es la razon de su escándalo. Sobre todo y ante todo, es necesario preguntarles, si ellos mismos que llaman tanto la atencion hácia el desarreglo de nuestra voluntad, no confiesan implícitamente un arreglo en nuestro entendimiento. Tan lo confiesan, que se atreven á pronunciar un fallo soberano, condenatorio de su corazon, en nombre de la rectitud de su manera de ver las cosas. Luego no está la naturaleza nuestra tan desordenada que la sea imposible conocer su propio desórden; luego hay equilibrio, por lo ménos, en nosotros, ya que tenemos un rayo celestial que penetre hasta las profundidades del abismo en que caemos y nos muestre el cielo y su camino.

Si el ser humano estuviese completamente trastornado, á consecuencia de un primer crímen, no sabemos de que manera le habria quedado una mitad íntegra; de que manera le fuese posible dividirse en dos pedazos, uno divino y miserable el otro; de que manera, habria permanecido esa antorcha celestial de la razon sin perder uno solo de sus rayos, miéntras la fuerza directora, la fuerza impulsiva del ser, descarrilándose miserablemente, lo llevara á estrellarse contra los abismos.

Se dirá tal vez qne la voluntad pecó y no pecó el entendimiento, y que de allí viene aquel ver claro la razon miéntras el albeldrío se despeña; mas esta explicacion no satisface; porque ámbos atributos, razon y voluntad, son el alma humana misma, y es absurdo

decir que peque un atributo. El alma es la única capaz de pecar, y una vez herida en su esencia por el pecado, ha debido manifestarse despues igualmente deteriorada y pobre, ya sea que quiera, ya sea que piense. Esta consecuencia racional es tambien, por felicidad nuestra, un dogma católico. Las tinieblas del entendimiento siguieron tan inmediatamente a la primera transgresion de la ley de Dios, como las miserias del corazon: hé ahí lo que enseñan los filósofos de la secta romana; solo que se olvidan muy pronto, segun acostumbran, de lo mismo que acaban de proclamar como enseñanza infalible. Esos filósofos, asistiendo á la comida de la manzana paradisiaca, aseguran que echó á perder, así la nobleza de nuestros sentimientos como la rectitud de nuestro juicio; y tratando luego de explicar el absurdo que sueñan en nosotros, para justificar sus doctrinas en presencia de hechos que no pueden negar, confiesan de plano nuestra integridad mental á despecho del pecado.

Será preciso, pues, que busquemos nosotros una explicacion capaz de hacer frente á la experiencia.

Ya insinuamos ántes, que habia una ley, un órden en ese mismo predominio del mal; en esa misma ruindad de nuestro corazon, reconocida por la luz de nuestra inteligencia, y nos toca ahora hacerlo palpable. *El mal predomina actualmente en nuestros actos.* No pondremos en disputa ese aforismo, ni nos preocuparemos con cuestiones de palabra. Para nosotros, como lo haremos ver en su oportunidad, *el mal* no puede predominar nunca, tomado en el sentido en que debe verdaderamente tomarse; pero tomado en el sentido vulgar, que es tambien el sentido católico, es un hecho que predomina. ¿Y qué significa ese predominio del mal? ¿Significa acaso, como lo pretenden los católicos, una monstruosidad, un cataclismo, una perturbacion en la naturaleza primitiva? O no saben los católicos lo que es *el mal,* ni en el sentido mismo en que lo toman, ó carecen por completo de filosofía cuando lo atribuyen à un pecado de nuestra especie.

El mal está preponderante y ese no es el órden, dicen

ellos; y nosotros afirmamos lo contrario: *el mal está preponderante, y ese es el órden precisamente.*

La idea del mal es negativa. El mal es todo lo que falta á lo finito para alcanzar la plenitud de lo infinito. La armonía completa no se encuentra sino en Dios; y todo cuanto no sea El, ha de ser por fuerza, falto de ella, discordante y pobre, siempre que se le compare con el eterno tipo de grandeza y perfeccion. El órden no está ni puede estar en cada cosa considerada aisladamente; porque él, absolutamente hablando, es la perfeccion última y definitiva: por lo mismo pues, el mal, la falta de perfeccion, el vacío, el desequilibrio, que parece en cada cosa el desórden y el mal es, en el conjunto de todas el órden y el bien.

El mal prepondera en cada hombre: esto es lo mismo que decir, cada hombre es infinitamente inferior al tipo de belleza con que la mente sueña. ¿Y es ese acaso desórden? No, sino órden perfectísimo. El *mal* preponderando en cada ser, es el cumplimiento de las leyes infalibles, que han hecho á todo lo formado, infinitamente distante del ideal absoluto: el *mal* preponderando en cada ser, es la realizacion de una necesidad eterna. *Mal* significa miseria, escasez, y es la naturaleza misma para todo aquello que vive de prestado, para todo aquello á que falta la plenitud de la existencia, Si el órden es la eterna necesidad de las cosas, y sí es enteramente conforme á esa necesidad, que todo lo creado sea miserable y ruin, en el órden están sin duda, la ruindad y miseria nuestras.

¿Por qué pretender entónces ese arreglo ideal que los católicos se figuran como indispensable en el alma de los primeros hombres? ¿Por qué asegurar con tanto aplomo que no hemos sido primitivamente lo que al presente somos?

Es que somos ahora incomprensibles dentro de nuestra propia especie, nos dirán, y no es cuestion aquí, de pobreza absoluta, indisputablemente necesaria, sino de imperfeccion relativa; de absurdo y contradiccion en nuestra alma misma; absurdo y contradiccion que de ningun modo pueden hallarse en las obras de Dios.

¡Vaya enhorabuena! Todo eso quiere decir que los señores católicos tendrán como probar, que somos, no pobres, sino monstruos, y que, cuanto vemos hoy, no es el mal primitivo y necesario, no es la limitacion consiguiente á la criatura, sino una aberracion consecuencia de la libertad misma en que fuimos constituidos. Pidamos las pruebas.

¿A dónde está esa monstruosidad que tanto espanta á los católicos? ¿Cómo justifican la asercion gratuita que aventuran? ¿Dónde encuentran ese *tipo relativo de perfeccion*, del cual aseguran hallarnos tan lejanos? Para afirmar con certidumbre plena que hay aberracion en nosotros, que no nos hizo Dios tales cuales somos actualmente, era preciso haber asistido á los eternos consejos de la sabiduría infinita. ¿Y quién ha dicho á los católicos que el Ser Supremo haya de tener como norma la medida de su miserable inteligencia?

Hartos estamos de oir á la religion católica predicar hasta la saciedad lo mismo que acabamos de insinuar. Siempre que se trata de cualquiera *monstruosidad*, palpable en sus enseñanzas; siempre que la razon natural condena como falso algo de lo que ella enseña como divino, nos habla *de los eternos consejos de Dios*, inaccesibles á nuestra limitada comprension; pero luego que es llegado el caso de demostrar la racionalidad de alguna de sus doctrinas, sugeta esos mismos consejos infinitos á los nuestros miserables.

Nosotros, sin embargo, no necesitamos hacer uso de la táctica católica; y si hemos aventurado un argumento como el precedente, ha sido solo para hacer notar una vez mas la indigencia de esa *divina* religion; para hacer palpable una vez mas, la pobreza lógica que caracteriza á la filosofía que la sostiene.

Tenemos argumentos directos é inconmovibles para probar á los católicos la gratuititad de sus asertos. No invirtamos sin embargo el órden natural; y ántes de oponer á las afirmaciones católicas nuestros argumentos, pidámosles su razon de ser.

Somos monstruosos, inconcebibles, extraños; y

Dios no pudo organizarnos así; luego esa monstruosidad, esa inconcebibilidad y esa extrañeza son obra del pecado y no del Ser Supremo. Tal dicen los sostenedores de la culpa original, los que pretenden probarla por el testimonio de los hechos. ¿Y por qué somos, todo lo que se afirma de nosotros? ¿Dónde está la prueba de la monstruosidad, de la inconcebibilidad y de la extrañeza que se dicen características de la humanidad? La prueba está en que así nos lo parece. Sí, indudablemente; la prueba está en eso, y nada mas que en eso. Los católicos se han forjado un tipo, *óptimo* á su parecer, de la humanidad primitiva, y de ese tipo arbitrario parten para sacar la famosa conclusion de que todo està al presente en desôrden, de que todo anda de bruces, y de qué, no somos sino pobres caricaturas de la bellísima imágen de nuestros primeros progenitores.

Para que los católicos tuviesen derecho de sacar sus conclusiones, sería preciso que, ante todo nos justificaran su tipo ideal del hombre recien creado. Pero ¿cómo lo justificarán?

A ellos les parece que la perfeccion primitiva de nuestra especie ha debido estar *en el equilibrio perfecto;* en la completa sujecion de las pasiones á la razon; pero no reflexionan los infelices, que, en ese *equilibrio,* en esa sujecion inquebrantable de la parte inferior de nuestro ser á la parte superior, el pecado habria sido *imposible.* Constituido el hombre en razon perfecta, y en soberanía absoluta respectn de los movimientos de concupiscencia, no habria sido capaz tentacion alguna de destruir esa soberanía primera; y por lo tanto, no puede afirmarse sin grosera contradiccion que sea ahora efecto del pecado, lo que no pudo ser ni siquiera su principio.

La naturaleza nuestra constituida en *perfecto equilibrio,* ó mas bien dicho en órden perfecto, la razon dominando y los *instintos* obedeciendo, eran un estado de armonía eterna. ¿Cómo sucumbió la razon dominadora, ante el poder de los instintoe dominados? ¿Cómo se rompió ese primitivo equilibrio? Cuestiones son estas insolubles para los teólogos romanos.

Ellos nos quieren hacer tragar como verdad inconcusa que el equilibrio se rompió por el pecado; mas el pecado era una quimera, supuesto el equilibrio que afirman; supuesto el poder regulador de la parte noble sobre la parte ignoble. Si el pecado era inexplicable como efecto en el arreglo primordial, lo era mucho mas aun como causa de perturbacion. ¿De qué manera surgió entónces el pecado? Hé ahí lo que nunca podrán explicar los católicos; hé ahí lo que contradice palmariamente su ridícula teoría. El pecado, la victoria de la parte bruta, de la parte ruin, era absurdo é imposible, supuesta la soberanía de la razon; y fué sin embargo la causa del trastorno en nuestra naturaleza. Lo que no tuvo absolutamente razon de ser ni aun como efecto, la tuvo suficiente como causa; lo que fué contradictorio y absurdo supuestos los principios eternos, vino á destruirlos, á aniquilarlos por completo. Esto es el tipo destruyéndose à sí mismo; esto es la perfeccion imperfecta; el equilibrio desequilibrado; el desórden surgiendo como por encanto del seno del órden perfectísimo.

Está probada por esa sencilla consideracion la falsedad del tipo con que sueñan los católicos. Pero detengámonos todavía en él un poco mas.

Comencemos preguntando á los católicos optimistas, si encuentran mas absurdo el hombre moral presente que los monstruos físicos directamente engendrados por la naturaleza, hijos primitivos de las leyes de Dios. No les suponemos la audacia de asegurar que un animal de dos cabezas, por ejemplo, sea mas perfecto en su línea que uno de nosotros en la nuestra; porque al fin, dos cabezas, sobre la fealdad que llevan consigo, son un principio de muerte; ya que nunca se las ha visto animar un solo ser; miéntras lo que se llama monstruosidad en nosotros, anima millares de millones. La naturaleza entónces, es decir, Dios mismo, hace cosas mas chocantes si se quiere, en apariencia, que aquellas que obligan á los católicos romanos á buscar fuera de Dios la razon de su existencia. La monstruosidad física que es un hecho, tiene á Dios por causa; luego ¿por qué no lo

tendrá tambien lo que á nuestra miserable concepcion parece monstruosidad moral?

Vamos todavia mas léjos. Probemos á la filosofía católica, para dejarla de una vez confundida, que, lo monstruoso, si en alguna parte existe, es en ella misma: probémosla que su tipo es esencialmente falso; y que, el hombre soñado por ella primitivo y perfecto, no es mas que un pobre aborto de la mezquindad de sus concepciones.

El hombre de hoy, por mucho que parezca *trastornado* ante una consideracion superficial, encierra sin duda una perfeccion mas alta y una belleza mas acabada que el hombre vegetal del paraiso. Ese estado de guerra continua, esa aberracion de las pasiones, esa misma contradiccion aparente en nuestro ser, hacen de nosotros seres capaces de reflejar de una manera mas grandiosa la virtud y el poder de Dios. Colocados en perfecto equilibrio, cuales nos sueña la Religion Católica al recien nacer, ofreceriamos el mismo espectáculo monótono y pobre de los seres físicos: vegetariamos moralmente; y por muy arreglada que fuese nuestra marcha por el mundo, nunca alcanzaria á presentarnos á la altura que alcanzamos ahora muchas veces. Si tenemos algo de altamente bello, es precisamente aquella lucha, aquella oposicion que parece reinar en nuestro interior, y que es sin embargo el verdadero principio de nuestra grandeza. ¿Quereis que no haya guerra dentro de nosotros? Entónces nos condenais á ser plantas, ó cuando mucho cuadrúpedos. ¿Os admirais de que nuestra actual constitucion haya sido la primitiva? Entónces encontrais natural que hayamos sido primitivamente plantas ó bestias.

No tenemos un equilibrio fijo, es cierto; no contamos con una razon soberana que ponga todo en su lugar, desde luego; hay continuas borrascas, hay choques continuos en este pequeño mundo de nuestro espíritu; pero esas borrascas, estos choques, son como los del gran universo; desórdenes pasageros, falsos alardes de ruina, que luego se dejan conocer como efectos de las mismas soberanas leyes de conserva-

cion. Vosotros, pensadores desgraciados, pretendeis que Dios haya hecho una excepcion en el universo espiritual de sus absolutos y eternos principios: no quereis comprender que es infinitamente mas hermoso y mas digno de la infinita sabiduria el hacer brillar su poder y prevision enmedio mismo del mas alarmante desórden, que seguir las huellas compasadas de la mezquina mente humana.

¿Quéreis que os probemos que las tempestades espirituales, que los cataclismos en que parecemos sucumbir, son tan necesarios moralmente para engrandecernos, como lo son para realzar la perfeccion del órden físico los terremotos y los truenos? No nos costará mucho esfuerzo.

Poned al hombre organizado segun quieren los originalistas; estableced un órden rigoroso, una perfecta armonia, entre los caprichos de la voluntad y los dictámenes de la razon; ó bien una soberania siempre eficaz en la luz intelectual, una obediencia siempre ciega en los instintos; y decimos, bien consideradas las cosas, si en semejante condicion, por muy arreglada y hermosa que á primera vista se presente, hallais explicable todo aquello que ahora mismo forma las delicias y la gloria de nuestra especie: decidnos si en semejante condicion, podrian brillar los altos hechos, los generosos sacrificios; decidnos si en semejante condicion en que nada costaria ser perfecto, en que la perfeccion sería fruto necesario del equilibrio, ú obra puramente mecánica del predominio racional, podria ofrecer la humanidad el interesantísimo espectáculo de ahora. No; ciertamente nó. El heroismo no se comprende sin la lucha tremenda contra las malas propensiones. Quitad las tentaciones poderosas y reducireis á nada las grandes víctorias del alma; suprimid la oscuridad miserable de los vicios, y hareis desaparecer por completo la bellísima claridad de las virtudes; admitid el predominio necesario de la razon sobre las inclinaciones, ó el contrabalance entre una y otras, y entónces la humanidad crecerá como las yerbas del campo; la vida moral, será ni mas ni ménos que la vida material; un equilibrio

de fuerzas, ó una fuerza necesariamente dominante y necesariamente productora de determinados efectos.

Poned ahora al hombre constituido tal cual está: vedle débil barca, tan pronto sepultada entre los abismos del mar agitado de las pasiones, como paseando triunfante en el frágil leño de su naturaleza sobre las espumas de ese terrible mar; compadecedle si quereis, cuando sucumbe, pero admiradle tambien cuando sale victorioso; juzgadle pequeño miéntras fuerzas superiores le derriban; pero confesadle grande cuando abate el poder de fuerzas titánicas; decid en hora buena que está degenerado, en tanto que le mireis desvalido; pero afirmad que está íntegro al verle poderoso señor. La vida humana es una borrasca continua; mas enmedio de esa borrasca, de ese desórden aparente, brillan á la vez dos verdades como relámpagos de vívida claridad: la grandeza infinita del Omnipoiente, agitadora de las furias del alma, y el infinito amor del Omnipotente mismo, que ha dado al alma el poder de humillar esas tremendas furias. Sí, lo afirmamos con plena conviccion; en este choque, en esta lucha, hay muchísimo mas de perfecto y grandioso que en la quietud imperturbable presentada por la Religion Católica como el primer estado humano.

Por lo mismo que nuestro espíritu es grande, no pudo ser predestinado por su Sapientísimo Autor á una perpetua paz, á un equlibrio de fuerzas que tirando en opuesto sentido, le dejaran eternamente quieto y eternamente desnudo de accion propia. Si nuestro espíritu es grande, preciso ha sido que ostente su potencia en la lucha; si nuestro espíritu guarda allá en lo mas profundo de su ser una centella divina, ha sido preciso que ella brille digmnaente. Y decidnos ¿dónde resplandece mejor la lus que en las tinieblas? ¿dónde se ostenta el poder mejor que en las batallas? No soñeis pues católicos apocados con una organizacion humana sin oscuridades y sin guerra; porque eso es quitar á vuestra naturaleza lo que tiene de verdaderamente poderoso y honrador de Dios; porque

eso es contradeciros miserablemente, afirmando que es mas perfecta la triste ignorancia del bien y del mal que la bellísima victoria del primero sobre el segundo.

A vuestro hombre primero lo presentais en carnes, como una bestia, en la materia, y esto no nos escandaliza; nos escandaliza sí, el que lo exhibais igualmente desnudo en el espíritu. ¿Dónde está entónces esa envidiable constitucion que soñais la primera? ¿En qué estribaba entónces la grandeza de vuestro hombre primitivo? En andar en cueros como bruto físico y en permanecer en quietud absoluta como bruto moral.

¡Decida el buen sentido sobre el valor de semejante grandeza!

XVI

Queda ya suficientemente demostrada la mentira de un estado primitivo de grandeza en el hombre, y destruida por consiguiente por completo, la tremenda prueba que los teólogos creen hallar á favor del pecado trasmitido en el supuesto desórden actual de nuestra naturaleza. Pero avancemos todavía un poco mas.

Admitido, lo que está visto ser falso, que estuviesemos real y efectivamente *trastornados* en lo mas íntimo, haremos ver que la hipótesis católica sucumbe miserablemente en presencia de los mismos hechos que proclama.

Demos por completamente cierto y comprobado el supuesto católico; convengamos de buena voluntad en que hay muchísimo de monstruoso, de absurdo, de no primitivo en la humanidad presente, y preguntemos ¿se acomoda la explicacion que se dá del hecho á la experiencia? ¿tiene ella siquiera los títulos de credibilidad de cualquiera de esas suposiciones, vergüenza de la simple ciencia humana, que á falta de ojos se ve precisada á recurrir á tanteos? Ni eso siquiera tiene.

Una hipótesis para ser admitida, aun en nuestra pobre y mezquina manera de ver las cosas, ha mel nester explicar todo aquello para que se inventa y ;

es claro que una verdad divina, no puede dejar de presentar al mènos los carácteres de un buen tanteo humano. ¿Qué dirémos ahora si lo enseñado con el aplomo de la seguridad de Dios no reune siquiera los caracteres del miserable tanteo de los hombres? ¿qué dirémos cuando se pretende que argucias despreciadas por nosotros sean dignas razones del Ser Infinito? ¿qué dirémos, sino que se nos quiere burlar, y arrebatársenos hasta el último resto de sentido comun?

Dícese por los teólogos, que, todo lo ruin, todo lo chocante, todo lo vergonzoso que hay en el hombre es obra del pecado; de la primera transgresion de la ley moral. Dicen tambien los mismos teólogos, que solo el primer pecado fué trasmisible y que por lo tanto, cuanto hay en nosotros que nos humille á nuestro pesar, que á nuestro pesar nos presente inferiores á nosotros mismos, no se debe sino á la culpa de nuestros primeros padres. Partiendo de ese presupuesto, sentamos desde luego el siguiente argumento: si todo lo malo, si todo lo ruin que existe en nuestra naturaleza no reconoce otro orígen que el pecado de la primer pareja humana, es necesario de toda necesidad que seamos todos igualmente malos, igualmente ruines, ya que solo por razon de ese pecado, igualmente trasmitido á todos nosotros, nos encontramos tales cuales somos; pero es así que hay una diferencia inmensa en cuanto á maldad y ruindad en nuestras almas, luego no es el Pecado Original la causa de nuestra maldad y de nuestra ruindad.

Si hubiera de creerse que no hay vileza en nosotros sino porque hubo pecado, preciso era confesar tambien que esas desigualdades que nos sorprenden no tenian absolutamente razon de ser. ¿Cómo conciliar en efecto la igual herencia del crímen con la reparticíon desigual de sus consecuencias? ¿cómo concebir al Ser infinitamente justo, respetador obediente de las leyes soberanas que forman su propia esencia, distribuyendo arbitrariamente entre los descendientes del pecador los efectos necesarios del pecado? Si todos delinquieron en Adan, todos han debido ser herederos suyos en iguales partes; y Dios mismo, con

toda su omnipotencia, no ha podido adjudicar la maldita herencia haciendo beneficios: porque no es Dios dueño de cambiar los principios del órden inmutable. Si eternamente ha sido necesario que el pecado se herede, y si es ley eternamente necesaria tambien que cuantos participen de el participen de la pena correspondiente, que cuantos igualmente lo hereden experimenten el mismo menoscabo, ha sido eternamente imposible que haya desigualdades de miseria, efecto del pecado, entre los igualmente pecadores. Justo es entónces de toda justicia, que todos los miserables por la misma falta sean igualmente miserables; y claro con toda claridad, que Dios, la justicia misma, no ha tenido en su mano el hacer reparticiones caprichosas.

Ahí vemos ya refulgente como la luz, la falsedad de la explicacion católica.

¿Qué tiene de parecido el hombre sanguinario, el que cifra su placer en presenciar las convulsiones de su víctima, al hombre benéfico que halla delicias inefables en enjugar las lágrimas de sus semejantes? Y sin embargo, el pecado ha sido el engendrador de uno y otro. El sanguinario bebió su furia infernal en la primera transgresion, y el benéfico ha debido beber su beneficencia en esa misma fuente, ya que ha sido preciso que todo hombre sea heredero de sus primeros padres. ¿Y á qué nos atenemos entónces? ¿Fué nuestro primer padre el primer hombre, miserable, pecador y ruin, ó lo fué el Señor Poderoso infinitamente bello y perfecto? ¿Debimos heredar la pobreza de la primera hechura ó la riqueza inagotable del Hacedor? Si somos mas hijos de Adan que de Dios, debimos heredar ántes la inmundicia que la limpieza; y si somos mas hijos de Dios que de Adan, hemos debido heredar primero la limpieza que la inmundicia. ¿Qué significa entónces esa divergencia entre nosotros? ¿qué significa ese cargar unos con toda la fealdad del pecado y ese resplandecer otros con una brillantez toda divina?

Por muy grandes que sean las desigualdades que observemos entre los diversos individuos de nuestra

especie, hay siempre un medio de explicarlas, en tan to que no se vea en ellas otra cosa que variedad de grados de perfeccion. Dios, como único dueño de sus dones, ha podido distribuirlos segun los designios de su altísima sabiduría; y no es motivo de extrañeza el que haya dado à algunos como ciento miéntras solo ha dado á otros como uno. Para quieu mire las que se llaman ruindades, miserias ó crímenes como lo que verdaderamente son, como deficiencia, como falta da iluminacion en los entendimientos ó falta de energíe en las voluntades, no hay necesidad de apelar á un *trastorno*; eso es un órden solamente, una indigencia de ciertas almas que puede ser apreciada por otras almas mas ricas; pero para quien prentenda que hay en las miserias, ruindades ó crímenes algo alarmante y comprometedor de la ciencia y bonda divinas si se les supusiera primitivos, y busca en la voluntad del ser creado la razon de su existencia, la explicacion es de todo punto imposible. Probémosle

Dios padre, creador, no podia hacer á todos pefectamente iguales, sino que, por el contrario, era una exigencia del órden, su misma esencia, el establecer una gradacion en los espíritus como la hay en los cuerpos: debia crear espíritus en embrion y espiritus perfectamente desenvueltos; así como habia creado plantas rudimentarias y bellísimos corpulentos árboles; brutos, ciegos como el topo, y de vista perspicacísima como el lince; ferocísimos como el tigre, y como el cordero mansísimos. Supuesta pues, esa exigencia, nacida de la naturaleza misma de las cosas y tan eterna como el mismo Ser Organizador, nadie que cuente con un átomo de buen sentido será capaz de ver en las pobrezas espirituales algo que se asemeje á un desórden. El asesino es un pobre, falto de benevolencia, el ladron, un desgraciado falto de justicia, el hipócrita, un infeliz falto de inteligencia, que se engaña á sí propio pensando engañar á los demas; y en una palabra, los monstruos morales son como los reptiles físicos: los últimos escalones de la respectiva escala. ¿Y se encuentra acaso una solucion como esta, cuando se parte del principio católico? Muy

léjos de eso, se tropieza con un escollo imposible de salvar.

Admitiendo en efecto, el supuesto de que los crímenes, miserias, torpezas y aberraciones humanas en general, fueran fruto exclusivo del pecado primero, y admitiendo á la vez que ese pecado se trasmitiese igualmente á todos; admitiendo que fuese desórden la desigualdad inmensa que se nota en las almas de los hombres ¿cómo podria uno darse cuenta de él? ¿cómo seria concebible una causa comun de perturbacion, un principio único de fealdad espiritual en todos nosotros, siendo como somos tan desiguales? Por voluntad directa de Dios, por órden y necesidad eternos, podemos distar en espíritu unos de otros infinitos grados; podemos haber sido hechos del mismo modo que los seres físicos formando una indefinida gradacion; mas por justicia de Dios, perfectamente recta y siempre niveladora de lo que debe estar al mismo nivel, no podriamos nunca haber sido desigualmente perfectos siendo igualmente pecadores, toda vez que el pecado fuera la única causa de nuestra imperfeccion moral.

XVII

Y ese cúmulo inmenso de males que abruman á nuestra especie, ese llorar y gemir desde la cuna hasta el sepulcro, esa triste y miserable condicion en que, á despecho de nuestra privilegiada inteligencia nos encontramos, esa inferioridad notable en bienestar respecto de los mismos seres inferiores de la naturaleza ¿no son indicios ciertos de que no nos constituyó Dios al principio cuales ahora aparecemos? ¿Cómo conciliar en efecto la bondad del Supremo Artífice con nuestros interminables dolores y nuestras inagotables lágrimas? ¿Cómo pensar que, sin haber hecho nada por nuestra parte, hubiese el Dios de amor cargado tanto la mano sobre nosotros? Ha sido preciso pues, que nosotros mismos, ó alguno por nosotros, haya provocado el enojo de nuestro Padre Celestial, y que contrapuesta la justicia al natural

afecto de ese Gran Padre, nos haya convertido en víctimas desgraciadas, cuando debimos ser mimados hijos.

Así, poco mas ó ménos se expresa la filosofía católica, pretendiendo sacar una prueba mas en favor del Pecado Original. Nos cumple refutarla.

Interrognemos á Cristo, autoridad no recusable ciertamente por los católicos: pidámosle su opinion acerca de los dolores humanos, y nos responderá en el sermon del Monte con estas bellísimas palabras; *beati qui lugent.* ¡Bienaventurados los que lloran! ¿A dónde está entónces, señores católicos, la razon de ese anatema que soñais descubrir en solo el hecho de nuestras frecuentes lágrimas? ¿Cómo pretendeis corregir á vuestro Cristo? El os ha dicho que, quien llora y sufre debe esperar el consuelo; y vosotros, tergirversando su enseñanza, sosteneis que el llorar y el sufrir mucho son signos de reprobacion y de pecado. ¿Cuál de los dos tiene la razon, vuestro Cristo ó vosotros? Nosotros creemos que vuestro Cristo la tiene.

¡Beati qui lugent! Ha dicho bien Cristo. La humanidad llora porque es predestinada; ella tiene mas lágrimas que goces en la tieerra,porque no es la tierra su patria. Los que viven acá bajo sin vida de aspiracion, los que pueden encontrarlo todo en la materia, los brutos, no lloran, sino por hambre, frio ó dolor físicos: nosotros los que vestidos de carne, participamos de las necesidades animales, y dotados de un espíritu, tenemos aspiraciones infinitas, lloramos por infinitas cosas. No son ya tan solo el hambre, el frio y el dolor materiales los que nos aquejan; son el apetito de la verdad, miserablemente satisfecho, el frio del corazon, que necesita toda la hoguera de Dios para abrigarse, y el dolor inmensurable de nuestras almas cuyo consuelo no se encuentra aquí.

¿Sera todo eso una maldicion? ¿Será prueba de pecado el sufrir nosotros por nuestra constitucion altísima? Así lo dicen los doctores católicos, miéntras han menester rebuscar razones en favor de su Pecado Original. Para ellos, cuanto sufrimos no tie-

ne mas explicacion que ese pecado, La tierra ha debido ser el centro de nuestros deseos y hartarnos por completo de todo, en la época feliz de la creacion. En esa época no habia dolores ni llantos; el hombre vivia en un cielo, mandando sus bestias y paseándose en cueros á la sombra de los árboles del Paraiso; pero mas tarde todo se convirtió para él en dolores, tristeza y lágrimas. ¿Por qué entónces, preguntamos nosotros, lo que fué al principio una maldicion, fruto y consecuencia inmediata del pecado, vino á ser mas tarde, cuando el Redentor del pecado vino, un signo de bendicion y una prenda de esperanza?

Ya sospechamos una salida de los teólogos. Ellos nos dirán quizá que el llanto es ahora purificador; y por lo mismo que es en sí un castigo, sobrellevado con resignacion, deja las almas limpias y capaces de unirse á la pureza eterna que se llama Dios; nos dirán, que el dolor puede ser sin inconveniente rehabilitacion y pena, y no hay por lo tanto que objetar en la enseñanza católica, por muy contradictoria que á primera vista parezca.

Examinemos el valor de este principio católico: *el dolor es un castigo.*

No creemos á los católicos tan faltos de lógica que se atrevan á descartarse del principio enunciado. Si el dolor no es castigo, no hay fundamento alguno para aseverar, como ellos lo aseveran, que somos muy criminales porque padecemos mucho; si el dolor no es un castigo, no habria para que traer á cuenta los innumerables padecimientos humanos como prueba de un crímen en nuestros primeros padres.

El dolor es un castigo: esto es seguramente una verdad católica; y si hay alguno perteneciente á esa secta que no admita ese aforismo como suyo, ese tal no merece los honores de la refutacion.

¿Por qué razon será el dolor un castigo? No preguntemos la razon á los católicos: hartos estamos de ver á esos infelices quedarse callados cuando se les pide cuenta de sus prenociones. Encarguémonos por misericordia de poner en claro la falsedad de lo que afirman.

Si el sufrimiento fuera necesariamente pena de alguna falta, es claro que no participaran de él sino los seres capaces de cometerlas: si todo el que sufre fuera por ese solo hecho, criminal, era preciso extender mucho mas allá de lo racional la esfera de los crímenes. ¿Sufren solo los hombres por ventura? Las bestias gimen tambien, y no poco, bajo el peso de esa tremenda ley que se llama el dolor. ¿Y han pecado acaso las bestias? ¿Pecó el asno infeliz, eternamente sujeto á la abrumadora carga? ¿pecó el can cubierto de sarna y exhausto de hambre y de fatiga, que recibe un recio puntapié al lanzarse sobre el miserable roido hueso, última esperanza de su exigente estómago? ¿pecaron esas mil y mil especies de animales que viven en perpetua zozobra en presencia de la cruel voracidad de las otras especies, destinadas por la naturaleza á engullirsélas para sustentar la propia vida?

¡No! El sufrimiento no es prueba de pecado; porque si lo fuera, habria de admitirse mil pecados ridículos; pecados de asnos y de perros, de gatos y ratones.

Convengamos pues, en que, es completamente miserable el argumento católico. Reducido ese argumento á su expresion verdadera, importa lo siguiente: el que sufre mucho ha pecado precisamente; pero es así que nosotros sufrimos muchísimo desde ántes de pecar personalmente y aun á despecho de nuestra misma santidad individual, luego hemos pecado originalmente; luego traemos à cuestas toda la culpa de nuestros primeros padres.

Poco se necesita para poner de manifiesto la falsedad de la premisa mayor de ese argumento.

Si el sufrir es prueba de haber delinquido, delinquieron las bestias, puesto que es un hecho que sufren; y si el sufrir no es prueba de haber delinquido, no puede asegurarse que hayan delinquido los hombres por el solo hecho de sufrir. ¿A que se atienen entónces los católicos? Esta no es cuestion de grados. O el sufrimiento es un castigo, ó no lo es; si el sufrimiento es un castigo, el sufrir demasiado pro-

bará gran culpa, y el sufrir ménos probará culpa menor; mas será siempre el sufrimiento prueba de ser mas ó menos culpable; y si el sufrimiento no es un castigo ni en grado mínimo, no lo serà tampoco ni en grado màximo. ¿Porque entónces no prueban nada los dolores de las bestias eu favor del pecado, y lo prueban todo nuestros dolores?

Por otra parte, si los innumerables sufrimientos de nuestra especie fuesen consecuencia necsaria y ùnica del Pecado Original, seria forzoso admitir entre nosotros diversidad de origenes. ¿En que se parece la tranquila y deliciosa existencia del acaudalado magnate que vive de sus rentas, pasea á caballo, bebe deliciosos vinos, y duerme tranquilamente sin pensar en el dia de mañana, á la del miserable proletario, encorvado bajo el peso del trabajo, que suda y gime dia á dia, solo para consumirse ante el espectáculo del hambre que devora á sus queridos hijos y á su fiel y abnegada compañera? I sin embargo, tanto el uno como el otro, llevan á cuestas el pecado de Adan; tanto el uno como el otro, deberian poner su contingente de pena en aras de esa justicia intransijente que cobra en los hijos en pecado de los padres.

La refutacion del argumento que prueba el Pecado Original por lo mucho que padecemos, puede comprenderse pues, perfectamente, en la que ya hicimos del otro que pretende probar el mismo pecado por el supuesto trastosno de nuestra naturaleza. Ambas cosas, imperfeccion y sufrimiento, son leyes necesarias de nuestra organizacion; y es tan absurdo sorprender en nuestras ruindades una culpa como pretender encontrarla en nuestras lágrimas. Somos mezquinos, no por que hayamos delinquido primitivamente sino porque distamos infinitamente de Dios; lloramos, no por que sea el llanto una espiacion para nosotros, sino precisamente porque somos de constitucionprivilegiada.

Buscar pecado en nuestra inperfeccion congénita, es pensar que el Ser Infinito nos haya hecho responsables de sus propios planes, de las reglas eter-

nas suyas; quererlo probar por nuestros sufrimientos, es una insensatez ridícula.

XVIII

No basta destruir, sino que es preciso edificar.

Una de las grandes objeciones hechas á la incredulidad por los partidarios de la fé católica, estriba en que, los impugnadores del dogma son hombres que todo lo echan abajo, sin levantar un solo palmo,

Nosotros no queremos pasar por sembradores de ruinas, ni dejar á los pretendidos apóstoles de Dios la gloria de ser los únicos que construyen. Podemos derrumbar las cabañas de lodo en que el Cristianismo ha pretendido cobijar a la humanidad, y levantar sobre sus escombros el edificio granítico de la razon, único y seguro albergue de la especie humana.

Eso hemos hecho hasta aquí. Nunca nos hemos contentado con desbaratar argumentos: luego que hemos arrasado un terreno, nos hemos apresurado á tomar posesion de él, echando por lo ménos los fundamentos de una nueva fábrica.

Sobre las lágrimas nuestras, se ha cimentado el edificio del Pecado Original; y ya hemos probado que esas lágrimas son apoyo muy flaco para sustententar la doctrina cristiana. Cùmplenos ahora sentar la verdadera base de los hechos. Vamos á explicar á los católicos los dolores humanos; á fin de que vean perfectamente con cuanta justicia los hemos arrancado del suelo en que pretendia levantar sobre ellos la pobre filosofía católica el palacio de su dominacion.

¿Porque sufre tanto el hombre? Esta es una pregunta muy natural á la ignorancia; pero que tiene una respuesta muy fácil. Sufrimos tanto, por dos razones opuestas: porque somos muy pequeños y porque somos muy grandes; porque ocupamos los confines de dos distintos mundos; porque sobre los dolores naturales y necesarios á la animalidad, parte constitutiva nuestra, es forzoso que participemos tambien de los dolores de la espiritualidad, que nos coloca en rango superior.

¿Porque no babiamos de sufrir nosotros las incomodidades anexas á toda carne? Nuestra misma estructura, era precisamente una razon de mas para que nuestros sufrimientos animales se recargaran. Somos finísimas màquinas, espuestas por lo mismo, á ser perturbadas á cada paso por los embates de una naturaleza grosera. Lo material en nosotros ha debido revestir una delicadeza suma, como destinado á unirsé con lo espiritual, y recibir golpes muy rudos de lo que iba dejando tras de si.

Una materia que celebra nupcias con el espíritu, una materia que va divorciandose de su groseria primera, era preciso que fuese mirada como enemiga por el resto de la materia completamento bruta. He ahí el secreto de nuestra desventajosa posicion en el mundo de los animales. No contamos con la fuerza del oso, ni con las garras del tigre, ni con la concha de la tortuga: nuestra delgada piel absorve con la mayor facilidad los gérmenes de la muerte; nuestros bellos brazos y admirables manos, á fuerza de ser artisticamente perfectos, han perdido gran parte de su potencia animal, al tiempo mismo que se han acomodado prodigiosamente á las operaciones espirituales de la escritura, pintura y escultura; el olfato, órgano puramente bruto, se ha debilitado en nosotros hasta el punto de no advertirnos de mil ocultos peliligros; nuestro oido ha esperimentado igual suerte, y mientras escucha por la mùsica las melodias del cielo, se olvida completamente de las amenazas de la tierra; nuestra vista no alcanza tal vez diez pasos delante de nosotros para avisarnos de la muerte que de cerca nos acecha, en tanto que andan entretenidos nuestros ojos sorprendiendo mas allá del sol y de las estrellas la luz infinita.....

Como animales somos ciertamente muy pobres; mas esa pobreza está muy léjos de probar una decadencia. Cuanto sufrimos por delicados lo recuperamos con exceso por inteligentes. Las enfermedades nos abruman en razon de nuestra endeblez corporea; nuestros órganos son incapaces de soportar lo que soportan los de lrs bestias ¿pero eso qué importa? No-

sotros tenemos en cambio en esa misma delicadeza mil goces incógnitos al resto de la materia. Es verdad que esos goces no se parecen en nada á los de los seres irracionales; es verdad tambien que ellos superan la capacidad de lo material, pero ellos están sin embargo en nosotros, y nos compensan con ventaja los inconvenientes de nuestra estructura física.

¿Podrá creerse, como lo afirman los doctores católicos, que hubo para la especie humana una época en que la fueron desconocidas las enfermedades y la muerte? ¿Podrá creerse que Dios nos hubiese eximido de las leyes propias á todo ser organizado, de sufrirpor el choque de los elementos, y de descomponernos para volver al seno de la tierra nuestra madre comun?

Con el privilegio de la gracia sobrenatural, dicen los católicos, Dios otorgó á nuestros primeros padres la exencion de ciertas leyes naturales. No solamente se complació el Ser Supremo, segun ellos, en levantar á los primeros hombres hasta las alturas del cielo, sino que ademas, los eximió por completo de las calamidades de la tierra. Como seres físicos, debian ellos sufrir y morir, y Dios sin embargo los libertó del sufrimiento y de la muerte, El Autor de los seres anduvo fluctuando, sin saber lo que se haria, cuando pensó en la formacion del hombre: lo hizo desde luego animal, adscripto á la tierra y sometido á las leyes comunes de sufrimiento y desorganizacion; pero creyó al mismo tiempo conveniente arrancarle al imperio de esas leyes, y le fabricó un paraiso delicioso, donde nunca pudiesen penetrar ni las penas físicas ni la descomposicion de la materia. El hombre animal quedó así fuera de las condiciones de su animalidad, fuera de las leyes de su ser. Pero eso fué todavía poco: necesitaba el Artífice Supremo de otra rectificacion mas en su obra, y la hizo. No bastaba haber hecho escaparse al hombre de ciertas exigencias nacidas de su primitiva constitucion, sino que, debia ademos levantársele hasta otra constitucion superior.. Despues de la liberacion de los dolores ani-

males y de la muerte, vino la gracia sobrenatural; y así quedó el hombre tan lejano de su tipo primero, como la obra de cualquier menguado artista, que, despues de mil elucubraciones, logra apénas reconocer en ella la concepcion inicial de su mente.

Para cualquiera que piense aun de un modo mediano, todo eso no puede ser sino un puro absurdo; pues el Ser Supremo no pudo nunca establecer leyes para destruirlas luego, por puro gusto y capricho; ni pudo nunca tampoco hacer de las categorías de los seres una inacabable algarabía, un caos ininteligible. Tan lastimosa es por lo tanto, la enseñanza católica relativa al estado paradisiaco de la humanidad, exenta en la parte *física* de los dolores *físicos*, como la referente la gracia *sobrenatural* concedida á nuestra especie, dssquiciándola de sus principios *naturales*.

No hay pues, porqué gritar ¡pecado! cuando se nos vé pagar el necesario tributo á las leyes de nuestra organizacion material. Sufrimos fisicamente porque somos seres físicos, y porque no acostumbra Dios, como el estûpido Catolicismo lo enseña, hacer leyes para destruirlas luego por medio de caprichosas excepciones y de ridículos milagros. Nuestros sufrimientos como animales son tambien mas numerosos que los de las demas especies, por lo mismo que nuestra fibra es mas delicada y mas dispuesta á recibir las influencias del espíritu. Hé aquí lo suficiente para descartar del nùmero de las pruebas del Pecado Original los dolores de nuestra animalidad.

Pero resta todavía gran camino que andar. No solo es el hombre el mas desgraciado de los animales, no solo choca en él á primera vista lo que padece á causa de su débil organizacion física, sino que principalmente, hacen parar mientes al filósofo, los inmensos dolores que se ve condenado a devorar como ser moral.

Ciertamente, nosotros que tenemos el llanto por pasto diario, nosotros que tragamos el licor salobre que nuestros ojos recojen del cielo, para acrecentar con él, el sin término, el inmenso piélago de aguas amargas aposentadas en nuestras almas, no podemos

resignarnos á creer que sean merecidos nuestros sufrimientos; y, ó levantamos despechados el grito, acusando una injusticia horrible de que somos víctimas, ó buscamos en extrañas hipótesis una explicacion á ese sorprendente fenómeno.

El hombre que, por su inteligencia, se ha visto siempre á la cabeza de los demás seres terrestres, ha sentido siempre tambien una especie de despecho al encontrarse tan desprovisto de felicidad interna. Se ha maravillado de ese poderio, de esa grandeza, de ese dominio hacia afuera, y de esa impotencia, de esa pequenéz, de esa esclavitud que le humillan ante sí propio: se ha visto, al salir de su domicilio, rodeado de veneraciones y acatamientos que le han hecho soñarse rey; pero al volver con la corona en la cabeza, apenas ha puesto el pié dentro de sus umbrales, cuando cayéndosele al suelo ese distintintivo de superioridad, ha corrido anegado en lágrimas, palpándose solo consigo mismo, à esconder en un rincon sus dolores y su vergüenza.

En todos tiempos han preocupado á los humanos los dolores internos del alma, las punzadas del corazon, la tristeza intima en medio mismo del mayor aturdimiento de los goces, de la mayor ebriedad de la gloria, de las mas altas satisfacciones del orgullo y del poder, y algunos filósofos, algunos de esos niños bien dotados de espíritu, en la infancia de nuestra espécie, no ha encontrado otra explicacion posible á esa al parecer extraña aberracion de nuestra desgracia moral, que la existencia de un pecado de que debamos responder nosotros por via de herencia, sin saber cómo ni cuando se cometió.

El punto de partida de tan pobre hipótesis no es si no la idea de cierto atributo que llamamos bondad, en Dios, y que ponemos en él organizándole á nuestro modo. Dios es bueno, decimos, y como á un ser bueno no le es posible gozarse en hacer sufrir por pura complacencia y de un modo gratuito, es claro que, estas calamidades frecuentes, estos grandes dolores, esta tristeza y malestar que nos acompañan inseparablemente, son puro efecto de una responsabilidad

que ha caido ciertamente sobre nosotros, aunque no sepamos de que manera. ¡Triste niñeria, miserable engaño de la sensibilidad de nuestras fibras! Dios no es, ni puede ser bueno á la manera nuestra. Dios no tiene nervios, ni sangre, ni corazon, ni sentidos, y todos los dolores de nuestras almas juntos, todos los gritos de nuestra desesperacion, todos los ayes y quejidos lastimeros que estan poblando los aires desde que alentaron las primeras vidas humanas, no han alcanzado hasta ahora á perturbar en un ápice su alegria infinita y su suprema felicidad. Dios podrá ser bueno, en el sentido de què, no podrá haber establecido por puro placer suyo, y sin alguna razon sábia, la terrible ley del dolor, porque seria un infame si así lo hubiera hecho; mas de allí á que no haya otra explicacion posible á nuestros sufrimientos que una ley de castigo, de allí á que Dios haya precisamente de rebajarse en sus perfecciones infinitas por solo el hecho de hacernos sufrir sin crímen, média una distancia inmensurable.

¿Por qué no será el dolor ley necesaria de nuestra naturaleza moral, como lo es de nuestra naturaleza física? ¿Por qué no la habrá establecido el Ser Infinito como tantas otras, sin preocuparse con nuestros quejidos y teniendo solo en mira el cumplimento de sus sapientísimos planes?

No es lo anterior una mera sospecha. Hay en el mundo un hecho probado, y es que, las penas y sufrimientos suben de punto con la nobleza y perfeccion de las almas. Este hecho es por sí solo bastante elocuente y capaz de darnos la clave para descifrar ese logogrifo que tanto ha hecho pensar á la antigüedad ignorante, y que, aun hoy mismo sirve de punto de apoyo á los doctores católicos para defender la causa del pecado original.

¿Quiénes lloran, quiénes padecen mas en el mundo? Los ruines, los infames, los reptiles de alma, pocas lágrimas tienen; muy cerca estan de las bestias, y por eso se parecen tambien mucho à ellas en la insensibilidad. Tributarios constantes del dolor son solo los espíritus privilegiados: los compasivos, los ge-

nerosos, los buenos padres, los hijos cariñosos, los esposos tiernos, los que cumplen con la santa ley del amor á sus semejantes, los que miran, los males agenos como propios, los que aspiran á una poesia, á una belleza, á un órden en las cosas de esta miserable vida, y encuentran donde quiera un triste desengaño á todas esas ideas elevadas, á todas esas aspiraciones santas que forman la ternura de su corazon.

El dolor es para los espíritus lo que el hambre para los cuerpos: quitad ese aguijon, ese tormento de la necesidad material, avisador de lo que ha menester la naturaleza física para conservarse, y el animal muere, porque no se vé ya precisado á buscar lo que está destinado à sostener su vida: poned un espíritu sin sufrimiento, sin hambre de goces superiores, sin deseñgaños, y morirá por languidéz, ni mas ni ménos que un cuerpo sin apetito. Ahora pues, los espíritus altos tienen mas desenvueltos el noble apetito de la verdad, el hambre sacratísimo de la justicia; y como la verdad y la justicia son parecidas á esas plantas delicadas y de raras virtudes que jamás forman bosque, sino que, por el contrario, se encuentran solo acá y allà, por acaso, siempre dispersas, y en muy escaso número, tienen esos espíritus, que padecer mucho por falta de nutrimento, y andar lo mismo que los pobrecillos á quienes escasea el pan material, siempre afligidos y desalentados. Hé ahí la clave de sus padecimientos sin número: no es otra que la miseria del mundo moral presente. Los espíritus bajos y mezquinos son como los cuerpos débiles y mal organizados; sufren poco por la falta de reparacion porque casi no la necesitan; estan simi-muertos, y para sustentar su miserable existencia les basta cualquier pobre piltrafa; mas los espíritus nobles y favorecidos, por lo mismo que tienen una organizacion robusta y una vida plena, son avaros y famélicos de todo aquello que necesitan devorar en abundancia para convertirlo en sustancia propia. La ley es la misma en uno y otro órden: el cuerpo robusto apetece mayor cantidad de materia, y en faltándole llora; el espíritu robusto necesita por idéntica razon mayor dosis de los dulces

alimentos de la vida moral, y viéndose privado de ellos, llora tambien, y es tan desgraciado en su esfera como en la suya el animal privado del pasto de la tierra.

¿No es verdad que ha sido un hecho reconocido en todo tiempo y donde quiera, el encarnizamiento con que la desgracia se ceba en los buenos? ¿No lo es igualmente, que el mundo ha estado siempre y está ahora mismo convencido de que para vivir con poco ó casi ningun sufrimiento moral basta ser estùpido y egoista? Esto no pueden negarlo los católicos: ellos mismos toman frecuentemente por tema de sus reflexiones la prosperidad de los malos, y procuran endulzar con los irrisorios consuelos de su falsa religion los padecimientos de los buenos. Véd pues, como echan por tierra, ellos mismos tambien, ese famoso argumento suyo en favor del Pecado Original, basado en los inmensos dolores de nuestras almas. ¿Por qué' en efecto, si solo es atribuible al pecado de Adan y Eva nuestro estado de infelicidad presente, si solo la falta de los primeros hombres puede explicar nuestras desgracias, decís al mismo tiempo y roconoceis, que nuestras desgracias se recargan y reagravan tanto mas cuanto ménos pecadores somos por nosotros mismos? ¿No advertis que de este modo os contradecis miserablemente? ¿no advertis que así confesais de plano que esas calamidades presentadas primero por vosotros como un castigo justo y merecido se han convertido, segun vuestra propia confesion, en un título de honor y en una prenda de felicidad futura?

XIX.

Otra vez se presenta el asentimiento universal en apoyo del dogma que impugnamos. Pero nô ya como quiera; no tan solamente como ántes hemos visto, de un modo indirecto, en cuanto sancione una reversibilidad moral como consecuencia de una solidaridad entre los que engendran y los que son engendrados, sino de un modo directo, como la conviccion de algo siempre admitido y nunca disputado.

Dícese, que, el Pecado Original es una creencia ve-

tustísima, cuyas huellas se encuentran en todas partes; alegándose mil tradiciones de pueblos apartados, que ponen en evidencia ser dicho pecado un hecho reconocido donde quiera y donde quiera sancionado, además por las prácticas religiosas. Dícese en corroborracion de eso, que los sacrificios son tan antiguos como el mundo; que los hombres se han creido en todos tiempos objetos de la venganza divina, aun antes de haber llegado al uso de la razon, y por solo el hecho de nacer, y por consecuencia, se concluye, qué, el Pecado Original es una de esas verdades de las cuales no puede disentirse sin desconocer la historia y sin ponerse en pugna abierta con el sentido comun de la humanidad.

Muy lejos estamos de dar al desprecio las creencias universales: por el contrario, cuando ellas pueden calificarse de verdaderas convicciones, las profesamos sumo respeto, por cuanto la razon humana no puede ser un órgano esencialmente falso, destinado á engañar â la mayoria de nuestra espécie. Mas hay necesidad de no alucinarse, llamando sentido comun de la humanidad, verdaderas creencias, *convicciones* en sentido recto, lo que la humanidad haya podido admitir, aun cuando haya sido por largo tiempo, sin exámen alguno, de un modo infantil y ciego, mientras no haya contado por otra parte con los precisos elementos para analizar y someter á rigorosa prueba lo que se le ha presentado como verdad.

¿Por qué no habran andado tan torpes los hombres al principio, respecto de los verdaderos orígenes de su estado moral, como lo han estado en cuanto al conocimiento de la naturaleza material? ¿Por qué no habrán cimentado sobre lamentables errores la explicacion de los misterios de su propio ser, como lo han hecho respecto de los demas fenómenos del universo?

La ciencia física actual, hija de la experiencia, se sonrie hoy con lastimoso desden de las mil teorias absurdas inventadas en épocas de triste recuerdo, por la impaciencia del espíritu humano, para darse cuenta de lo que veia en el campo de la naturaleza. ¿Y por qué no podrá reirse igualmente la ciencia filosófica religiosa de nuestros dias de los errores de nuestra

cuna en cuanto á la explicacion de nuestros fenómenos morales?

Lo racional es creer que toda ciencia avanza con el tiempo; lo racional es atenerse al progreso humano uniforme, no al progreso truncado y anómalo. Ahora bien, es un hecho no puesto en disputa que avanzamos cada dia mas en el conocimiento de las leyes físicas, y que ha sido verdaderamente miserable la ciencia antigua respecto de esas leyes. Los mismos cristianos y católicos, empeñados en asegurar una decadencia en nuestra especie, han comprendido que seria confesarse demasiado estúpidos el pretender poner por un momento en duda la supremacia palpable de los presentes tiempos en lo respectivo al conocimiento de la naturaleza física y al dominio é imperio cada vez mayores por parte nuestra en el reino de los elementos. Han dividido por eso, á mas no poder, el progreso en dos partes, y confesando de plano lo que por visible y manifiesto no pueden negar, la grandeza siempre creciente de la ciencia moderna en la penetracion y vencimiento del mundo de la materia, obstinanse no obstante en sostener que solo allá cerca de nuestra cuna se encuentra completa y perfecta la ciencia del espíritu y la de sus misterios y aberraciones. De ahí viene el citar con tan poderosa autoridad las creencias antiguas de los pueblos; de ahí el presentar como oráculos de verdad inconmovible las prácticas religiosas de la humanidad durante los siglos en que vegetaban los individuos de nuestra especie en la mas grosera y lastimosa ignorancia respecto de las mismas leyes animales, y en la mas triste desvalidéz física. Se quiere que el hombre haya penetrado y resuelto los mas árduos problemas del alma y explicado sus mas recónditos misterios, mientras se hallaba en la condicion del mas débil de los brutos; se pretende que la humanidad haya comenzado *en espíritu*, toda llena de luz por lo que mira á la vida eterna de su parte incorporea, mientras no podia dar sin tropiezo un paso sobre la tierra que debia sustentarla, y darla con los productos de su seno el sosten del pensamiento mismo, el pasto del estómago;

sin el cual los mas grandes espíritus cesan de vivir y de pensar.

No puede haber nada mas absurdo que esa negacion de nuestra facultad de adelantar en el conocimiento de las cosas relativas, á nosotros mismos; á nuestra naturaleza, nuestro orígen, nuestro destino, mientras se admite sin contradiccion un progreso en el de las que conciernen á la naturaleza que nos rodea. Los que dividen y separan la ciencia moral de la ciencia de la materia, haciendo á la última progresiva, y á la primera perfecta y completa, desde el principio, no ven, ó no quieren ver que, las conquistas de las ciencias naturales han evidenciado y evidencian cada dia infinitos errores en esa metafísica vacia, cimentada en puros antojos y vanas premociones; no advierten cuan fácil es hoy á cualquier muchacho de escuela, reirse, en nombre de hechos, matemáticamente comprobados, claros y esplendorosos como la luz del sol, de mil ridículos argumentos de la antigua ciencia espiritualista, de esa filosofía de viento y hojarasca, bautizada muchas veces con las aguas de la divina revelacion y muerta y sepultada y comida yá de gusanos, no obstante su respetable bautismo. (1)

---

(1) Quiza se diga que nos vamos extraviando en nuestros argumentos, y que, confundimos de propósito la ciencia, de la cual no se trata en manera alguna, con la tradicion. Se pretenderá que la creencia en un pecado primitivo y en un primer estado feliz, no han sido nunca parto de elucubraciones científicas, sino simplemente un recuerdo, la memoria de un hecho, conservada como otra cualquiera, en la familia humana, y que, siendo los hechos superiores á todos los raciocinios, no puede ponerse en disputa este, que es por sí solo decisivo en la presente cuestion. No podemos presentar de una manera mas franca la dificultad que puede oponérsenos; pero ella no nos asusta.

Antes de contestar principiaremos preguntando: ¿cuál es la razon convincente y capáz de persuadir en buena lógica de que, eso que se llama tradicion lo sea en efecto? Preguntaremos mas: ¿dónde está el criterio posible para distinguir y separar, á través de la distancia inmensa de los siglos y de las oscuridades y vacios necesarios de la historia, las noticias tradicionales, los hechos comunicados de boca en boca, y en realidad acontecidos, de las fábulas trasmitidas de generacion en generacion, de las creencias ridículas y absurdas admitidas como hechos ciertos por la supersticion y la ignorancia de los primeros hombres?

Si los que se han llamado filósofos, si los hombres consagrados al culto de la verdad han desbarrado tantas veces miserablemente al pretender darse cuenta de los hechos de nuestro espíritu y de los secretos de nuestra vida, al remontarse á las causas supremas y últimas de ellos ¿cuánto no habrá errado al mismo respecto la inculta razon de los pueblos? Presentar como argumento contundente en favor del Pecado Original lo que se ha creido por el vulgo de las naciones en épocas de supinísima ignorancia, es por consiguinte un insulto mostruoso al buen sentido.

Los creyentes en el dogma que impugnamos se parapetan formando una barrera á su parecer inex-

---

Si examinamos lo que cadá pueblo llama sus tradiciones, veremos á unos salir del seno de la tierra en sus primeros representantes, hombres completos y perfectos que brotaron como las plantas en un rincon del propio territorio; á otros, tener por progenitores las culebras, á otros, los cocodrilos; á unos tener por primeros soberanos seres de estirpe terrestre, y á otros, mas predilectos del cielo, merecer del sol, rey de los astros, que los gobernara un hijo suyo unido en matrimonio con una hija tambien suya, para que fundaran una dinastía que perpetuara entre ellos la adoracion del gran luminar; á unos, aprender de sus antepasados que habia siete dioses, á otros que habia diez, á otros que habia ciento; á unos, adorar por tradicion á Júpiter, á Vénus, á Mercurio y á otros mas, á otros, á los ajos y las cebollas, á otros el mar, á otros los astros, á otros, las grandes montañas, á otros los mas inmundos y repugnantes animales. Tradiciones son todas esas tan viejas como la del pecado primero conservada en unos cuantos pueblos ¿Por qué no serán tambien verdadera todas ellas?

Se dirá tal vez que la tradicion de la felicidad primitiva de nuestra especie y la de su infortunio por razon del pecado de orígen han sido las mas extendidas, y tienen por eso mejores títulos de credibilidad que todas las demas. A esto podemos responder, pidiendo la prueba de esa mayor extension, con la confianza de que ella no podrá sernos presentada. Podemos hacer mas aun; podemos conceder gratuitamente esa extension mayor, sin creernos por eso obligados á conceder que esa creencia mas extensa sea una verdadera tradicion, es decir, ántes el recuerdo de un hecho acontecido que un engaño, perfectamente fácil en la condicion humana.

En el texto hacemos notar cuan naturalmente ha debido pasar el hombre desde el temor puramente servíl, su primera y natural religion, hasta la idea de una justicia castigadora. La gran generalidad de las creencias en una felicidad primitiva y en un primer pecado trascendente, y no solo la gran generalidad, sino hasta la misma universalidad de dichas creencias, si existiese, podian ser fácilmente explicadas como engaños universales y necesarios de la razon en sus primeros pasos, sin que fuese preciso reconocer en ellas un carácter tradicional é histórico.

pugnable con los errores, imbecilidades y miedo de las generaciones pasadas, y creen, con tan deleznables y carcomidas piedras, resistir al empuje poderoroso de las ideas nuevas y regeneradoras. ¡Vano y ridículo intento! La ciencia de hoy, que discute y prueba con las terribles armas de un raciocinio ilustrado y de una madura experiencia, tiene lo suficiente para echar por tierra esos tristes despojos de la antigüedad, esos montones de huesos, ese hacinamiento de cadáveres intelectuales con los que se la quiere cerrar el paso.

Es cierto que, la mayoria humana ha debido comenzar abriendo los ojos á la razon por un temor servíl y ciego, y qué, la primera idea que naturalmente se la pudo ofrecer de un ente supremo debió ir necesariamente revestida con los atributos de lo terrible. *Primos deos fæcit timor*, dijo ya Lucrecio, y esta es una gran verdad. El hombre, débil, amenazado y oprimido á cada paso por fuerzas poderosas, y completamente impotente en el principio para contrarestarlas, tuvo necesidad de pensar, recien se vió víctima de su inmenso poder, en uno ó mas déspotas superiores que abusaban de su desvalidéz y á quienes necesitaba volver propicios á la manera humana. Toda la religion primera debió reasumirse, por lo mismo, en sacrificios, en actos de humillacion, en adoraciones temblorosas y preñadas de peticiones de misericordia y cómpasion. Un poco mas tarde, el hombre, mas dueño de sí propio, mas conocedor de su espíritu, hubo de reconocer arriba algo de la nobleza que sentia y palpaba como un atributo de su naturaleza propia y empezó á ver el poder de los cielos de un modo diverso; no ya como un despotismo brutal que oprimia por pura complacencia su miseria, sino como una justicia que castigaba algo en lo que hacia sufrir á nuestra especie. De ahí la primera idea de un pecado, de una responsabilidad contraida por nosotros, no importa de que modo, pero real y efectiva. El hombre, al comenzar á sospechar la justicia divina la hizo naturalmente parecida á la venganza suya, y por eso no se detuvo en un absurdo hoy palpa-

ble á la mas menguada inteligencia. Creyó que podia ser justo el trasplantar los crímines de una en otra generacion, el hacer sobrevivir el pecado al pecador, el hacer llorar á los hijos por lo que los padres hicieron. Partiendo de ese engaño, naturalísimo en la rudeza primitiva, que atribuia sin discernimiento alguno al Ser Supremo lo que se encontraba en la naturaleza humana, creyeron sin duda nuestros primeros representantes haber hallado una explicacion á su estado hasta entónces inexplicable. Habian dado en verdad un gran paso, habian saltado desde el servilismo de un temor ciego hasta la alta idea de una justicia superior, aun cuando fuera mal comprendida; habian trocado su papel de meros animales que sufrian por pura esclavitud y bajeza de su propio ser por el de criaturas privilegiadas, que padecian, precisamente á consecuencia de haber abusado de dones altísimos. Con esta persuacion, vino necesariamente la idea de un primer estado felicísimo y desgraciadamente perdido. ¿Puede haber nada mas natural, por otra parte, que la creencia en un Eden primitivo para seres cuya aspiracion única es la felicidad? El hombre tiene una sed inmensa de goce, y no puede comprender su estado normal sino entre el mayor deleite de los sentidos y la mas ámplia y cumplida satisfaccion de todos los sentimientos del alma; por eso, desde el momento en que, levantado algun tanto de su primera ignorancia y empezando á desarrollar y extender su poder conquistador sobre la materia pensó en un imperio absoluto de sus facultades sobre cuantos le rodeaban, debió creer tambien que ese imperio era prerogativa suya por derecho de naturaleza, y no se resignó á sufrir los mil vejámenes de que se sentia objeto sino por una razon de castigo. El hombre, además, es orgulloso por constitucion, y siempre gusta mas de pensar y de decir que ha llegado á la pobreza por circunstancias accidentales, siendo de familia ilustre y rica en su orígen, que confesarse obligado á conquistar por solo su esfuerzo y trabajo personales un puesto de honor y de respeto.

Bastan las anteriores consideraciones para ver

cuan facilmente pueden admitirse, sin necesidad de venerarlas como expresiones de la verdad esas que se llaman creencias del mundo: esa creencia en una responsabilidad de raza, en un pecado primero y trascendente, en una condicion humana felicísima, hecha humo, y convertida como por encanto en otra de lágrimas y penas. Las dichas creencias, con toda la universalidad que se les atribuye ó que hayan podido tener, no son mas respetables hoy que las de las brujas y los duendes y mil otras que forman el ludibrio de la gente sensata. Esas creencias no han sido, por otra parte, como quieren presentarse, *universales*; se han encontrado acá y allá únicamente, mas ó menos desfiguradas entre algunos apartados pueblos. Lo que sí se encuentra en todas partes como religion primitiva es un terror humillante unido á un politeismo grosero y estúpido; y si hubieramos de comparar universalidad con universalidad y antigüedad, con antigüedad, nada mas antiguo y extendido que esas prácticas abominables y esas creencias lastimosas que forman el carácter de las primitivas religiones. ¿No querran los católicos y cristianos sacar tambien un argumento en favor de sus doctrinas de esas torpezas ante las cuales se tapan hoy los ojos?

Lo positivo y probado es, que las ideas religiosas, metafísicas y morales se depuran y engrandecen á medida que la humanidad avanza en la carrera de los tiempos. Comparen sino los sectarios de Jesucristo las enseñanzas de su mismo maestro en cuanto á la Divinidad con las de la religion de Moisés que él vino á corregir y enmendar. El Dios del antiguo Testamento era un tirano sin corazon y sin entrañas; era una especie de fiera para cuantos no fueran de su *pueblo;* se enojaba hasta el furor cuando algun israelita daba pábulo á los nobles sentimientos de humanidad para con sus enemigos; no sabia sino ordenar exterminios y matanzas, y parecia, ni mas ni ménos, que uno de esos padres monstruosos y desnaturalizados qué, aborreciendo á la mayoria de sus hijos, concentran en uno solo todo su afecto, haciéndole verdugo de sus propios hermanos. A ese Dios hiena, á ese

ser mengua lo y raquitíco, lleno de las ruindades nuestras, adoró el pueblo judio, hasta que vino Jesús el Nazareno, que, en medio de ese mismo pueblo presentó el tipo del Gran Ser, á quien él llamaba su padre, bastante modificado: mucho mas humano, mucho ménos apasionado á su pueblo escogido, mucho mas equitativo en repartir sus liberalidades entre todos los hombres El Dios de Jesús no contentó sin embargo á ese pueblo egoista, acostumbrado á creerse el único objeto de los amores del cielo, y Jesús murió crucificado por innovador y con la nota de blasfema sobre la frente. Y el Dios de Jesús, á pesar de todo eso, á pesar de la gran ventaja que lleva al Dios de Moisés, está todavia muy léjos, para los hombres de nuestros tiempos, de ser el Dios verdadero. Todavia conserva ese Dios la ruindad de vengarse eternamente de la miseria de sus hechuras; de ponerse como de potencia á potencia con ellas, á cobrarles las ceguedades de su entendimiento y las debilidades de sus pasiones, mientras él, todo inteligente y fuerte por esencia, goza de una felicidad que nada le cuesta.

No queremos que los católicos nos concedan por ahora nuestras últimas apreciaciones respecto de la imperfeccion del tipo divino presentado por Jesucristo; mas tarde pondremos de manifiesto la verdad de ellas; pero lo que no podrán negarnos nunca, es, que el fundador de su secta hizo una verdadera revolucion en la religion mosaica, que echó por tierra muchísimo fundamental de esa religion; que presentó á Dios mismo bajo un aspecto hasta entónces desconocido á los judios. Confesado esto, que es innegable, tiene de confesarse tambien que hay progreso necesario, que hay diferencia necesaria de tiempo á tiempo en las ideas religiosas; que las tradiciones viejas pueden desaparecer; que las ideas antiguas pueden depurarse y corregirse en cualquier órden. Si los católicos se obstinan todavia en negar este progreso necesario, si afirman que lo mas viejo es lo mas verdadero, será preciso que renieguen de su Cristo, que vuelvan á la Sinagoga, y que pidan perdon de rodillas á esa misma nacion judaica, á quien anatimatizan,

solo por haber permanecido estacionaria en las ideas de su Dios mezquino y de su ley anacrónica y absurda.

XX.

Hagamos, para concluir, algunas observaciones relativas á la narracion bíblica que sirve de punto de partida á la enseñanza dogmática del Pecado Original.

Es tan ridícula, tan absurda, y huele tanto á mentira dicha narracion, que ella bastaria ciertamente á cualquier espíritu un poco reflexivo para voltear desdeñosamente las espaldas á la religion cimentada sobre base tan despreciable.

El demonio, envidioso de la dicha de nuestros primeros padres, se disfrazó bajo la figura de serpiente, y persuadió á la muger de que la prohibicion que se la habia hecho, de no comer del fruto vedado, envolvia por parte de Dios el designio de que nunca llegara á igualarle la criatura; pero que ella podria burlar muy bien esa precaucion divina, comiendo de lo prohibido y convirtiéndose al punto en sabedora como Dios de todas las cosas. La muger cayó en el lazo, arrastrada por el deseo de la grandeza y por el atractivo de la curiosidad, y no solamente comió, sino que obligó á hacer otro tanto al varon. Hé ahí la historia del primer pecado.

Esa relacion descansa segun eso en otra anterior. El pecado del hombre no nació espontáneamente, en él sino que brotó por sugestion. Hubo desde ántes de la creacion humana un principio maléfico directamente opuesto á Dios y enemigo suyo. ¿Y cómo surgió ese principio? ¿Fué coeterno al bien, fué potencia contraria á la suya por la absoluta necesidad de las cosas, ó fué solo algo salido de la misma infinita fuente de perfeccion y amor? La Religion Cristiana enseña esto último.

Satanás el tentador del género humano fué en un tiempo una criatura muy noble, muy predilecta del Altísimo, en quien surgió derepente un pensamiento de soberbia, un loco deseo de igualarse à la primera causa, y que cayó despeñada de su inmensa altura

con sus innumerables prosélitos en el momento mismo en que se preparaba à empuñar el cetro de la infinidad. Desde entónces él angel caido abriga un odio entrañable al Soberano Bien y trata por cuantos medios alcanza de hacerle la guerra y de trastornar sus planes. Tal es la historia de Satanás, que es preciso analizar ántes de descender á la historia de Adan y Eva.

El pecado humano no sorprende ciertamente tanto como el pecado de los Angeles. Si el delito de nuestros primeros padres es inexplicable supuesta la enseñanza católica de un predominio natural de la razon sobre los instintos de la naturaleza inferior, el delito de los angeles es mucho mas inexplicable aun. ¿Cómo pudo ocurrirse á Luzbel, criatura altísima en inteligencia, la idea de ser igual ó superior á Dios? ¿Cómo esa privilegiadísima naturaleza fué capáz de incurrir en un engaño que deshonraria hoy mismo al mas estúpido de los hombres? La teologia cristiana no tiene absolutamente como absolver esas preguntas.

En el pecado de Luzbel hay una doble contradiccion. No es solo lo chocante en ese pecado la estupidéz del angel que creyó posible nivelarse ó superar al que le habia dado la existencia, sino tambien el movimiento de su voluntad, la rebelion misma, la ingratitud infame, que presupone por sí propia un estado miserable, incompatible de todo punto con la elevacion que se supone en su naturaleza.

¡Igualar á Dios! ¡Superar á Dios! Para pretender semejantes cosas se necesitan una bajeza y una torpeza sumas. ¿Y cómo cabian estas en criaturas artísimas?

Los teólogos que nunca se detienen en el camino de los absurdos, pretenden esplicar la rebelion de Satanás por su misma grandeza. Dicen que, viéndose él en una inmensa altura de perfeccion, pudo muy bien deslumbrarse por ella y creer naturalmente posible escalar el sólio de la Divinidad. Hé aquí una esplicacion tan estúpida como el pecado mismo.

Cuanto mas elevada sea la gerarquia de los seres tanto mayor ha de ser precisamente en ellos el conc-

cimiento de las perfecciones de Dios. Si la ambicion del ser crece con el poder de sus facultades, su locura y estupidéz deben rebajarse en la misma proporcion. La ambicion de los ángeles por lo mismo, jamás pudo ser mas estúpida que la ambicion humana; pues sí por un lado tenian ellos aspiraciones superiores á las nuestras, tenian por otro, conocimientos mucho mas claros y perfectos de las cosas para no perderse en insensatos deseos. Si á esto se agrega que el afecto hacia Dios debia revestir naturalmente en las criaturas angélicas proporciones mucho mayores que en nosotros, por lo mismo que le veian mas de cerca y mejor, se comprenderá cuan léjos estan de toda razon esa idea estúpida en ellas de igualar al Ser infinito y ese móvil de envidia contra él brotado monstruosamente en sus entrañas.

¿ Quién que ame á Dios y le conozca, aun cuando sea pobre y humanamente, será capáz de pensar en igualarle ni de querer convertirse en enemigo suyo ? Esto quiso sin embargo Luzbel, segun la absurda enseñanza cristiana.

El pecado original humano comienza pues por un monstruoso y repugnante desatino: el pecado angèlico. Pero no paran aquí los absurdos. La criatura caida y maldita, consiguió por su propia rebeldia mucho de lo que deseaba: tuvo libertad para hacer la guerra al Omnipotente y arrancarle su cetro casi por completo. Diriase que no habia sido tan descabellado el plan de Luzbel al conteplar á Dios sufriendo el despecho de ver perderse sus preciosas hechuras por solo la astucia de ese maldito ser, y que habia faltado mucho de potencia al Omnipotente para castigar por completo, como debia, una iniquidad sin nombre, Satanas castigado, se burla de Dios castigador, arrancándole las almas, compartiendo con él el dominio del mundo; y no como quiera, sino con inmensa ventaja por su parte, pues segun la enseñanza católica, sus seducciones triunfan de la mayoria de la especie humana. Antiguo y mas extraño Prometeo, el ángel rebelde, arrebató el fuego del cielo para hacer la guerra al cielo mismo, y la impotente Divinidad de las alturas

hubo de verse precisada á agotar los recursos de su poder para contrarestar á esa potencia maldita. Preciso fué que Dios descendiera desde las encumbradas regiones de su infinita grandeza hasta los abismos de la miseria infinita del hombre, para remediar el trastorno producido, y á pesar de todo eso sigue triunfando Satanas. La mancha impresa en nuestras almas por la primera sugestion de ese mal espíritu, ha dejado en nosotros huellas indelebles; ha corrompido nuestra naturaleza de un modo tal, que, á despecho de la encarnacion de Dios para salvarnos continuamos esclavos suyos. La mordedura de la serpiente infernal no ha podido curarse por el esfuerzo divino; porque en él y todo sigue siendo Satanas el dueño de la mayoria de los hombres. La muger que debia quebrantar su cabeza y el hijo nacido de esa muger, no han alcanzado ni con mucho á curar el veneno inoculado en nuestras venas por ese réptil inmortal. No es pues Satanas tan infeliz: hace la guerra con fruto y cábele el orgullo de obtener la mayoria de las victorias; habiendo sido Dios realmente destronado por una criatura que en mal hora abortó su omnipotencia. ¿No es todo eso el mas torpe y ridículo dualismo? ¿no es todo eso la mayor injuria pue puede hacerse á Dios Altísimo? Perdonennos los manes de los Tomases, de los Agustinos, de los Crisóstomos y de los Bernardos; pero realmente, no concebimos como espíritus tan grandes por otra parte hayan podido adorar de rodillas, cual divinas verdades, tan estupendos desatinos.

La religion cristiana, cuya base es el Pecado Original, fruto del Diablo, que pone á Dios en guerra contínua con éste, y que presenta al Ser Supremo en definitiva vencido en la mayoria de los encuentros, está bajo este aspecto muy por debajo todavia de las mas groseras fábulas de las antiguas religiones. El cristianismo ha personificado el mal, ha hecho de él una divinidad opuesta al Bien, único Dios verdadero, y ha convertido en positivo lo que no tiene sino negatividad por su propia esencia. Todo eso es muy propio del estado embrionario del pensamiento, y en eso es idén-

tica tambien la religion de Cristo á las demás religiones sus hermanas; mas lo que la deshonra positivamente, lo que la hace aparecer ridícula hasta lo sumo en sus pretensiones de grandeza y superioridad respecto de las otras sectas, es que su divinidad maléfica es hija del mismo principio bueno. Luzbel, hijo del Altísimo, criatura predilecta suya en un tiempo, se convirtió como por encanto en su enemiga y en su enemiga victoriosa, desde que trastorna sus planes en la mayor parte. Dios se degrada, se sacrifica como hombre y muere, para vencer á la criatura rebelde que pretendió arrebatarle sus hechuras; y sin embargo, ese mismo Dios humanado se confiesa vencido, desde que proclama la angostura de la puerta que conduce á la vida eterna. El dualismo antiguo era un poco mas racional: proclamaba siquiera la igualdad de los dos principios bueno y malo en cuanto á su poder; sancionaba su absoluta independencia, y presentaba á cada cual de esos principios obrando en conformidad con su naturaleza; mientras el dualismo cristiano, admitiendo la prioridad y la eternidad del bien creador, único principio verdadero, lo presenta definitivamente derrotado, burlado, por una especie de monstruo salido de sus propias entrañas.

No es ya tan solamente lo que hay de chocante en la fábula cristiana, ese salir un enemigo de Dios de Dios mismo, sino el ser la criatura engendrada, sobre contraria, devoradora del ser que la dió orígen. En cuanto ha podido realizar la naturaleza ó inventar la imajinacion jamas podrá encontrarse nada parecido. Hay animales que se engullen á sus propios hijos recien nacidos, y este fenómeno se explica, porque lo ménos cabe siempre dentro de lo mas; pero ¿cómo habrá hijo recien nacido que se engulla á su propia madre? ¿cómo cabrá el Bien, infinito por esencia y primer principio de todo, entre las fauces del mal, engendro suyo raquítico degenerado y vergonzoso? Esto enseña sin embargo, la religion de Cristo. Satanás, el mal, ha logrado concluir casi por completo con el bien; se lo ha tragado casi enteramente, ya que impera como señor casi absoluto.

No nos salgan los católicos al encuentro diciéndonos que Maria ha quebrantado la cabeza de la serpiente dando à luz al Redentor del mundo, y que el Demonio está vencido; por que entónces podemos contestarles que se contradicen miserablemente. ¿Cómo está vencido el Demonio cuando sigue tentando con tanto provecho á los hombres? ¿cómo está vencido el Demonio, cuando él mismo Redentor, el mismo Dios humillado y sacrificado en la cruz, confiesa paladinamente que el camino hácia el Padre Celestial es tan angosto? ¿cómo está vencido el Demonio, cuando en el largo periodo de cerca de mil y novecientos años, durante el cual se han precipitado al abismo de la muerte millares de millares de generaciones, es todavia tan escasamente conocido el Salvador del mundo, mientras el espíritu maldito impera en todas partes por los propios instintos de la naturaleza corrompida? ¿cómo está vencido el Demonio, cuando ha estrechado tanto la puerta que conduce á la felicidad, cuando ha cegado en tan gran parte el paso natural de los espíritus hácia su orígen?

XXI.

Nos hemos extraviado á nuestro pesar algun tanto. Mas tarde cuando nos entretengamos en destruir por el poder natural de nuestra inteligencia el estupidísimo y monstruosísimo dogma del Infierno, desarrollaremos convenientemente algunas de las ideas del capítulo precedente. Tócanos por ahora tan solo, ir poniendo en evidencia lo absurdo de la narracion cristiana en cuanto al modo como se verificó el primer pecado.

Dios creó al varon y á la muger primeros en un estado de perfecta inocencia. Salidos de sus manos, debieron ser para él objetos del mas tierno afecto y de la mas esmerada solicitud. Si Dios era padre, debió ser muy superior á los padres humanos en cuanto á cariño y prevision, y por lo mismo que, segun afirma la teologia cristiana, tenia enemigos que lo eran tambien de aquellos á quienes amaba, debió rodear á

sus recien nacidos hijos de todas las precauciones necesarias para que esos enemigos no vinieran á hacer daño á su prole querida. ¿Qué padre, aun entre nosotros los hombres, seria capáz de poner á las tiernas criaturas que ha engendrado, al descubierto, en medio del campo, donde pudieran ser mordidas de muerte por reptiles ponzoñosos? Pues eso que no haria ninguno de nosotros, por estúpido y desnaturalizado que fuese, lo hizo Dios, y lo hizo, conociendo que habia un réptil sobre todos astuto y maléfico: la serpiente infernal.

¿Puede darse algo mas absurdo que la fábula del Paraiso? Ella presupone la existencia del Diablo, ser quimérico, incomprensible, contradictorio; supone la preexistencia de un pecado, imposible segun las eternas leyes del ser. Pero eso es todavia poco: el Pecado Original tomado en su realizacion inmediata, considerado en el hombre mismo que se dice haberlo cometido, no está menos lleno de ridículas contradicciones. La primera es la que hemos apuntado hace poco: ese descuido, ese abandono de Dios respecto de los seres que acababa de formar, poniéndolos á merced del ser maldito que se le habia rebelado, entregándolos indefensos á su astucia. ¿Eso es por ventura digno de un ser bueno y padre?

No puede contestarse que el hombre estaba defendido por sus propias dotes racionales y que Dios se propuso únicamente probarle al dejar libertad à Satanás para que le tentara. No puede contestarse eso, porque Dios no puede probar nunca lo que ha hecho, ya que como artífice perfecto conoce lo mas recóndito de sus obras. ¿Habrá cosa mas degradante para el Ser Supremo que la necesiead de someter á experimento los productos de su mente perfectísima?

¿Conocia ó no conocia Dios los alcances del hombre? ¿habia ó no habia medido el alcance de las artimañas del Demonio? Esta no es cuestion de presciencia sino de ciencia. Conocido perfectamente el poder seductor de Satanás y perfectamente conocida la resistencia racional humana, no fué dado á Dios dejar que se tendiera á nuestros primeros padres una

zancadilla con la cual habian de ser derribados precisamente. Hé ahí pues un primer desatino: Dios sabedor perfecto de la debilidad del hombre y de la potencia de seduccion de su criatura rebelde, fué un imbécil al poner á prueba fuerzas que conocia, y un infame al castigar como delito la derrota de la fuerza menor.

El pecado de Adan y Eva fué el resultado de una trampa tendida por un astuto á un inocente; una trapaceria en que Dios no solo fué tolerador sino cómplice, desde que pudiendo impedirla la dejó consumar. ¿Y con qué derecho, con que justicia consideró como crímen, Dios tolerador, Dios consentidor, Dios cómplice de la seduccion, la caida del hombre seducido?

El Demonio fué mas astuto que nuestros primeros padres y los engañó. Creyó el hombre á la serpiente, porque se le antojó á Dios hacer á la serpiente superior al hombre en dotes intelectuales; porque se le antojó á Dios poner la inteligencia humana á merced de engaños; porque se le antojó á Dios dejar á los que le habian hecho la guerra la absurda libertad de que continuaran haciéndosela. ¿Y todo eso habria de pagarlo el hombre?

Segun la narracion cristiana no hubo en el primer pecado sino una astucia diabólica y una torpeza humana. ¿Y cómo entónces fué tan grande cosa el primer pecado? ¿Cómo se ensañó Dios contra el infeliz víctima del engaño, hasta el punto de degradarle de su primitiva naturaleza, y de arrojarle ignominiosamente del palacio que le habia construido con sus propias manos?

Por mucho esfuerzo que se haga para explicar racionalmente el Pecado Original siempre habrá de tropezarse con una contradiccion mostruosa. Formulemos un argumente que no dejará salida alguna á los que se atienen inocentemente al relato bíblico: ó nuestros primeros padres desobedecieron el precepto divino con plena conciencia y deliberacion, ó faltaron á él por solo su ignorancia y por la pura malicia del tentador; lo primero es imposible absolutamente y lo

segundo no envuelve nada digno de castigo, luego el tal pecado es una invencion disparatada.

Decimos que la desobediencia directa, voluntaria y plenamente deliberada por parte de nuestros primeros padres al precepto que se les impuso era imposible, y para poner esto en evidencia nos basta tomar por fundamento el mismo estado de perfeccion en que, segun la mitologia cristiana, fueron ellos constituidos. ¿No es verdad que el famoso don de la justicia original otorgado á los primeros hombres consistia precisamente en la completa sujecion de las pasiones al imperio de la razon? ¿no es verdad que consistia en el reinado de la gracia divina sobre el corazon, al cual confortaba, sostenia y alegraba cual bálsamo bendito? Entonces preguntamos ¿cómo brotó en el corazon ese deseo de insensata curiosidad, como hubo en él cabida para la ruin desconfianza respecto del buen Dios que lo llenaba é imperaba en él como único y soberano bien? Preguntamos mas ¿cómo dado caso de haberse realizado semejante monstruosidad en los deseos, perdió la razon sus fueros de señora y no supo ni pudo combatir y destruir la rebelion de lo que la era inferior? Todo eso va contra el supuesto, y es muy digno de una religion que jactándose de divina enseña doctrinas, que ridiculizan y degradan á Dios autor de la razon humana, que lo presentan como un miserable abusador de su grandeza, como un ser que puso en nosotros los ojos naturales solo para que tropezáramos y que luego se divierte en castigarnos porque tropezamos; muy digno de una religion que exhibe al Supremo Artífice contradiciéndose de un modo palmario y vergonzoso en sus propias obras.

En el Pecado Original tal como dice realizado por la religion cristiana, hay un fenómeno tan inexplicable y anómalo, como el de una borrasca desarrollada en medio de un manso y apacible lago y bajo un cielo sin electricidad. ¿Quién desencadenó los vientos? ¿quién agitó las tranquilas aguas? ¿quién encendió el fuego de rayo? ¿quién hizo retumbar el espantoso trueno en las moradas ántes del dulce silen-

cio y de la perdurable paz? Nuestros primeros padres, supuesta la enseñanza del cristianismo, tenian sus almas al abrigo de las tempestades del mal, por lo mismo que lucia eu ellos siempre esplenderosa la luz de la razon, disipadora de todas las nieblas, y que reinaba en ellos el dulce imperio de la gracia divina, apaciguadora de los furores de la naturaleza bruta. Una desobediencia abierta contra los preceptos de Dios habria puesto de manifiesto una mentira en esa constitucion privilegiada. Supuesta esa desobediencia, no habria habido ni tal poder superior en la razon ni tal imperio de la gracia sobre la naturaleza; entónces, por el contrario quedaria probada la potencia victoriosa de la ruindad y de la ignorancia; entónces quedaria probada por entero la contradiccion de la fábula cristiana.

Visto está pues, que lo que se llama Pecado Original, no pudo nunca ser una rebelion concienzuda y voluntaria del hombre contra Dios su autor. No queda por lo tanto sino el segundo término de la disyuntiva: el pecado primero fué una pura seduccion, una pobreza, un tributo necesario que la humanidad primitiva tuvo que rendir á una inteligencia superior á la suya; fué un engaño consentido por Dios, fué el efecto de una celada tendida á la ignorancia y estupidéz del hombre por un enemigo pérfido y astuto. Y entónces ¿cómo pudo llamarse pecado? ¿cómo pudo ser objeto de tan terrible venganza?

Hay todavia que observar algo mas acerca de la última suposicion. Ese engaño, esa seduccion, esa burla, hechos al candor de los primeros hombres, sobre no argüir culpa en ellos, fueron altamente contradictorios, admitida la primitiva constitucion de nuestra especie. La perfeccion original humana suponia en efecto ante todo el predominio de la luz natural del pensamiento, y hacia del todo imposible el que el hombre obrara de un modo estúpido, que fuera víctima de un engaño grosero. ¿Y puede darse mas grosero engaño que aquel en que incurrieron Adan y Eva por insinuacion de la serpiente? ¿Puede concebirse estado mas lastimoso en la inteligencia que el de esos dos

seres humanos creyendo en la absurda posibilidad de llegar á saber tanto como el mismo Dios? Nosotros estamos ahora, si hemos de atenernos á la enseñanza católica, inmensamente distantes de la altura intelectual de nuestros primeros progenitores, y sin embargo, nosotros no seriamos capaces de creer lo que Adan y Eva creyeron; nosotros no seriamos capaces de abrigar nunca en nuestra mente la descabellada idea de que Dios nos engañara, ni la mas descabellada aun, de que pudiéramos burlar su prevision y adquirir una ciencia igual á la suya violando un precepto suyo positivo.

No tenemos necesidad de tomar literalmente el relato de Moisés. Sabemos que uno de los grandes recursos de los católicos y cristianos en general, es ese doble sentido, esa ambigüedad miserable, indignísima de la palabra de Dios que forma el carácter de sus libros sagrados, y tras de la cual se parapetan en sus momentos de apuro para buscarse á todo trance una salida. Podemos consentir en que haya una significacion figurada en la palabra *serpiente*; que ella designe á Satanás disfrazado ó nó disfrazado bajo tal forma: podemos consentir tambien en que esa palabra tenga su significacion natural. De cualquier modo que sea, siempre será cierto que la historia del paraiso es completamente inverosímil.

¿Creyó Eva que el animal llamado serpiente bajo su figura propia la inducia á la desobediencia á Dios? Semejante hipótesis es rechazada por la misma fábula que sirve de fundamento á la narracion. Eva conocia perfectamente todos los seres inferiores, y bien sabia que ninguno de ellos estaba dotado del don de la palabra; sabia perfectamente que ninguno de ellos gozaba de un poder intelectual capáz de emplear las armas de la persuacion sobre los señores de la tierra. La serpiente hablando debió ser por lo mismo para la muger una maravilla bastante á despertar su desconfianza, y debió ver en tal hecho la intervencion de algo que salia del órden natural de las cosas. ¿Cómo dió entónces la muger oidos á la serpiente? ¿cómo no sospechó algo escondido en tan mons-

truoso trastorno de las leyes de la naturaleza? Sobre todo, aun dado el imposible caso de que nada de eso hubiera llamado su atencion ni prevenido su espíritu contra el engaño ¿cómo pudo creer ántes en la palabra de un miserable réptil que acostumbraba ver torciéndose á sus plantas en el inmundo fango que en la del Excelso á quien veia resplandecer lleno de gloria sobre la creacion entera; que con tan dulces voces hablaba á sus afectos y con tan bellas luces iluminaba su mente?

Queda pues el sentido doblemente figurado como el único admisible en la historia del primer delito. No fué ya la serpiente ni el demonio oculto bajo su figura quien indujo á la muger al pecado; fué Satanás que se la presentó ocultándola la verdadera forma y estado, tal vez bajo cualquier otra apariencia. Admitamos que esa apariencia hubiese sido no ya la repugnantísima de una culebra, que hasta en eso es torpe la fábula mosaica, sino la mas bella y atractiva de las formas físicas. Aun concedido semejante supuesto, siempre habria sido imposible la seduccion.

¿Se dejó arrastrar Eva por la belleza del ser que la hablaba? ¿se dejó seducir por sus pérfidas insinuaciones? Ambas hipòtesis son inadmisibles. Para quién, como los primeros hombres, tuviese grabado en la mente y en el corazon el tipo de la infinita hermosura de Dios, no habia seduccion en las formas de la materia capáz de borrar ú oscurecer de modo alguno ese divino tipo. Además, segun la misma narracion bíblica, el hombre era el soberano de la belleza material, y todos los primores del mundo eran inferiores á los suyos. El hombre conocia todos los seres de la tierra, y ninguno de ellos, por perfecto que fuese, habria sido capáz de arrebatarle hasta el punto de olvidarse de Dios. ¿Ni de que manera pudo tampoco encontrar cabida en el espíritu de la muger la sugestion miserabilísima de un ser desconocido, por resplandeciente de hermosura que se presentara, de que el Dios grande, perfectamente conocido para ella é infinitamente mas bello, fuera capáz de engañarla

y dejar su ciencia soberana al arbitrio de su facil desobediencia?

Si Adan y Eva pecaron en el modo y forma que aparece de eso que llaman unos cuantos ilusos la palabra de Dios, es indudable que ellos se encontraban en el estado de la mas deplorable estupidéz; en cuyo caso resulta, primeramente, que es falsa la constitucion primitiva y privilegiada de los primeros hombres, y en segundo lugar, que Dios ha cobrado infinitamente mas allá de donde debia, el desvío necesario de ese par de béstias en forma humana á quienes quiso hacer representantes de la especie entera.

Hay todavia otra contradiccion monstruosisíma en el relato de Moisés. Nuestros padres, segun enseñan los doctores católicos, estaban llenos de los mas grandes dones de la naturaleza, y por añadidura *enriquecidos* con los de la *gracia*, especie de bautismo sobrenatural que agigantaba el entendimiento y hacia subir admirablemente los quilates de la voluntad. Nuestros padres, segun esa enseñanza, eran inmensamente superiores á nosotros, tanto porque veian mas claro, cuanto porque tenian voliciones mucho mas altas y mas nobles; y sin embargo ellos ignoraban completamente el bien y el mal. El deseo de ese conocimiento les precipitó en el abismo de la muerte; el hambre de una ciencia desconocida y atractiva los convirtió en objetos de la saña de Dios.

¡El bien y el mal! Hé aquí los dos polos opuestos del mundo de los espiritus, ¡El bien y el mal! Hé ahí dos nociones sin las cuales es imposible comprender por un momento las aspiraciones absolutamente necesarias de nuestra naturaleza.

Adan y Eva ántes del pecado no conocian ni el bien ni el mal, si hemos de dar crédito á la religion católica; lo cual quiere decir que el alma de nuestros progenitores no se parecia en nada á la nuestra; que esa alma era perfectamente idéntica á la del infante ántes del uso de la razon y á la del bruto en todo el curso de su existencia. ¿Y será concebible vida inteligente, vida propiamente humana, y mucho ménos vida altamente perfecta en nuestra especie supuesta

la ignorancia del bien y del mal? La religion de Cristo puede gloriarse de haber querido concluir de una vez con esa luz primera de Dios que se llama la razon, y que como la del sol, baña con sus benéficos resplandores á cuantos tengan ojos. La religion de Cristo comienza, entre otras muchas igualmente ridículas, por esta paradoja: hubo un estado, y no como quiera, sino perfectísimo para el hombre, en que este desconocia por completo el bien y el mal. ¿Habrá necesidad de refutar de un modo sério tan absurda enseñanza? Parécemos que la razon mas humilde alcanza á percibir el espantoso absurdo que entraña semejante afirmacion. ¿Fué ó no fué el hombre desde el principio un ser moral? ¿fué ó no fué llamado desde el principio y por su misma constitucion al discernimiento de sus actos? ¿Y cómo entónces pudo ser nunca estado suyo perfecto y superior, el de una ignorancia crasa y absoluta respecto de aquello cuyo conocimiento le era absolutamente preciso para discernir, para determinarse y ser responsable? Ignorar el bien y el mal para seres dotados de libertad es tan absurdo como el carecer de peso la materia, de diafanidad el aire, de luz el sol.

Poner una ciencia, alimento necesario del hombre, allá en el fruto de un àrbol de la tierra, y presentársela luego como objeto prohibido, equivale á quitarle la mitad de la vida, colocándola fuera de él mismo: castigarle porque tuvo el deseo de esa media vida que le faltaba, mutilando en él la otra media que buscaba su complemento, ha debido ser la mayor de las infamias.

Si fué cierto que Dios puso el conocimiento del bien y del mal en algo estraño á los primeros hombres, no sabemos como pudo castigar en ellos el hambre naturalísima de ese conocimiento. Toda curiosidad supone un deseo, todo deseo supone alguna necesidad. La curiosidad del bien y del mal, si alguna vez existió, no pudo ser sino hija de un deseo irresistible, de una necesidad primaria. ¿Y cómo podria dejar de sucumbir el hombre ante una tentacion que fué nada ménos que una ley de su propia naturaleza?

Es preciso hacer notar además aquí otra contradiccion tan vergonzosa para la secta católica como las mil que forman el cuerpo de sus enseñanzas. Si es cierto que los primeros hombres ignoraban el bien y el mal, fueron impecables; porque el pecado es el mal cometido voluntariamente, el mal ejecutado con pleno conocimiento y deliberacion ¿De qué manera pecarian Adan y Eva cuando no sabian distinguir la índole de los actos, cuando carecian del criterio indispensable para obrar con ciencia y conciencia? Si es estúpido llamar estado perfecto en la humanidad el de una ignorancia supina en el órden moral, lo es mucho mas aun decir que sea posible pecar, esto es, practicar el mal de un modo voluntario, sin conocer lo que es el mal; ser objeto de castigo por solo haber sido ciego. Reservado estaba la sublime religion de Cristo poner entre sus verdades fundamentales tan incalificables desatinos.

¿Y habrá todavia quien se extasie de entusiasmo ante esa religion, digna de las épocas del mas lamentable oscurantismo? Sí, todavia hay, todavia habrá por algun tiempo muchos que la adoren ciegos; porque ha entrado en los planes del Altísimo que nuestra especie vaya muy poco á poco emancipándose de ciertos errores inveterados, y porque es ley de Dios tambien, que hasta los espíritus altos intelectualmente sean casi siempre esclavos de aquello que se les hizo adorar como divino desde ántes que empezaran á gustar la leche de la verdad.

Hartas veces hemos oido á hombres bastante cuerdos por otra parte, sostener con la mayor buena fé principios lastimosamente falsos, escandalosamente ridículos en materia de religion, y nos hemos preguntado con el mayor asombro, como es posible á una razon mas que mediana no percibir la groseria que salta, el absurdo que ofende por su oscurísimo color en medio de los blancos resplandores de la verdad; mas luego que hemos vuelto sobre nosotros mismos, nos hemos explicado el fenómeno. Nosotros tambien hemos pagado hasta hace pocos años el tributo á esa inexorable ley de esclavitud. En nuestra inteligencia

se levantaron desde muy temprano argumentos tremendos contra las enseñanzas católicas; y aun cuando ellos nos sublevaban algunas veces, otras tantas volviamos á caer bajo el imperio de ese poder casi absoluto que tienen siempre los primeros ecos de la voz paterna, las primeras ideas y los primeros preceptos que recojemos al despertar al pensamiento y al sentir los primeros latidos del corazon. Solo despues de terribles y continuadas luchas hemos logrado echar fuera las semillas plantadas en nosotros cuando éramos tierra dispuesta á recibirlo todo.

¡Oh miserable tiranía de las prenociones religiosas! Eres tan perniciosa para el entendimiento como funesta al progreso de la humanidad. ¿Por qué siendo como es la religion la mas sublime de las ciencias, no se nos deja aprenderla como todas las demás? ¿porqué se quita à nuestro espíritu la libertad de posesionarse por sí mismo de sus primeros fundamentos?

Tal vez se diga que esa libertad nos queda en todo caso, desde que llegados al uso de la razon somos siempre dueños de investigar y darnos cuenta de aquello á que hemos prestado nuestro asentimiento; pero esto no es sino una ruin falácia. La religion es ciertamente un conjunto de enseñanzas que pueden ser objeto de exámen, que pueden discutirse y contrariarse como otras cualesquiera; mas de esto á que seamos completamente libres para aceptar ó rechazar esas enseñanzas, ni mas ni ménos que las relativas à los demás ramos del saber, hay una inmensa distancia.

La Religion interesa al corazon àntes que nada: comienza robando nuestras inclinaciones; seduciéndonos como á niños, echándonos grillos y cadenas como á esclavos. Nuestra vida principia por amar y temer; y con el amor y el respeto á los autores de nuestros dias comienzan tambien á desarrollarse en nosotros un amor y un respeto superiores. El cariño hácia nuestros padres nos hace sus dóciles instrumentos é infiltra sus afectos en los nuestros: y como nuestros padres señalándonos con el dedo el cielo, nos acostumbran desde muy temprano al amor y al te-

mor suyos, nos quedamos de un modo casi fatal tributarios de sus sentimientos. Nosotros vemos casi necesariamente á la Divinidad por entre el prisma de la paternidad humana que nos dió inmediato orígen, y confundimos en un solo afecto la Religion y la familia. Oid hablar mal de vuestro padre y de vuestra madre, y por muy racional que seais; os tapareis involuntariamente los oidos, creyendo la buena fé que los teneis abiertos, y cerrareis los ojos para no dar crédito à lo que habeis visto, creyendo luego que disfrutando plenamente de ámbos sentidos ha sido pura ilusion lo que ellos os han atestigüado. Otro tanto sucede con las enseñanzas religiosas: hay una resistencia innata, poderosísima, contra todo lo que venga á perturbar ese amor ciego y primero de nuestras entrañas, que se ha insinuado en nosotros con la dulzura del pecho materno; y la razon misma se hace sorda y ciega por no sacrificar la idolatria infantil de la sensibilidad.

Mientras la Religion sea, como hasta aquí, para la mayoria de los de nuestra especie, un puro afecto, un instinto ciego, una cosa enteramente parecida á nuestros amores de costumbre, no hay que esperar otra cosa. Pero ella tiene necesariamente que adelantar. La Religion es lo que hay de mas noble en la esfera de los sentimientos, lo que hay de mas encumbrado en la esfera de los pensamientos; y habrá de permanecer eternamente niña, eternamente estacionaria á despecho de nuestro crecimiento intelectual y moral? Nosotros creemos lo contrario. Estamos persuadidos de que la ley primaria de lo creado es la ley del progreso; y nos parece por lo mismo anómalo un adelanto material reconocido y palpable sin un adelanto espiritual correspondiente. El hombre ser progresista por excelencia gana cada vez mas terreno en el campo físico ¿y habrá de perderlo ó de quedarse quieto en el campo moral? Nó, es preciso desengañarse: la Religion marcha haciá adelante, como todo lo demas en el mundo; solo que siendo ella lo mas elevado del mundo, marcha naturalmente mas despacio. Por eso estamos condenados á verla todavía en

mantillas cuando el mundo nos parece viejo; por eso nos maravillamos de sus tristes aberraciones, y compadecemos á la humanidad, esclava todavía de los sacerdotes, mientras admiramos á la humanidad libre, rompiendo los formidables obstáculos de la materia, y emancipándose de sus preocupaciones científicas, políticas y sociales de una manera que pasma.

Todas las cosas están sin embargo en armonía; y aun cuando el adelanto religioso sea por su naturaleza lentisímo, es indudable sin embargo que echando una mirada retrospectiva sobre la historia, puede uno convencerse facilmente de su tangible realidad.

¡Cuanta distancia entre la religion cristiana y la pagana! La una toda abnegacion y sacrificio, toda idealidad y limpieza, la otra, toda egoismo y goce, toda groseria y carnalidad. El mundo no dió ciertamente un salto á la venida de Cristo, porque lo que Cristo enseñó dicho estaba de antemano por muchos; mas entónces pudo notarse el progreso, la transicion, de un modo visible, desde que se presentaron en un cuerpo solo de enseñanza tantas bellas conquistas hechas pacientemente durante muchos siglos por hombres de todas partes en el terreno de la filosofía moral. ¡Cuanta distancia ahora, entre lo que enseñó Cristo y lo que creen actualmente cuantos riegan con el sudor de su frente el campo del pensamiento! Cristo ha envejecido ya en gran parte; sus palabras, por mucho que él haya querido hacerlas mas duraderas que el cielo y la tierra, *van pasando* en cuanto á las nociones metafísicas de Dios, el estado primero de la humanidad y su destino. Por ahora siembran los obreros del porvenir doctrinas que, mas tarde compiladas y juntas, herirán á su vez de muerte la parte condenada á desaparecer de la doctrina cristiana. Cristo vá pasando, no hay duda, en el reinado esclusivista y absoluto que hasta aquí ha ejercido sobre cierta porcion de la humanidad; porque los hombres por grandes que sean están destinados á morir. Solo Dios, luz increada, siempre resplandeciente, será inmortal para las generaciones todas, que le buscan con ánsia cada vez mayor; y cada siglo que trascurra, marcando una

hora mas en el dia de la vida universal, aproximando al horizonte el astro iluminador, lo hará para las criaturas idéntico al Sol segun vá avanzando hacia el poniente: tanto mas grande y mas suave á nuestros débiles ojos cuanto mas se acerque al término de su mágestuosa carrera.

FIN DE LA 1.ª PARTE.

BX1751.D65 V.1
Los Dogmas fundamentales del Catolicismo
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00215 1894